El protegido

Pablo Aranda

«Pablo Aranda convierte en intriga criminal las mínimas perturbaciones de todos los días: como si supiera que la vida corriente es peligrosa.»
Justo Navarro



INCLUYE E-BOOK

EL PROTEGIDO

PABLO ARANDA



BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

© 2015 Malpaso Ediciones S.L.
C/ Diputación, 327 ppal. 1. ª
08009 Barcelona
www.malpasoed.com

ISBN ebook: 978-84-15996-97-2
Primera edición: abril de 2015
Primera edición digital: abril de 2015

Composición digital: Pablo Barrio

UNO (2015)

1

Buscó una placa en alguno de los edificios, a la altura de la primera planta, letras blancas sobre un fondo azul. Necesitaba confirmar que se hallaba en el lugar donde debía estar. Miró hacia arriba, girando sobre sí mismo, aturdido por la poca iluminación, por la forma irregular de la plaza, por los edificios hostiles, demasiado juntos, altos, feos, emitiendo sonidos apagados, diálogos de película en un televisor, ruido de cubiertos, el ladrido lejano de un perro pequeño, el trueno de una persiana bajada con violencia, el llanto de un niño que no era su hijo. En la parte más estrecha de la plaza, en la calle por la que se accedía a ella, había dejado el coche en doble fila, como muchos otros, y al mirarlo vio a un grupo de muchachos apoyados en él, fumando, aburridos, vulnerables y peligrosos. No debía decirles que el coche era suyo, no era el lugar, ni la hora, de regañarles, de que se sintieran amonestados por él, Jaime, posible objetivo de su rabia y su apatía. Se acercó despacio, como distraído.

—¿Ésta es la plaza Manuel Ledro?

Dos de ellos miraron a un tercero. La jerarquía hasta para responder a una pregunta cotidiana. Jaime también lo miró y esperó que expulsase el humo de una calada larga a un cigarro que lanzó al suelo antes de contestar.

—Esto no es una plaza, las plazas tienen bancos y toboganes, farolas y un bar donde tomarse una caña.

La respuesta pareció sorprender más a los suyos que a Jaime, la rebelde inteligencia de un muchacho que no llegará a nada, pensó, capaz de sintetizar un análisis de su geografía pero tirando un cigarro en un movimiento ensayado en otra noche igual a tantas, entre sus compañeros de pasar el rato, allí, entre los coches, si no es que iban a robarle, anda, dame tu móvil, sólo un momento, y veinte euros para que nos tomemos una cerveza mientras tú buscas tu plaza. La plaza que le había dicho Elena.

A las nueve de la noche, dijo, en la plaza Manuel Ledro, no sé el número del portal ni el piso pero allí, en la plaza, a las nueve, es pequeña. No preguntó por qué tenía que recoger a su hijo allí, no era asunto suyo, a lo mejor un cumpleaños (¿a qué edad empiezan ahora los niños a ser invitados a cumpleaños?), la casa de alguna amiga de Elena, de algún amigo, tal vez un hombre con el que a lo mejor Elena se acostaba y al que cogía la mano mientras Álvaro jugaba en la alfombra, veía dibujos animados, dormía en una cama que no era suya

y, mientras, Elena y el otro en el sofá. No era asunto suyo, pero allí Elena no aparecía, ni estaba seguro siquiera de que fuera esa la plaza ni que no fueran a robarle, el joven filósofo pateándole la cabeza a Jaime tendido en el suelo de la acera.

Sintió una punzada de rabia y dolor al imaginar que ella podría estar asomada en una de las terrazas de esa colmena oscura, mirándolo perdido. La llamó, pero el móvil estaba apagado. Esa noche, se dijo, Álvaro no dormiría con él. No lo miraría dormir, no tendría entre las suyas sus manos pequeñas, no anotaría en la libreta las nuevas palabras, dulcemente mal pronunciadas. Todo suyo, su hijo. Carne de su carne, aunque no fuera cierto.

2

Inma sugirió que denunciase a Elena. La llamó ésa. Denuncia a ésa, que te den la custodia compartida.

—Aunque luego tienes que comerte al niño con patatas, te aviso —añadió con esa agresividad que sólo manifestaba cuando se refería a Elena.

Jaime sacudió la cabeza, no tenía la menor intención de discutir. Ella se sentó junto a él en la mesa de la terraza y dejó los dos botellines de cerveza que traía en la mano. No se dio cuenta de que había olvidado el abridor que se levantó a buscar Jaime. Volvió de la cocina molesto por las palabras de Inma, sorprendido por la violencia que arrastraban. Inma conocía a Elena desde antes que él, desde el colegio. ¿Con qué edad empezaron el instituto, cuándo coincidieron los tres? ¿Con trece años, catorce? A veces sospechaba que había algo importante que no le habían contado ninguna de las dos, algún episodio oscuro de rivalidad saldado a favor de Elena, y que eso reconcomía a Inma y no el hecho de que lo torease a él con Álvaro, el hijo de ambos, como Inma justificaba en alguna ocasión su encono. Tal vez también Elena odiase a Inma, seguía dándole vueltas a la cabeza Jaime, la cerveza aún cerrada en la mano —la chapa de la de Inma cayendo al suelo, Inma tendiéndole el abridor—, por estar con él. No porque él la hubiese dejado por Inma, algo que de hecho no ocurrió, quizá Elena odiaba a Inma, conjeturaba Jaime, porque ahora Inma tendría acceso a información privilegiada sobre ella, a su intimidad con Jaime, a la versión de Jaime de esa intimidad, una narración de la vida en común que ella no podía controlar. Aclarar. El mismo odio que tal vez le tuviera Elena a él por formar parte de su pasado, ella que se maldecirá ahora por haber sido capaz de caer tan

bajo, pensaba Jaime que pensaba ella, por haberlo aceptado como padre de su hijo, testigo de su intimidad. Su hijo que había llamado papi al hombre que ella había aceptado, cuando Elena creyó que un hijo necesita un padre, a la fuerza, y él se agarró al hijo para agarrarse a la madre.

Mi hijo, punto, concluyó Jaime sus elucubraciones, inquieto, saboreando la cerveza por fin abierta, helada, apurándola. Álvaro. Todo hijo tiene una historia, un sinfín de encuentros y desencuentros que desembocan en él, y no hay que definir al hijo con las casualidades anteriores, darle tantas vueltas, un hijo es un hijo y él es el padre de Álvaro. Álvaro, que a esta hora habría buscado sus brazos, sólo querría estar con él justo antes de dormirse, la protección de su abrazo gigante, su padre un oso bueno capaz de espantar cualquier peligro, le había susurrado alguna vez, sin que Álvaro lo comprendiese, un oso grande, suyo, único, ese privilegio.

Elena, por fin al teléfono, cuando Jaime ya estaba de vuelta en la casa, sin Álvaro, sintiendo la mirada de Inma mientras se llevaba el móvil a la oreja, fue breve:

—Al final no hemos ido y no he podido avisarte, sorry. Recógelo mañana. A las doce.

No se había disculpado por haber hecho que fuese a la plaza, ni se molestó en comprobar que a Jaime le venía bien la hora de esa nueva cita, mañana. Se levantó a por otra cerveza y volvió a la terraza. La cerveza fría y la brisa. La luz de la vela, la rabia que se tragaba, el esfuerzo por intentar disculpar todo y por no querer compartir ese dolor que era sólo suyo. Carne de su carne, el dolor sí, carne de su carne.

—Ha llamado uno que quiere ver el apartamento —Jaime agradeció el cambio de tema que ofrecía Inma.

La miró para mostrarle su atención, para facilitarle el giro en la conversación.

—Parece extranjero, pero habla muy bien. Torremolinos está lleno de ingleses. A lo mejor es una pareja. Le ha parecido bien el precio. He quedado el lunes. ¿Vendrás conmigo?

—¿Tú quieres que vaya?

—Claro.

—Iré contigo si me invitas a un café en Torremolinos.

Inma sonrió y todo se hizo más fácil. Solía encontrar pronto inquilino para su apartamento. Su apartamento de soltera, lo llamaba. No está casada. No estamos casados, pensó Jaime. Antes de estar con él ya llamaba a su apartamento su apartamento de soltera, cuyo alquiler cubría no sólo la hipoteca del apartamento sino parte de la del piso donde vivía con Jaime, el piso que era también de ella, sólo

de ella, y al que no llamaba mi piso de casada sino mi casa. Llevaban juntos poco tiempo y ella no lo consideraba su marido, no lo era. Todo había comenzado como un juego hacía pocos meses, y ahora se sentían arrastrados a otra fase regida por reglas diferentes, comprometedoras, pero aún no sentían la aceptación implícita, mutua, de la nueva situación. El juego había terminado. La situación demandaba cada vez con más fuerza un movimiento. En la terraza, Jaime percibía las cuestiones del piso, de su relación con Inma, de Elena, como altos edificios que lo atosigaran, en la plaza Manuel Ledro, apenas una hora antes, la oscuridad, su desasosiego buscando una referencia que lo llevase a su hijo.

3

Aparcaron en el centro de Torremolinos. Contaban con tiempo de sobra y decidieron tomarse un café, luego caminarían hasta el apartamento de Inma. Una cafetería como cualquier cafetería, sin ningún toque que la diferenciase de otras. Las mismas mesas, las sillas metálicas, la máquina tragaperras emitiendo su desagradable melodía chillona. Se acodaron en la barra, en dos taburetes con el asiento forrado de escay. Jaime tardó en reconocerse en el rostro que le devolvía el espejo, tras las botellas de alcohol ordenadas caprichosamente. Le sonó extraña la voz de Inma pidiendo dos cafés, por favor, como si ya no estuviesen juntos y hubiesen quedado tras un tiempo sin verse y la voz le trajese recuerdos del día que fueron a Torremolinos para enseñar el apartamento. A través del espejo Jaime observó cómo uno de los camareros vertía con disimulo ginebra en un vaso pequeño, de los que se usan para servir una caña de cerveza. Parecía un vaso de agua, y lo colocó ante una señora de unos sesenta años que lo vació en tres tragos. El otro camarero, mayor, el dueño, contaba a dos policías locales que él lo había visto todo, si el banco está ahí, miren. Los policías atendían aburridos, dando sorbos cortos a su café.

—El viejo se acercó por detrás y puso el cañón de la escopeta en la nuca del otro viejo, los dos tenían ochenta años, y ¡pum! Yo lo escuché y supe que era un tiro. —Entonces es que no vio al viejo acercarse por detrás, pensó Jaime—. Un disparo no es un petardo, es otra cosa, ustedes lo saben. No lo tiró del banco, pero la cabeza la tenía colgando, destrozada, y todo lleno de sangre. ¡Cuánta sangre cabe dentro de un cuerpo! ¡Parece mentira!

—Luis, que están comiendo —protestó una mujer que salía de la

cocina.

No hables de sangre cuando están comiendo.

—Si son policías, leche. Y el tío, el viejo, siguió andando, como si no hubiese hecho nada, el hijo de la gran puta, con perdón.

—Qué desagradable —murmuró Inma.

—Pero lo siguieron unos cuantos. Yo no, porque estaba atendiendo la cafetería y no podía dejar a éste solo con la barra y las mesas. ¿Pero saben lo peor?

—Pues claro que lo saben, no lo van a saber, si son policías —habló de nuevo la señora, desaliñada, con una voz molesta, chirriante, restregándose las manos en un delantal de colores gastados.

—Lo peor venía en el periódico de ayer, ahí está, en ese montón, no tengo tiempo ni de tirar los periódicos atrasados, y eso que el contenedor de papel está ahí mismo. Lo peor es que el viejo que disparó había estado cinco años en una cárcel francesa.

—Le encanta contarlo, es superior a sus fuerzas, y cada vez que lo cuenta, siete u ocho veces al día, añade algo nuevo —protestó la mujer buscando la complicidad de Jaime e Inma.

—¿Saben por qué? Por tirar a su mujer de la Torre Eiffel. En 1963, ustedes ni habrían nacido, el hijo de la gran puta, qué haría en Francia, en esa época se iba a la vendimia, pero no a París, a lo mejor le tocó la lotería y se llevó a la mujer a París, la capital del mundo, que ahora es Nueva York, pero entonces la capital del mundo era París, y va y la tira desde lo alto de la Torre Eiffel.

—¿La mató? —preguntó uno de los policías.

—Pues claro, mira éste, desde lo alto de la torre. ¿No la iba a matar? Muerta del todo, para siempre. Y después cinco años de nada en la cárcel y otra vez a su tierra, a pasear por Torremolinos y hacerse viejo, y alguno que se cruzase con él en un portal le sostendría la puerta del ascensor y le diría pase, abuelo. Y se acerca por detrás a otro viejo y ¡pum!

—Anda, vámonos que se me está revolviendo el estómago.

Inma tiró de la manga de Jaime y el golpe de las monedas puestas en la barra hizo que uno de los policías se volviese y se lo quedase mirando.

Jaime había leído en la prensa la noticia. «Un hombre de ochenta años mata a otro de la misma edad», como si con ochenta años ya no se pudiese ser malo, guardar escondida una escopeta de cañón recortado, ser capaz de incubar tanta mala leche. A él no lo sorprendieron los ciento sesenta años que sumaban entre víctima y asesino, sino la fotografía que acompañaba el relato del suceso: el retrato antiguo de la mujer del asesino, la mirada seria, temerosa, de una señora de otra época, sin maquillaje ni el peinado complicado de

quien en esa época hubiese visitado París. ¿Qué harían en París? Un cuerpo cayendo. La incongruencia de un cuerpo en el aire. Como en esas imágenes del atentado del 11-S en Nueva York (la capital del mundo, había dicho el dueño del bar) cuando más de doscientas personas se precipitaron al vacío huyendo de las llamas. París ahí abajo, las manos, como garras, de ese hombre que es tu marido y que te habrá golpeado a menudo. El rostro, descompuesto por la sorpresa y el miedo, que en poco se parecerá al que muestra el oscuro retrato rescatado por el periódico.

4

La pareja inglesa resultó ser un marroquí de veinticinco años acompañado por su hermano pequeño, de veinte. Esperaban sentados en el poyete del portal y el mayor se levantó al ver aproximarse a Inma y Jaime. Les ofreció un apretón de manos a los dos, un saludo enérgico acompañado de una sonrisa espléndida. Mostraba una seguridad arrebatadora y porte de modelo profesional, pero vestía mal conjuntado y sus ademanes resultaban vulgarmente exagerados. Sin duda no era modelo. El más joven permaneció apartado, como a disgusto.

—Abdu —se presentó sin dejar de sonreír.

—¿Cómo?

—Abdu. Éste es Karim, mi hermano. El apartamento es para mí solo.

—¿Actualmente vives aquí, en Torremolinos? —quiso saber Inma; sólo Jaime notó su contrariedad.

—Pero lejos. Prefiero esta zona, más tranquila.

La tía de Inma vivía en el mismo bloque y detuvieron el ascensor en su planta para pedirle la llave. Cuando llamaban de una inmobiliaria Inma no necesitaba desplazarse hasta allí, bastaba con que le pidiesen la llave a su tía, algo mucho más cómodo. Así, además, eliminaba el riesgo de olvidarla en Málaga cuando viniese a enseñar el apartamento a un particular.

Lo de siempre. El baño, con plato de ducha en vez de bañera, para aprovechar mejor el poco espacio, cocina americana, dormitorio pequeño pero bien orientado, fresco en verano y cálido en invierno, el salón, recién pintado, y la joya de la casa: la terraza.

Por el tono desinteresado, seco, un poco cortante, que contrastaba con la locuacidad del marroquí, Jaime supuso que Inma no le

alquilaría el apartamento, que enseguida saldría con eso de que estoy esperando que me responda una señora que lo vio antes y que quedó en llamarme mañana por la mañana, pero de repente Abdu se dio la vuelta en el pasillo, con su enorme sonrisa, obligando a Inma a detenerse para no chocar con él.

—Me lo quedo —sentenció Abdu.

—Bueno, no hemos hablado del precio —se defendió Inma.

—El que informaba el anuncio, ¿no? Te dije por teléfono que me parecía bien. Sería para entrar a principios de mes. Te doy ahora la fianza y la primera mensualidad cuando me des la llave. ¿De acuerdo?

Dirigió una mirada a su hermano pero éste permanecía distraído. Sacó un sobre de un bolsillo y se lo ofreció a Inma.

—Cuéntalo, por favor, recién sacados del banco, para que tú los estrenes —dijo, tendiéndole el sobre—, calentitos.

Inma fue contando los billetes nuevos, con torpeza, queriendo haberse negado a hacerlo.

—El contrato —balbuceó.

—Podemos quedar la semana que viene, el día que digas. Me das las llaves y firmamos el contrato. Yo traeré la primera mensualidad y tú me dices entonces si prefieres que después te dé el dinero en mano o mediante transferencia.

—Te llamo en un par de días y quedamos —musitó Inma.

El marroquí poseía un fuerte sentido del humor, pero al ser rebuscado y enlazar una broma con otra sin apenas pausa entre ambas, resultaba difícil reírle las gracias, entenderlas. Inma asentía apenas, sin esforzarse ya por seguir el hilo de lo que el otro decía. Jaime se encargó de devolverle la llave a la tía de Inma y ella acompañó a Abdu al garaje para enseñarle la plaza de aparcamiento. Una vez en la calle, Inma se despidió de los dos hermanos con brusquedad. Jaime achacó el retraimiento de Inma mientras regresaban en el coche a la frustración por no haber sabido reaccionar, expresar su rechazo, estoy esperando la respuesta de una señora que lo vio ayer y quedó en contestarme mañana.

—¿Tú crees que pagará? —preguntó al fin a Jaime.

—De hecho ya ha pagado la fianza, ¿no?

5

El tráfico denso a causa de un accidente los ayudó a sobrellevar el silencio espeso, forzado, la espera por ver las consecuencias del golpe.

Una furgoneta de la Guardia Civil, las luces confiriendo una luminosidad hermosa a la tarde que caía, dos motos, los coches aminorando la marcha cuando pasaban junto al lugar del accidente, la ambulancia, uno de los guardias gesticulando a los conductores, que no se detuvieran, vamos, vamos, circulen, y entonces el cuerpo en el suelo, cubierto por una sábana. Jaime imaginó el de la mujer que había sido arrojada desde la Torre Eiffel. Su cuerpo también oculto bajo una manta, el marido esperando a que se abriesen las puertas metálicas del ascensor para descender, caminar rápido, sin rumbo, por las calles de París, buscando sólo alejarse, desesperado ante la lentitud de la puerta que no termina de abrirse. O a lo mejor tranquilo, ofreciendo las muñecas a los gendarmes que ya habrían llegado.

—Qué bien que hayas encontrado un inquilino —dijo Jaime, ya en la casa, de noche, los dos en la terraza.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Por la tranquilidad, por no tener que seguir buscando ni enseñándolo. Por el dinero.

—El dinero sí —concedió Inma, y Jaime percibió la agresividad contenida en su tono; ¿qué les estaba pasando?—. Ya que esta casa no me lo da, al menos que la otra sí.

—A nadie le da dinero la casa donde vive. No te vas a cobrar un alquiler a ti misma.

—A mí no. Pero tú podrías contribuir.

Buscó la cerveza para ocupar las manos; ya lo había dicho.

—Sí, yo podría contribuir. Dime cuánto y cada mes te paso lo que digas. Ya me dices si lo quieres en mano o por transferencia —trató de bromear Jaime imitando la voz de Abdu, el acento marroquí que el otro no tenía, pero Inma no se rio.

—No es una cuestión de dinero sino de intención.

—Intención de pagar.

—De colaborar.

—Crees que yo no colaboro.

—No siempre.

—Tú insististe en que ni siquiera fuese a ver la-mierda-de-piso-que-un-hombre-con-un-hijo-no-se-merece y me quedase contigo, aquí.

—Sé lo que dije.

—Pero ahora te arrepientes.

—No es eso. Simplemente quisiera estar segura de tu intención de colaborar. Derechos y deberes, ya sabes. Y creo además que eres tú quien debería haber sacado el tema.

—Lo siento. Dime una cantidad. ¿Te parece bien la mitad de lo que pagas de hipoteca al mes?

—Me parece bien.

—Yo no te cobraré nada por limpiar el cuarto de baño.

—¿Vamos a empezar con los trapos sucios? Yo no limpio el baño, pero si comemos juntos, la comida la hago casi siempre yo. Y no me digas ahora que tú pones la lavadora porque sería mejor que no lo hicieras, mezclando la ropa blanca y la de color.

—Vamos a dejarlo. Por mi parte me comprometo a pagarte la mitad de la hipoteca y a no mezclar la ropa de color con la blanca.

—¡Qué gracioso!

—Hablo en serio.

—Llevas unos días insoportable.

—¿Y tú?

—¿No has dicho que lo dejemos? Pues vamos a dejarlo. Si estás envenenado porque Elena no te deja ver al niño no lo pagues conmigo.

—Por favor.

—¿Por favor? ¿Es mentira lo que estoy diciendo?

Jaime controló el arrebato instantáneo de lanzar la botella de cerveza al vacío, un deseo de destruir, de barrer de un manotazo lo que había en la mesa, un estallido en su interior. Sintió que esa violencia no era nueva, que permanecía oculta, en estado latente, en stand by, tal vez habría dicho Elena, pero por qué pensar lo que habría dicho ella, qué pinta ella aquí, latente la violencia, esperando su hora, formando parte de sí aunque él se empeñase en mostrar su lado amable, comprensivo. Sintió un estremecimiento al preguntarse hasta dónde sería capaz de llegar, pero no era ése el problema: no había lanzado la botella, no había dado ningún manotazo a la mesa. ¿Qué les estaba pasando? La vida en común estaba dejando de ser fácil, pero no encontró una causa ni supo alcanzar una determinación. No creyó que la contribución económica fuese a solucionar nada, aunque lo consideró un acto de justicia. El problema no residía en el dinero, era otro. En cualquier caso, pagaría la mitad de la hipoteca. ¿Qué conseguiría con ello, aplazar qué?

6

En una casa como ésta, mascullaba Jaime, sin un jardín que la rodee, pinos ocultando rincones, en una vivienda así, sin una superficie que provea de escondites para aislarse, en este piso de Inma, ¿dónde se hallaba el refugio en el que amortiguar, proteger el enfado? Pensó salir a la calle, pero no quería irse sin decir adiós, y no tenía intención de dirigirle la palabra, demasiado agresiva con él. ¿Por qué? ¿Por

tener que alquilar el apartamento a alguien que no terminaba de convencerla? No podía ser eso, sin duda se trataba de algo más, ¿definitivo? *This is the end*; cantó mentalmente la canción de los Doors.

—Bajo a ver si encuentro un kiosco abierto para comprar el periódico —se sorprendió diciendo.

Una frase infantilmente justificativa, estúpida. Nunca había salido por la noche para comprar el periódico. Inma no contestó. *The end*.

Al abrir el portal, una mujer que revolvía las bolsas de basura asomada al contenedor se volvió y le aguantó la mirada, como si fuese él quien hurgase entre los desechos y a ella la molestase. Más adelante, en la puerta del locutorio, un joven se salió del corro en el que conversaban en ruso o ucraniano y le cortó el paso para pedirle un cigarrillo; Jaime negó con la cabeza, los ojos del extranjero clavados en él, la ciudad agresiva. Recordó la maniobra similar del marroquí en el pasillo del apartamento de Inma, la sonrisa seductora, el giro inesperado.

El kiosco de la calle Manrique estaba todavía abierto y se sintió obligado a solicitar un periódico que había leído esa mañana mientras desayunaba. Se sentó en una terraza y pidió una cerveza. Pasaba las hojas sin terminar de leer los titulares. Se dio cuenta cuando ya llevaba un rato haciéndolo de que leía detenidamente los pequeños anuncios. Alquileres. Calculaba de qué manera tendría que ajustarse para poder pagar un piso de dos dormitorios. Tenía un hijo. Una habitación para su hijo. Una casa para su hijo y él, los dos solos. Durante unos años podría bastar con un solo dormitorio. Dejó el periódico en la mesa, pagó y regresó despacio a la casa. No había contado con Inma. Una casa para su hijo y para él. Lo hería la culpa. En sus planes no había incluido a Inma.

¿Algo definitivo? Debería decírselo: Inma, he rodeado con un círculo el anuncio de un apartamento demasiado caro, en cuanto encuentre uno que pueda permitirme me voy. Deseó poder decírselo y que ella le reprochase más comportamientos inapropiados, que la discusión provocase la ruptura, en definitiva, no tener que decírselo él, me voy, pero deseaba todavía con más fuerza que Inma se hubiese aplacado, evitar las frases hirientes, el apartamento que no alquilaría. Una tregua.

Inma seguía en el sofá, ante la televisión sin voz. Los pies descalzos sobre los cojines. Jaime la sintió desvalida. ¿Ella, con sus palabras, habría dejado entrever parte de una idea que llevaba creciendo en su interior aunque no la hubiese terminado de elaborar? ¿Iba a dejarlo?

—Hola.

—¿Y el periódico?

—Estaba cerrado el kiosco. Da igual, sólo quería darme un paseo —se sentó en el sofá sin rozar a Inma.

—Jaime, perdona por lo de antes.

—Perdona tú también.

—Lo del niño y Elena. Eso es asunto vuestro, perdona.

—¿Qué estás viendo?

—Nada, no hay nada. ¿Ponemos alguna película? Elige de la estantería la que quieras.

7

A la hora del desayuno, Jaime entró en el baño para eludir a sus compañeros. Eligió una mesa esquinada de una cafetería diferente a la que solían ir cada mañana. Solo. Telefoneó a Elena para preguntarle por Álvaro, pedirle si podría recogerlo una tarde de esa semana. Abrigaba ingenuamente la esperanza de una improbable disposición cálida de Elena que lo llevase a compartir los problemas que arrastraba con Inma. Elena, estoy hecho un lío. Los dos en el sofá de su casa, hacía sólo unos meses, Álvaro durmiendo. Elena no cogió el teléfono y Jaime optó por no enviarle el mensaje de texto rabioso que llegó a redactar: Álvaro también es mi hijo, quiero verlo. El ventanal de la cafetería estaba completamente abierto y le incomodaba el humo de otro oficinista que había salido a fumar a la calle.

El estruendo de una moto lo llevó a Sergio. Las dentelladas del recuerdo. El ruido de la moto no precedería a Sergio nunca más. Sergio. Dos años ya. Buscó el principio, abriéndose paso en la espesura dolorosa de la infancia. El primer encuentro. Jaime lo conoció antes de que Sergio registrase su existencia. Un picotazo repentino y al volverse Jaime localizó al compañero que le había lanzado el hueso de una fruta impulsándose con una gomilla. Tendría nueve años y sabía lo que había que hacer, pero lo agarraron de la camiseta, lo zarandearon, un compañero de otra clase, gritándole qué quieres tú, un niño cuyo rostro había visto antes pero sin haberlo individualizado hasta ese momento. Sergio.

—¡Me ha tirado un hueso!

Quiso mantener el tipo sin atreverse a soltar la mano de Sergio arrugando su camiseta, ese obstáculo insalvable.

—Pues te aguantas o te parto la cara. ¿Qué prefieres?

Puede que aún no hubiese cumplido los nueve. Los otros se alejaron riendo, divertidos, satisfechos porque todo había resultado

conforme a lo previsto. Buscarían otro objetivo. Habría habido otros antes que Jaime. Una agresión gratuita y efímera, él ya no existía para ellos. Después el bocadillo resultó interminable, el recreo sin sentido, el sol cegador, el campo de fútbol un desierto sin un solo amigo. El mundo dejó de ser bello, desaparecidas las flores silvestres de un malva intenso cuya localización Jaime conocía: nunca más se detendría a contemplarlas—. No buscó algún grupo con balón que estuviese jugando un partido de reglas ambiguas. Sintió la contundencia incontestable de un criterio divino: muchacho, estás solo, date cuenta. Dejó de ser el niño más fuerte de su clase, esa certeza infantil no refutada con la experiencia. El mundo a partir de ahora es otro, pensó, ya con esa tendencia a la conclusión desmedida.

¿Ahí había empezado todo? ¿Pero qué era todo? Nunca le contó esa anécdota a nadie. Nunca le recordó a Sergio —la moto ya había desaparecido, su ruido, pero Sergio se había apoderado de la cafetería, lo ocupaba todo— ese episodio que seguramente le habría parecido nuevo. Se habría reído, habría amagado con retorcerle de nuevo la camisa, lo habría hecho, y habría pronunciado si es que tenías cara de tonto, una cara pidiendo que alguien te arrugase la ropa, justo la que sigues teniendo, y otra carcajada y el gesto exagerado al empujarse el flequillo hacia atrás de un manotazo brusco.

Volvió a su café, comprobó que nada había cambiado en la pantalla de su móvil, ningún aviso, ningún mensaje de Elena. Temió encontrar en su lugar uno de Inma, y al no hallarlo lo echó de menos. Regresó a su recuerdo. Él era más inteligente que Sergio, sin duda, de hecho él seguía vivo y Sergio no, y no por haberse tragado un coche al circular rápido y borracho en la moto hacía dos años. Podía haber ocurrido de muchas otras maneras. Una pelea, como Luis, otro compañero del colegio, tres o cuatro años mayor que ellos. Una noche, poco antes de terminar el instituto, o poco después, las fechas se asocian a anécdotas y es difícil aislarlas, una de esas noches que tanto prometían y tanto defraudaban, en una fiesta, se desató una pelea en la que Jaime no tuvo nada que ver, movimientos rapidísimos, empujones, un vaso haciéndose añicos en una esquina, y de repente Luis se le echó encima, gritándole algo que no comprendió y le lanzó un puñetazo que Jaime llevó en su ojo izquierdo casi una semana. Algunos años después Jaime supo que a Luis lo acuchillaron en otra pelea, en la feria, le clavaron una navaja que le alcanzó el páncreas. Luis tendido sobre la tierra. Quien me toca, muere. Sergio y Luis, ahora, no eran nada.

8

La noche anterior había estado a punto de lanzar el botellín de cerveza al vacío, desde la terraza. Ahora, en la cafetería, recordó el puñetazo de Luis en aquella fiesta, la culpable sensación de venganza satisfecha cuando años más tarde supo que Luis había muerto, el efecto de protección retroactiva. Recordar al amigo muerto, Sergio, evocando la primera escena, la peor, aquella muestra de violencia…

La inteligencia busca alternativas civilizadas y prácticas a una respuesta violenta, pero puede también que para lo que sirva la inteligencia sea para suplir la cobardía, esa reacción agresiva que todavía ahora, sentado en la cafetería, tantos años después, hubiese querido haber adoptado, un cabezazo en la nariz a Sergio. Haber empleado una violencia que entonces desconocía, superar desde el futuro el miedo del pasado. Qué difícil golpear a alguien que sabemos que ha muerto, que se supone que fue nuestro amigo. Qué inútil el miedo que vuelve a activarse a pesar de que a quien temimos haya muerto. Qué difícil golpear cuando no lo hicimos, cuando tuvimos esa opción que en realidad no tuvimos. Volvió Jaime al miedo ante quien sí tiene la opción de pegarnos, recuperó la terrible conciencia de que es una posibilidad factible que tu rostro sea golpeado, un puño en tu cara, tu cuerpo cayendo hacia atrás, siendo —sólo e irremediablemente— el fruto de una opción de otra persona. ¿Por qué le había pegado Luis? ¿Por qué Sergio le lanzó el…? Mejor detener el pensamiento. No le suponía un consuelo recuperar el pasado. La venganza.

Un dios de maneras diferentes a las del dios que le habían inculcado cumplía esa misión violenta: no os preocupéis, cobardes, tú, porque te dejaré sufrir la ofensa pero me encargaré de desquitarte de esa humillación. No recordó Jaime ninguna petición a instancias superiores y etéreas, ningún ruego ni exigencia de venganza o protección, ningún deseo consciente de que Sergio o Luis (y dos o tres más, su colección de muertos) fuesen castigados, ejecutados. Sí rezó para padecer una enfermedad que le complicase asistir a clase durante las semanas siguientes, para ser expulsado del colegio a causa de una falta grave de cuya acusación no se defendería pese a no haberla cometido. Sí rezó para morirse. No tener que volver al colegio al día siguiente, toparse en los pasillos, en el recreo, con el niño que no había existido hasta entonces, que le recordase y quisiese arrugarle de nuevo la camiseta, burlarse de él y que todos supieran entonces que él era objeto de burla. Pegarle. El miedo. Jaime en el centro de un corro que jalea. El desasosiego de estos recuerdos lo devolvió a la mesa donde desayunaba. Mejor detener el pensamiento.

El que fumaba fuera tiró la colilla del cigarrillo y volvió al interior de la cafetería. La maraña turbia de pensamientos inconexos y recurrentes lo inquietó. Se quedó con Sergio. Se vio con él en el dormitorio enorme de su casa con dos piscinas, los dos sentados en la cama, escuchando canciones que Jaime mantenía que le gustaban aunque era mentira, le daban igual, no, ni eso: lo ponían nervioso. Trataba de seguir estribillos extranjeros, impronunciables.

Oleadas de resentimiento: porque él, desayunando solo, protegido a destiempo, no era uno de ellos, ahora lo sabía, el deseo entonces de que Sergio hubiese muerto todavía antes. Y la culpa por desearlo.

Apuró el café y pasó con rapidez las hojas del periódico. Ninguna referencia nueva a la historia que había contado el dueño del bar de Torremolinos la tarde anterior. Una mujer cayendo desde la Torre Eiffel con una aceleración de 9,8 metros por segundo.

Se le ocurrió telefonear a Inma, una llamada apaciguadora, pero no lo hizo.

Se trataba de eso, pensó mientras desandaba el camino hacia la asesoría: él no era uno de ellos. Ellos entendido como los demás. Siempre había alguien, o más de uno, y siempre él había tratado de ser como ellos, como Sergio o como Elena. ¿También como Inma? Ser merecedor, ¿pero de qué? ¿Protección? Mas no la que sentía, ésa de un dios a destiempo, sino una tangible. Una mamá que me escuche y me regañe y me perdone cuando lance botellines de cerveza por la terraza. El deseo de ser incluido. La autoridad de Sergio, la de Elena. La que Inma iba dejando de tener. Y, de repente, un hijo, Álvaro. Se suponía que él debía protegerlo, ser ese oso que decía. ¿Pero cómo protege quien necesita ser protegido? ¿Qué sé yo de nada?

De vuelta en la oficina dibujó en una hoja la distribución de una vivienda de dos dormitorios, otra con un solo espacio amplio que compartiría con su hijo. Cerca del colegio, soñaba, lo más alejado posible de la casa de Elena pero próximo al colegio, para poder llevarlo antes de ir al trabajo. Debería hablar con Inma, no esperar que ella lo hiciese, esa traición. Siempre había sido así, la espera. De nuevo se sintió asaltado por la idea de los otros. Volvió al dibujo y a Álvaro. Cuando viviesen juntos. De nuevo Inma, tenía que decírselo, Inma, creo que es mejor. ¿Mejor qué? Irme. Creo que es mejor que me vaya. Esto no funciona. No, así no. Pienso cosas, Inma, no sé, soy yo, es como si fuese otro, pienso cosas que tenía que haber pensado hace años. Tiro de la alfombra del pasado y lo arrastro hasta el presente. No, yo me arrastro hacia el pasado. Mejor, se dijo, no perderse en el discurso: creo que es mejor que me vaya, Inma. Estaba convencido de que ella opinaba igual.

Volvió al dibujo. A un mundo donde viviría con Álvaro. Preparar su ropa, el desayuno, despertarlo entonces, insistirle en que comiese

solo, los dos caminando por la acera, cogidos de la mano, cantando una canción infantil, dejarlo con la profesora en ese mundo pleno y armónico en el que él, Jaime, absorto, en la oficina, se había perdido.

—Déjate de dibujos y trabaja un poco, que Miriam está que no hay quien la aguante —le advirtió Silvia, la compañera del escritorio opuesto, asomándose por encima de la pantalla del ordenador—. ¿Qué es, el plano de una casa?

—Van a nombrarme jefe de departamento, con el aumento de sueldo voy a comprar un ático. Eso sí, tendré que despedirte.

Silvia reprimió una carcajada.

9

—Te dije que el marroquí no me gustaba.

Fueron las palabras con las que lo recibió Inma esa tarde, al entrar en la casa.

—¿Qué ha pasado?

—Lo he llamado para quedar. Teníamos que firmar el contrato y me iba a dar el dinero del primer mes.

—¿Y?

—Lo he llamado un par de veces y nada, no cogía. Hasta que al final descuelgan y una voz rara, como de alguien enfermo, o asustado, hablando en voz muy baja, me pregunta quién soy y qué quiero. Le digo que deseo hablar con Abdu, que soy la propietaria del apartamento y actúa como si no me entendiese, yo que hablaba en un tono normal, yo que era quien no entendía nada, un silencio, estaba a punto de colgar y me suelta que su hermano, o sea, Abdu, el que hablaba era el que lo acompañó, Karim, que Abdu estaba muerto, allí, a su lado. Que mañana lo entierran. Ahora que por fin pretendía olvidarme del apartamento por un tiempo, ahora va y se muere.

—Muerto.

—Sí, muerto. Ahora a colgar de nuevo los anuncios en Internet.

—¿Le has dicho algo de la fianza?

—¿Qué pasa con la fianza?

—Bueno, habrá que devolvérsela.

—Lo que faltaba, ya apareció san Jaime. Tú eres tonto. La fianza está para eso. Es una reserva, y se lo había reservado.

—La fianza es para cubrir posibles desperfectos. Si cuando va a dejar la casa está bien, entonces se le devuelve el dinero; si no, se usa para arreglarla.

—Vaya, cómo controlas el tema. Podrías ponerte en mi lugar. Vale, es una pena que se haya muerto, pero ¿qué culpa tengo yo? Y además, ¿cómo se le devuelve el dinero a un muerto?

—A su hermano.

—¿A su hermano?

—Sí.

—¿Quieres que lo llame y quede con él y vaya hasta Torremolinos sólo para darle el dinero de su hermano mayor que a saber de qué se habrá muerto?

—Creo que sería lo correcto.

—Ah, sí, lo correcto. Cuando te pones así es que no te aguanto.

—No te entiendo.

—Hoy es el día de no entenderse. Yo no entiendo al muchacho que habla ahogándose, con ese acento extraño, y tú no entiendes que si no alquilo el apartamento tendré que pagar dos hipotecas en vez de una. Hoy es el día de no entenderse.

—Dame el número y lo llamo.

—Esto es increíble —protestó Inma tendiéndole el teléfono. Jaime llamó pero no obtuvo respuesta.

—Has dicho que lo entierran mañana, ¿no?

—¿Vas a ir?

—Sí. Dame el dinero y se lo llevo a su hermano al entierro.

—Esto es increíble.

10

Jaime golpeó la puerta con los nudillos y, sin esperar respuesta, la empujó. Miriam, la subdirectora, sentada ante su mesa, hablaba por teléfono y le hizo una seña con la mano para que esperase.

—Eso no me importa, no es mi problema. Que lo hubiera pensado antes —murmuró al teléfono antes de colgar—. Dime, Jaime.

—Voy a salir un momento y a lo mejor me retraso un poco. En vez de desayunar voy al cementerio.

—¿Quién se ha muerto?

—Es una historia complicada. El inquilino del apartamento de Inma, que acababa de darle la fianza. Lo entierran dentro de media hora y voy a ir a devolverle la fianza a su hermano.

—Estamos de trabajo hasta arriba.

—No creo que tarde mucho. Mañana no salgo a desayunar y

compenso.

—Tú verás.

—Gracias.

—Gracias no. No te he dado permiso porque no me lo has pedido, simplemente me has informado. No me parece bien. Pero tú verás, vete. Luego te quedas más rato, y mañana no sales a desayunar, según lo que tardes.

No lejos de la oficina había una parada del autobús que iba al cementerio. Desde la tercera parada antes de llegar era el único viajero. El sol golpeaba el lado derecho del autobús, el asiento donde él iba sentado. Se incorporó para cambiarse de sitio y el autobús giró con brusquedad en una curva, empujando a Jaime al asiento de donde pretendía irse. Las miradas del conductor y de Jaime se cruzaron en el espejo retrovisor y Jaime no volvió a intentar cambiarse de sitio, presa de un temor insensato.

Subiendo las escaleras, en una sala junto a la iglesia, una mujer lloraba escandalosamente. Llevaba un pañuelo en el pelo y varias mujeres la agarraban. Un hombre con bigote miraba al suelo. Jaime no vio entre el grupo cercano al hermano de Abdu. Poco después lo distinguió entre las mujeres que sujetaban a la otra. Apartada unos metros, una mujer joven lo miraba, los ojos irritados, seguramente también hermana, a diferencia de los otros vestida al estilo occidental, con aire desvalido, varonil, rebelde, muy guapa. Entraron en la sala y Jaime esperó fuera cerca de veinte minutos, aprovechando la sombra de un pilar, sin perder de vista la puerta. Imaginó absurdamente que pasaba una hora más y la única que salía entonces era la mujer joven que lo había mirado, que tendría que acercarse entonces a ella para preguntarle por Karim. Ella le diría que estaba dentro, destrozado, o cuidando a la destrozada madre, que ella iba a comprar agua, que si él sabía dónde podría comprar una botella, dónde estaba la cafetería, si había cafetería allí, y Jaime se ofrecería a acompañarla, la invitaría a un café. Quiso dotarla de un nombre pero no lo consiguió. Corrigió la postura porque el sol llegaba ya hasta él. Consultó el móvil. Debía hablar con Inma. Esta traición de estar a la sombra de un pilar pensando que tienes que hablar y no hacerlo, buscando un nombre para una mujer preciosa a la que no conoces y a quien no volverás a ver jamás. Deseó que Inma se le adelantase: Jaime, esto no tiene sentido, lo mejor es dejarlo.

¿Cómo se vive solo?

Cuando se abrió la puerta de la sala, la mujer del pañuelo ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras. Karim la llevaba cogida por los hombros, junto a la joven que antes lo había mirado, yéndose. Orgulloso, altivo, portador de un sufrimiento atroz, un hombre

rezagado de otro funeral caminaba cerca de ellos, solo, en las manos un rosario. Jaime siguió la comitiva a unos metros. Aparcado en la acera, un coche de policía obstaculizaba el camino. Crujió la puerta que se abría y un agente de paisano se acercó al hermano de Abdu. Estuvieron hablando unos pocos minutos, los demás continuaron. Jaime se detuvo. Cuando Karim se separó del policía Jaime trotó hasta él. Tal vez su hermana lo vería hablando con un extraño y se acercaría. Sintió la mirada del policía y Jaime la rehuyó. ¿Por qué lo miraba así?

—Soy el del apartamento. Siento mucho lo de tu hermano.

Karim miró a Jaime sin decir nada, seguramente se había percatado de cómo lo había mirado el policía.

—Te traigo la fianza.

Jaime le tendió el sobre de la asesoría donde había introducido el dinero. Los mismos billetes nuevos que Inma había contado ante Abdu.

—Lo siento —repitió Jaime, pues Karim seguía ante él, sin irse, sin decir nada.

—Han sido ellos. Ismael y los otros.

Esta vez fue Jaime quien permaneció callado. No entendía y creyó que era lo mejor, no hacer preguntas, dejar que hablase hasta que decidiese seguir su camino, volver entonces al trabajo. Sintió el peso de las palabras de Miriam. Debía volver al trabajo. Quiso buscar a la joven hermosa pero no se atrevió a separar los ojos de Karim. Sintió que el coche de policía se alejaba y eso lo alivió, como si hubiesen podido acusarlo de algo.

—Lo han matado, pero él no había hecho nada. Él no se había quedado con el dinero. Y lo matan. Mi hermano. Lo viste. Muerto.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—Yo no he visto nada, no sé nada. Ellos me habrán visto hablar con la policía y a lo mejor se creen que he contado algo y a lo mejor ahora quieren matarme a mí. Esto es de locos.

—Lo siento.

Se alejó Karim y Jaime se quedó parado en la acera. Otra muerte. No hacía ni dos días que había estado con él, Abdu, supurando energía, vida. Otra muerte que no tenía que ver con él pero lo rozaba. Lo vio de nuevo girarse en el pasillo del apartamento de Inma, quedar justo delante de ella, su sonrisa con un encanto ambiguo, animal, las bromas. Si hubiesen quedado una semana antes para ver la casa podrían haberlo matado en el apartamento de Inma. En su mente redactó un anuncio absurdo: se alquila apartamento bien orientado, plato de ducha, garaje, olor a muerto.

A lo lejos, al otro lado de la glorieta con la fuente, el autobús que

debería devolverlo al centro, al trabajo, se alejaba sin él. Ahora sí buscó con la mirada a la hermana de Karim, había decidido que era su hermana. Ella miraba hacia Jaime, en esa dirección, tal vez no a él, y Jaime levantó un poco la mano para saludarla. Ella miró hacia él todavía un rato más y después volvió la cara, como si no lo hubiera visto.

11

En la marquesina de metal y vidrio de la parada buscó información sobre la frecuencia de los autobuses. Leía hojas impresas sujetas con cinta adhesiva, planos de la ciudad recorridos por líneas de colores, y en un reflejo vio unos hombres en la acera de enfrente. Se dio la vuelta. Eran tres, más jóvenes que él, y lo miraban. En ese momento se materializaron las palabras del hermano de Abdu: Ismael y los otros. Repentinamente dejaron de mirarle y no cruzaron. Un coche de policía, supuso que el mismo ante el que se había detenido Karim, paró ante él. Miró a los jóvenes que ahora caminaban hacia el cementerio. Uno de ellos volvió la cabeza y miró un segundo a Jaime. Quería que Jaime supiese que lo había visto, registrado.

—Buenos días. ¿Adónde vas? —preguntó el policía.

—Al centro, espero el autobús.

—Sube. Te acercamos nosotros.

En el asiento de atrás había otro policía más, de la misma edad que Jaime, sin uniforme, el que había hablado con Karim y se lo había quedado mirando a él. Se presentó. Subinspector Isidro y un apellido que a Jaime le pareció italiano y no retuvo. ¿Qué pretendían los otros, los que habrían cruzado la calle hacia él, si no hubiese aparecido el coche patrulla? ¿Debía comentar ese temor? El policía lo miraba de nuevo con la intensidad que Jaime había percibido antes.

—Imagino que no te importa que te haga un par de preguntas por el camino. ¿Quién eres tú?

Sintió que el policía no lo creía.

—¿Tu novia tiene un apartamento en Torremolinos? —le preguntó el policía como si eso fuese lo que importaba y no la muerte de un hombre—. ¿Cómo se llama tu novia?

Pero no esperó respuesta, tal vez cohibido por la extrañeza de Jaime.

—¿Y cómo se entera el novio de la propietaria de un apartamento de que han matado a su futuro inquilino? —preguntó de nuevo, y

ahora sí calló para que Jaime pudiese responder.

—Habíamos quedado en llamarlo para firmar el contrato y que pagase la primera mensualidad. Lo telefoneamos y su hermano contó que había muerto. Yo no sabía que lo hubiesen matado, no sé nada, ni cómo ni por qué.

—Pero la policía está allí, vigilando, y ve cómo le das un sobre presumiblemente con dinero al hermano del asesinado. Sospechoso, ¿no?

—No me crees, ¿verdad?

—Además de la policía habrá otros testigos. A lo mejor también quieren saber esa historia que me has contado. O ellos construyen su propia versión y te otorgan un papel distinto en todo esto.

—Es de locos —musitó, usando las mismas palabras que Karim.

—Me vas a dejar tu número y yo te voy a dejar el mío. Ya has visto que éstos no se andan con chiquitas.

—¿Éstos quiénes?

El policía lo miró con incredulidad, seguramente pensaba que sabía algo más.

Ya en la calle, a punto de cerrar la puerta, Jaime se agachó para mirar a los ojos al subinspector.

—¿Cómo lo han matado? —preguntó.

—Se supone que tú no sabes nada y que todo lo que me has contado es cierto. Pero siempre hay una posibilidad de que mientas y que sepas exactamente, incluso mejor que yo, cómo lo han matado. Así que permíteme que no te conteste. Por si acaso. Mi orgullo y todo eso.

No fueron las palabras sino el desprecio con el que fueron pronunciadas lo que sorprendió a Jaime.

—¿Te ha dado las gracias el muerto por devolverle su dinero? —rio Miriam cuando vio entrar a Jaime—. ¿Se lo has metido en un bolsillo de la chaqueta mientras lo abrazabas? Ah, no, que eso es en las bodas. Bueno, tampoco hay tanta diferencia entre una boda y un entierro, ¿no? —y soltó otra carcajada.

Al salir del trabajo algo le hizo detener un segundo la mirada en un coche estacionado en la acera de enfrente. Esas dos caras… pero siguió andando. No quiso volverse para comprobar que se trataba de los que habían estado a punto de cruzar hacia él en la parada de autobús del cementerio. Una descarga eléctrica le recorrió la espalda. Le faltó el aire y se dio cuenta de que sería incapaz de ofrecer resistencia a una agresión, ni siquiera conseguiría pedir ayuda. Trató de sacar el teléfono del bolsillo y al hacerlo se le cayó al suelo. La batería salió disparada hasta el bordillo y tardó en recomponer el

móvil, agachado, sin atreverse a mirar atrás, temiendo toparse con unos zapatos ante él, levantar la vista y darle forma al hombre que lo había mirado en el cementerio. Marcó la clave para encenderlo y con la otra mano encontró la tarjeta con el número del policía. Miró hacia la calle, un vehículo de otro color maniobraba para aparcar en el lugar donde ya no podría asegurar que lo hubiesen estado vigilando unos minutos antes; igual no, mejor agarrarse a la posibilidad más favorable. Puede, pensó, que el miedo le hubiese hecho creer que eran los jóvenes del cementerio quienes lo miraban desde el coche que ya no estaba, que, quiso pensar, nunca había estado.

Durante el resto del camino, acompasando la respiración, se convenció de la ausencia de peligro. No había sido el miedo, se dijo ahora: se trataba de dos de los jóvenes, los había visto. Nunca se encontraría tan vulnerable como se había sentido en la acera, como se seguía sintiendo, pensaba. Si le hubiesen ordenado que subiese al coche lo habría hecho. Se detuvo, se apoyó en un árbol. Se trataba sin duda de una advertencia, sólo una advertencia, la información la sacarían de Karim. ¿Debería avisarlo? Mejor dejarlo así, poner punto y final a esa historia. Por si acaso, memorizar el número del policía. Qué lejos ya la hermana de Karim, su rostro que se iba descomponiendo al mezclarse con otros.

12

This is the end. La canción se le había metido a Jaime en la cabeza y no había forma de sacársela. Si supiera tocarla, tener una guitarra y refugiarse en la canción que se había instalado en su interior. Esto es el final, Inma. Pero no se trataba de Inma, era un asunto más antiguo. Elena. Le hizo daño reconocerlo. Cuando terminó con Elena no terminó del todo. Elena e inmediatamente Inma. ¿Qué era eso? Parte del final. Inma como coletazo de su relación con Elena. ¿Y Elena? ¿También era parte de otra historia, de su amistad con Sergio?

Volvía Jaime al principio, al soniquete, a la canción en inglés, la idea primera: *this is the end*. No conseguía avanzar, en un momento dado la idea encontraba un obstáculo y se torcía y ya la línea argumental quedaba invalidaba. ¿Qué tenía que ver Sergio en todo esto? Aunque quién sabía. ¡Ah! Poder tocar una guitarra. Volvió al dolor: su relación con Inma había sido (fue consciente de que pensaba en Inma utilizando el pasado) parte de su relación con Elena, de su huida de Elena. No: de su huida del dolor que le causaba Elena. Él como el visitante de un acuario que pudiese entrar en las peceras,

formar parte de los peces, ocupar un papel en el grupo, y de repente cambiar de pecera. Le pareció una imagen simple, infantil, pero acertada. O tal vez (otro foco de dolor instantáneo) él no saltaba sino que alguien lo tomaba para cambiarlo de pecera: había sido Inma quien propuso que fuera a su casa. Pero él aceptó.

Ese miércoles no respondía a la idea de un día normal: había estado en el cementerio. Había devuelto el dinero. Había sentido pena por un hombre porque el hombre había muerto. El hombre era árabe y había muerto asesinado, pero entonces, cuando decidió acudir al cementerio, no lo sabía. ¿Habría ido si hubiera sabido que se trataba de un asesinato? Dar un sobre con dinero a un muchacho porque el dinero le pertenece, porque su hermano está muerto (no ha sido asesinado aún, eso lo sabrá Jaime más tarde), porque su hermano es árabe. Alguien te mata y yo te devuelvo tu dinero. Pero se iba, de nuevo se desviaba. El final, el sentido de un final. *This is the end*. Inma. Mierda de miércoles. No saber, no tener conocimientos. Ser la sombra de Sergio y el niño de Elena y el compañero de piso de Inma. Desde el principio toda su vida había sido parte de un final.

Un actor secundario. San Jaime con un sobre lleno de billetes nuevos. Debía hablar con Inma. No nombrar a Elena cuando hablase con Inma. No usar frases hechas. Ser claro y amable, asertivo. Contundente. No decirle tú te mereces algo más ni vamos a darnos un tiempo. Lo que de verdad quería hacer es lo que no haría. ¿Cómo hacerlo? ¿Preguntarle qué había visto en él? Di, Inma, tú sabías que acababa de terminar con Elena, tú tenías que saber que te convertirías en parte de su historia. ¿Acaso querías jugar? No me creo, y tú nunca dijiste nada parecido, que yo te gustase desde el instituto. No creía tampoco que simplemente él hubiese aparecido justo en el momento propicio en el lugar apropiado; eso podría valer pero la relación duraría entonces tres días. Aunque ¿cuánto había durado? Esos meses significaban en realidad tres días, Inma, tres días en tu pecera, haciendo pompas juntos y mirando de reojo (pensaba ahora Jaime) la pecera de la que acababa de salir. Toda la vida saltando de una pecera a otra, desordenándolas, obligando a una nueva organización de cada pecera, abandonándola después, descolocándola otra vez al irse. ¿Qué viste en mí? ¿Nadie se da cuenta del engaño? Tú lo sabías, Inma, tenías que saberlo. Yo soy quien no sabe nada.

Se metió la mano en el bolsillo y los dedos tropezaron con un papel que sacó de inmediato. El trozo de papel con dos planos. Un apartamento de dos habitaciones y otro de una sola. Su vida con Álvaro. Un hijo. Un hijo en la vida de un hombre. Un hijo para visitar el acuario desde dentro, cambiando de pecera, mostrándose a los visitantes que se asoman. El trozo de papel reflejaba una pecera nueva, suya, algo que, se dijo, nunca en la vida había tenido. Inma, lo

siento. No, no usar lo siento. Inma, creo que lo mejor es que lo dejemos. Algo así, sencillo, claro, firme. No dejar ningún resquicio, eliminar el verbo creer, la duda. No decir: creo que es mejor que lo dejemos, sino: quiero que lo dejemos. En la terraza, cenando. Aunque ¿y después? ¿Dónde dormiría esa noche? Quedar para comer juntos. Tierra de nadie. Inma, quiero que lo dejemos; camarero, ¿nos trae la cuenta por favor? Cerró los ojos. *This is the end,* murmuró. Era la banda sonora de una película que había visto con Inma. ¿Qué película? Supo que era una película que le había gustado e inquietado, pero no recordó el título, ni de qué iba. No recordó cómo terminaba. *This is the end,* tarareó. ¿Sería capaz de hablar con Inma?

13

Puntual, la maquinaria estridente del camión de basura arañó la noche. El ruido del motor provocaba la recreación del estrépito insoportable que llegaría enseguida. Las doce de la noche. Una lanza clavándose en el epicentro del insomnio de Jaime. Entonces aparecía Álvaro de otra manera. Elena. La noche cambia la percepción de las cosas. Si no había logrado conciliar el sueño antes de las doce le quedaban dos opciones: esperar levantado a que pasase el camión de recogida de basuras, leyendo, viendo una película, o saber que las pulsaciones se le dispararían y tardaría mucho tiempo en dormirse. Optó por quedarse en la cama, no despertar a Inma. Debía hablar con ella, decirle Inma, lo siento (no, no decir lo siento). Inma, es mejor que lo dejemos. Quiero que lo dejemos.

El ruido, pensó, se producía en su interior, engranajes oxidados chirriando dentro de su cabeza. Sus posibles vidas con Álvaro se mezclaban con la impotencia ante el poder de Elena. Ella le había prometido que podría verlo siempre que quisiese y ni siquiera aceptaba su mentira. El desequilibrio afectivo. Él era el padre de Álvaro, su único padre. Padre biológico no era más que un eufemismo sucio. Padre no hay más que uno. Él. La biología nos equipara a los perros, le había dicho a Elena durante la primera cena, la que abrió el camino que llevaba al final (él arrastrando una mochila por las aceras). Aunque estaba Álvaro, ahí no había final. Un hijo. Él era el padre, pero si se levantaba y salía al pasillo no hallaría la puerta de ningún dormitorio donde durmiese Álvaro, la cabeza de un peluche asomando bajo el edredón, junto a la de su hijo. Temía que el distanciamiento provocado por Elena fuese acostumbrando a Álvaro a una vida donde su figura sería más bien la de un familiar lejano.

Cambiaba de postura. ¿Qué son dos meses de convivencia? Lo que Elena quiera que sean. El poder de Elena.

—No te muevas tanto —protestó Inma.

Inma había acogido a Jaime la primera noche en que no dormiría con Elena, su historia de casas ajenas. Aquel día Jaime salió del trabajo y ya no tenía casa. Siempre lo había divertido, la víspera de su cumpleaños, que alguien le preguntara la edad: ¿decía la que ya no tenía o la que aún no había cumplido? En aquel momento no tenía domicilio. ¿Dirección? Ninguna.

Almorzó en un restaurante y estaba comentándole al camarero que buscaba piso, por si sabía de algún cliente que alquilase alguno, cuando lo agarraron del brazo: oye, pero si eres Jaime, ¿cómo te va? A Inma le asombró su tranquilidad, estaba buscando piso ¡para esa misma noche! Se había separado pero no dijo de quién.

—¿Pero la casa? ¿Qué vas a hacer?

—Tranquila, primero vamos a tomarnos el café, en cuanto terminemos me pongo a buscar.

—¿Dónde?

—Esta zona está bien. No está en la playa pero sí cerca del centro, podría ir andando al trabajo. Buscaré por Internet, en el cibercafé de ahí enfrente.

—¿Y tus cosas?

—He dejado en la barra una mochila.

—¿Una mochila, eso es todo?

—No soy muy acumulador, y hemos estado juntos poco tiempo. No ha llegado al año.

—Y un niño, qué rapidez.

Inma confundió el alivio de Jaime y el deseo de alejarse del dolor que sentía con una muestra de madurez ante lo inevitable. Una mujer lo dejaba y él miraba al futuro, sin aspavientos de rabia ni de dolor. Jaime había cumplido su papel y sintió que Elena no lo necesitaba, testaferro de su maternidad, imprescindible en una representación que ya había terminado. Elena le había asegurado que podría ver a su hijo, que su hijo seguiría siendo su hijo siempre. Forever and ever, dijo con esa manía por meter palabras en inglés, tal vez buscando quitar peso. Él viviría en un piso en el que Álvaro pasaría la mitad de su tiempo.

Etapas. El fin de una significaba el comienzo de la siguiente. O al revés. El principio abría el camino hacia el final. Como si él no pudiese plantarse ante el destino, decidir. Elena propuso dejarlo y eso significaba alejarse de la angustia por no saber cómo actuar. Había dicho que podría ver a Álvaro, qué otra cosa importaba. La presencia de Inma lo tranquilizaba, hizo que no se detuviera a pensar. Conectar con el dolor. Si no reparabas en la herida abierta, los nervios no

registraban el daño.

Se rieron recordando a compañeros del instituto. Jaime se acordó de la conversación con Elena, cuando ella le preguntó por Inma; pero Jaime no nombró a Elena. Tampoco a Andrés. No guardaba una imagen donde apareciesen Elena e Inma juntas, enfrentadas desde siempre según dedujo por el tono de las preguntas que había hecho Elena sobre Inma, a la que Jaime no había visto desde el instituto, aunque supo por Sergio que trabajaba en la tienda de su hermana Lidia. Nunca quiso pisar la tienda de Lidia, afrontar la dureza extraña, repelente, de Lidia. Y ahora Inma era una mujer nueva, en el restaurante, alegre de verlo, riéndose de lo que contaba. El instituto no existía. Ni Andrés, supuso.

Inma lo acompañó. El cuello, la melena de Inma. Los dos asomados, muy juntos, a la pantalla del ordenador. Un juego, ya no tenía pareja y una mujer a su lado, otro alivio. Inma puso inconvenientes a todos los apartamentos que aparecían en la página de alquileres que estaban consultando. Jaime telefoneó a uno pero no se lo mostrarían antes del fin de semana. ¿Y esa noche qué?

—Vente a mi casa.

—¿A tu casa?

—No es una proposición indecente. Te quedas tres días, hasta el fin de semana, y entonces te vas a tu apartamento nuevo.

Pero sí era una proposición indecente. A medias, al menos. La ocasión permitía a Inma dar pasos que no la ataban, invitarlo y evaluarlo como pareja esos tres días. Lo acordado era que saliese de su casa el fin de semana.

—¿Me respetarás? —rio Jaime.

Inma trató de recordarlo en el instituto, por qué nunca se había fijado en él. Claro que no, pensó, no te respetaré. Cenarían con vino, se dijo, otra excusa para dormir con él. A la mañana siguiente vería. Dueña y señora de su destino. Y de su cama.

—Ahí vas a dormir tú —mintió Inma al enseñarle la casa, señalando el sofá.

14

Inma se incorporó de golpe y Jaime se despertó asustado. Se había quedado dormido.

—He soñado con el asesinato —jadeaba Inma, estirándose para encender la lámpara de la mesilla de noche sin incorporarse.

—¿Cómo lo han matado?

—¿Qué?

—Nada, nada, yo también soñaba. ¿Qué asesinato? —no le había contado nada a Inma, sólo que le había dado el dinero a Karim, nada que indicase que hubiese habido un crimen.

—El del hombre ese que tiró a la mujer desde la Torre Eiffel. Me he despertado cuando el cuerpo estaba cayendo, menos mal. ¿Qué soñabas tú?

—No lo sé, un sueño sin pies ni cabeza pero desagradable. Apaga la luz.

—Tengo miedo.

—Pégate a mí, pero apaga la luz.

—Si apago la luz te duermes.

—Son las cuatro por lo menos.

—Vamos a hablar.

—Son las cuatro.

—Eres un egoísta.

—Y tú.

—Tienes respuesta para todo.

—Y tú.

—Últimamente no te aguanto.

—Es que es muy tarde, ven, pégate a mí.

—No nos entendemos.

—Apaga, por favor. Mañana hablamos. Te prometo que nunca te voy a tirar desde la Torre Eiffel.

—Qué gracioso.

—De verdad.

—Pues podríamos hacer una escapada a París. Ahora, fuera de temporada.

—Apaga.

—¿De qué se ha muerto Abdu?

Jaime se sentó en la cama.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, la gente se muere de algo, ¿no?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Era sólo una pregunta, pero ahora me has dejado intrigada. Dímelo.

—Mañana te lo cuento, me voy a desvelar.

—Ya no me puedes dejar así, vamos, cuéntamelo.

—Lo han matado.

—¿Qué? ¿Quién lo ha matado? ¿Cómo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé, no me pareció oportuno preguntárselo a su hermano cuando estaban enterrándolo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Para no asustarte.

—¿Por qué habría de asustarme?

—Nuestra relación con ellos ha terminado, nuestras vidas no volverán a cruzarse. Como si hubiese visto el apartamento y no le hubiese gustado, como tantos otros que lo han visto. Gente que no existe.

—¿Por qué dices todo eso? Tantas explicaciones para tranquilizarte a ti mismo. ¿Por qué?

Jaime se echó encima de Inma para apagar la luz y volvió a su lado de la cama. Los ojos abiertos, los músculos rígidos, unos minutos dejándose devorar por el mismo miedo que la mañana anterior en la calle, cuando creyó ver al joven del cementerio en un coche. Procuró no moverse en absoluto, pero se mantenía demasiado estático para haberse dormido.

—¿Cómo has sabido que lo han matado?

—Me lo dijo Karim cuando le di el dinero. Supongo que en ese estado de conmoción se lo habría dicho a cualquiera que se hubiese acercado.

—¿Pero quién? ¿Por qué lo han matado?

—Inma, de verdad que no tengo ni idea.

—¿Había policía?

—Sí. ¿Por qué preguntas eso?

—Si había policía es que no han pillado al que lo ha matado y además piensan que puede ir al entierro, que todavía tiene cuentas pendientes con el muerto o con su entorno.

—Parece el argumento de una película de cine negro —musitó Jaime, asombrado por la perspicacia de Inma.

—Algún mafioso vigilando a otro mafioso. Abdu un mafioso y alguien lo mata y luego vigila su entierro, y entonces ve aparecer al tonto del pueblo que se dirige a su hermano y le tiende un fajo de billetes. La has cagado.

—Te has montado una buena película —le tembló la voz al decirlo.

Los ojos irritados por la ducha, el aroma del café recién hecho, el pelo de Inma envuelto en una toalla, en la televisión una periodista repasaba los primeros titulares del día sin que Inma ni Jaime le prestasen atención. Jaime apartó de sí la imagen fugaz de la hermana de Karim.

—No entiendo cómo un hombre puede tirar a su mujer desde la Torre Eiffel.

Jaime agradeció que el tema que recuperaba Inma de la noche fuese ése y no el del asesinato del árabe.

—¿Te extraña? Sólo en España cada semana hay al menos un caso de un hombre que mata a su pareja. En otros países europeos es todavía peor.

—No me refiero a que no entienda que alguien mate a otra persona, sino que sea capaz de tirarla desde la Torre Eiffel.

—Lo que te sorprende es la espectacularidad del escenario, aumentada por tu pesadilla, como si lo hubieses visto. Relacionas la Torre Eiffel con un símbolo de ese fin de semana que quieres que pasemos en París y de repente lo ves asociado a un crimen.

—¿No te parece bien que planeemos esa escapada?

—Sí. Nos vendría bien desconectar un poco.

¿Terminar en París? No, no debían ir a París de ninguna manera.

Comer en un lugar neutral. Tierra de nadie.

—Ahora que estamos en temporada baja.

¿Quién está en temporada baja?, se preguntó Jaime. ¿París o nosotros dos?

—Temporada baja —repitió Jaime.

—La forma de matar es importante.

—Lo importante es el resultado: muerto, te hayan matado como te hayan matado.

—No. Imagina una discusión al borde de un precipicio, tú solo con esa persona con la que discutes y a la que odias profundamente. En el momento de más tensión, en ese instante en que quizá cualquiera pudiese matar si tuviese un arma a mano, bastaría con un empujón sin demasiada fuerza para que la despeñases. Las terrazas de la Torre Eiffel tendrán vallas protectoras, ¿no? El asesino de Torremolinos —Jaime se estremeció, ese calificativo también valía para el que había matado a Abdu— tuvo que auparla, salvar el obstáculo de una valla que tendría al menos un metro de altura, ella se resistiría, intentaría arañarlo, agarrarse a algún saliente…

—Para un día que tenemos tiempo para desayunar juntos, nos ponemos a hablar de un asesinato sucedido cuando aún no habíamos nacido.

—Si quieres buscamos alguno más reciente ¿Se te ocurre alguno?

—Pasado mañana recojo a Álvaro —ahora fue Jaime quien cambió de tema.

—El sábado.

—Sí. Se queda a dormir, tengo que montar la cuna de viaje. Podríamos ir a comer a la playa.

¿Conceder una prórroga?, se preguntó Jaime.

16

Jaime no lograba descifrar el nombre de la niña que jugaba con Álvaro. El mundo se regía por un código ajeno a él. El lenguaje diferente —no entendía el nombre de la niña— pero también el comportamiento de las personas, y lo que era peor: el suyo propio. Miró a Álvaro gateando bajo la pequeña rampa del tobogán de plástico amarillo y rojo. Su hijo. Era sábado y no tenía que trabajar. Se había levantado y siguió el orden metódico de los días laborales. Nadie le había enseñado cómo se es padre y debía disponerse para ello. De la paternidad sólo tenía las nociones generales, falsas, aprendidas en la infancia: papá es aquél que, casado con mamá, vive con ella y con los hijos que han tenido juntos.

La madre de la niña volvió a llamarla desde el banco donde comía pipas de girasol, las cáscaras cayendo en el pantalón, en el suelo, el desagradable estallido de un nombre extranjero mal pronunciado. Álvaro se empeñaba en subir al pequeño tobogán por la parte deslizante, a gatas, y la niña, mayor que él, lo empujaba para ayudarle. Una y otra vez resbalaban los dos y se reían unos segundos, antes de intentarlo de nuevo. Su hijo era un niño con un padre y el padre era él. Algún día, irremediablemente, Álvaro miraría a su padre buscando algo más que la corroboración de las mentiras aprendidas, buscando al hombre, calibrando la integridad y la herencia recibida. ¿Qué vería entonces?

Un hijo: una razón para seguir viviendo. La vida como un tobogán amarillo y rojo en el que estás solo pero si te tambaleas y temes caer, miras hacia atrás y la firmeza de tu padre te da seguridad. Hasta que sepas subir solo y te apartes, aunque siempre a tiro por si… Por si nada; no debía adelantar acontecimientos. Lo importante, se dijo, lo constituía la actitud. Una alerta amorosa y responsable. Responsable él, que estaba planeando al mismo tiempo un viaje a París con Inma y un almuerzo después del fin de semana para decirle: Inma, quiero que lo dejemos. La imposibilidad de las dos alternativas juntas. París… ¿para qué se va a París? Una mujer había sido lanzada por su marido

desde la Torre Eiffel. El sueño de Inma. París no era más que una pesadilla, el rostro oscuro de una foto sucia en el periódico acompañando la noticia de un viejo que asesina a otro. París es un almuerzo donde alguien espera verte llegar con unos billetes de avión y una reserva de hotel y lo que oye es: mira, vamos a dejarlo, es lo mejor.

La aguda voz de la madre arañaba la paz del momento. Los manotazos para sacudirse las cáscaras de las piernas y echarlas al suelo. Cuando al fin consiguió llegar arriba, a la plataforma techada del tobogán minúsculo, Álvaro lo buscó y esbozó una sonrisa que a Jaime le resultó enigmáticamente adulta. Le hizo una señal con la mano, cerrando el puño y estirando el pulgar, y Álvaro trató de repetir el gesto nuevo, exclusivo, un código secreto que sólo entendían ellos dos y les unía en ese mundo único, divertido y limpio a pesar de la madre de la compañera de juegos.

Jaime se sintió depositario del poder inédito que le otorgaba su hijo al mirarlo orgulloso desde arriba del tobogán. Elegido. La voz de la madre de la niña, no sabía por qué, le recordaba que el hombre que había acudido a ver el apartamento de Inma había sido asesinado. La voz sonaba para que no olvidase el desorden del mundo, este desfiladero.

Sonreía a Álvaro. Había quedado para comer con Inma en un rato. Comería con Álvaro y con Inma y barajaba frases que simplificasen la ceremonia de la ruptura con ella cuando volviesen a comer al día siguiente. No irían a París. París no existe. Había visto a Elena al recoger a Álvaro esa mañana y apenas unos días antes había creído distinguir a unos hombres vigilarlo desde el interior de un coche. Le resultaba imposible bajar la guardia, a pesar de que el día anterior no había detectado la presencia de los hombres del cementerio. Incluso allí, en el parque, cualquier ruido lo sobresaltaba, cualquier joven que se aproximase podía ser uno de ellos. Un hombre se acerca por detrás, el cañón de una recortada en la nuca. ¡Pum!, diría el camarero. El llanto de Álvaro. *Paris n'existe pas*.

Tradujo el silabeo de Álvaro como un intento de pedirle agua y sacó la botella. Le secó la barbilla y consideró ese gesto sencillo como una plasmación del poder ilimitado que su hijo supondría que él poseía. Su hijo, sosteniéndose torpemente en la baranda del tobogán para mantenerse en pie. Pronto aprendería a caminar.

Cuando llegaron al merendero de la playa, Inma ya estaba allí. Pidió a un camarero que calentase la comida de Álvaro. Sentía a Inma pendiente de sus movimientos mientras le daba cucharadas de puré a su hijo. Álvaro era su hijo. Él era un hombre con un hijo. Los ojos de Inma aprobadores, brillantes, bonitos. Un momento decisivo. Todo o nada. Iban a tener que tomar una decisión, habían llegado al punto de no retorno, lo que había valido hasta entonces pertenecía a una etapa que terminaba. Inma había visto un hotel en París que no salía demasiado caro y le propuso que al día siguiente, ya sin Álvaro, buscasen un vuelo. Podía hablar con ella justo antes. Tenía que hablar con ella. La salvación o el fin. París. No podía condenarla a que París fuese el viaje de un cobarde, de un traidor. Terminar antes era ofrecerle París para ella. Para cualquier ocasión que ella eligiese. Terminar era liberar París para ella, que nunca relacionase la ciudad con un final. Cuando Jaime acabó de darle la comida, Álvaro quiso irse con Inma. Se durmió en sus brazos. Se miraron un rato en silencio. Acomodaron al niño en el cochecito y comieron. La seguridad, el asidero que producía la presencia de Álvaro. Inma le preguntó si prefería estar a solas con él, en ese caso podía irse y reunirse con ellos más tarde, en la casa, sin problemas. El momento decisivo. Pensó que Inma sabía lo que él pensaba. La miró: tal vez ella fuese capaz de leerle la mente. Le pidió que se quedase. El camarero se equivocó en la cuenta y lo avisaron de que faltaba un plato por cobrar. Los invitó a un licor e Inma rio un comentario jocoso de Jaime. El camarero pensaría que el hijo era de ambos y tal vez ellos estuviesen jugando a eso. Todo resultaba conforme a un guion dulce, fácil y preciso.

Cuando Álvaro despertó, se acercaron los tres a la orilla. Se besaron y Álvaro se los quedó mirando y movió los brazos en aspavientos que reflejaban su alegría. ¿Estaban sellando la paz? ¿Se estaban despidiendo? Lanzaron piedras planas que daban grandes saltos antes de hundirse. Álvaro se mojó los pies y Jaime le quitó los zapatos y le introdujo entre los dedos pedazos de conchas lisas. Se levantó algo de brisa y vieron un velero avanzar escorado con una vela inflada. Aún era de día pero una luna minúscula ya ocupaba su lugar, como el trozo cortado de una uña, otra concha como las que Álvaro trataba de colocarse entre los dedos, con una paciencia imposible en los mayores.

El último sol reforzaba el amarillo de las boyas, a doscientos metros de la orilla. Jaime nadando hacia ellas, azuzado por Sergio, que siempre llegaba antes, el pánico mientras rodeaba la boya, el mar perdiendo allí toda su belleza, escondiendo quién sabía qué y los brazos cansados para nadar más rápido. Álvaro viendo las gaviotas como seres de otro mundo, soltándose de Jaime para ir hacia ellas

pero no conseguía dar un solo paso, cayendo una y otra vez. Jaime observó que no había nada sospechoso en la playa, nadie fuera de lugar. No había vuelto a hablar con Inma de la muerte del árabe. No habían vuelto a discutir. París. Todo o nada.

Dejaron a Álvaro dormido en la cama de matrimonio y prepararon una cena sencilla a base de pan tostado y embutidos, mientras veían una película que les gustó mucho. Todo era perfecto y la cerveza estaba helada, a temperatura perfecta.

Estudiaron las posibilidades de acomodarse para dormir y finalmente se acostaron los tres juntos. Tuvieron que apretarse las manos en la boca para no despertar a Álvaro con las risas cuando Inma dijo que habría que encargar tres o cuatro hermanos para él.

La respiración fuerte de Álvaro despertó a Jaime, pero se trataba del llanto de Inma.

18

Un hombre de espaldas ante la puerta del apartamento de Torremolinos, un tipo joven en ropa deportiva que se vuelve y es Abdu pero Jaime sabe que en realidad se trata del hombre que acaba de lanzar desde la Torre Eiffel —la puerta del apartamento es ahora la del ascensor de la torre— a su mujer. Abdu no sonríe. Jaime está bajo la Torre Eiffel y no encuentra ningún cuerpo, es de noche y como tarde en encontrarlo no podrá salvarla, entonces tocan su brazo y es la hermana de Karim que le sonríe y Jaime entiende que no ha pasado nada, que a quien tenían que encontrar era a él y lo ha hecho ella; lo ha salvado. Por megafonía suena su nombre, el de Jaime, lo repiten, tarda en comprender que es Inma llamándolo. Consigue incorporarse, se sienta en la cama, Álvaro duerme a su lado. Inma, de pie, los brazos en jarras, da un tirón de la sábana.

—Está todo mojado.

—¿Cómo?

—El niño, se ha meado.

—Tenía que haberlo puesto a orinar cuando nos acostamos.

—Pues sí.

—Vamos a cambiar las sábanas.

—El colchón se habrá empapado. Huele fatal.

—Mañana lo limpiamos con amoníaco y le damos la vuelta.

—Qué listo. El amoníaco huele peor que el pipí. El colchón es nuevo.

—El colchón no es nuevo. Venga, cojo a Álvaro y tú retiras las sábanas.

—El colchón es nuevo y me costó una pasta. Ahora huele a meado y se quedará para siempre una mancha oscura.

—Mañana compro un protector y ya no vuelve a pasar.

—¿Un protector de plástico? Ni hablar, el niño no duerme más con nosotros, el niño tiene que dormir en su propia cama.

—Sí. Venga, lo cojo. No grites, se va a despertar. Trae las toallitas, están encima de la lavadora.

Jaime cogió a Álvaro y le quitó despacio el pijama. Lo limpió con una toalla húmeda y lo secó con la parte limpia de las sábanas que Inma había quitado y dejado en el suelo. Inma colocó una sábana bajera y Jaime tumbó con cuidado a Álvaro. Lo irritaba que Inma se refiriese a Álvaro como el niño.

—¿Otra vez en la cama? Esto es alucinante.

—Sólo esta noche. ¿Dónde lo pongo si no? La cuna está sin montar. La próxima vez lo organizamos de otra forma. Que no se despierte.

—Huele fatal.

—Acuéstate. Y no grites, como se despierte…

—Como se despierte ¿qué? ¿Me tiras por la terraza?

—Deja de decir tonterías, no saques las cosas de quicio, acuéstate.

—Eres peor que el niño.

—El niño es un niño, no ha hecho nada raro para un niño. No lo llames el niño. Álvaro.

—El colchón.

—Que te calles.

19

Al empujar la puerta del Nerva, con quince minutos de retraso, localizó a Inma sentada en una mesa, de espaldas, su melena negra, su mano marcando un número en el teléfono y en ese momento el móvil de Jaime vibrando en el bolsillo. Jaime venía de llevar a su hijo a casa de Elena. Álvaro corriendo hacia su madre, no reparó en Jaime, caminando cabizbajo de vuelta, *Jaime n'existe pas*, pateando una lata, deteniéndose ante un kiosco para leer sin ganas los titulares, la detención de un centroeuropeo acusado de asesinar a una mujer en Mijas y a otra en Torremolinos; se estremeció, más muertes, más Torremolinos. Se cruzó con una pareja que caminaba con su hijo, el niño de la mano de su padre y su madre, happy world, habría dicho

Elena, atrás, al otro lado del portal impenetrable, sin haberlo mirado. Elena, con Álvaro, hasta la tarde del sábado siguiente. ¿Y hasta entonces qué? El paréntesis más largo del mundo. Nunca más Elena, como Antes De Álvaro, lejos, en otro mundo. ¿E Inma? Al otro lado de la puerta del restaurante que ahora empujaba, Inma volviendo la cabeza, el giro a cámara lenta de su melena, apretando los labios al verlo, Jaime sonriéndole con tristeza. París. O nunca más nada.

—Lo de anoche fue grave —dijo ella aludiendo a la discusión.

—No te preocupes, estabas cansada.

—No estoy disculpándome, Jaime. Más bien eres tú quien debería hacerlo.

—Álvaro es un niño y no hizo nada anormal en un niño. Fue un error no montar la cuna. Ya te dije que la próxima vez no dormirá con nosotros. Los pañales… —empezó a decir, pero se calló.

Nunca más dormirían juntos. ¿No lo advertía Inma? Le entraron ganas de tirar del mantel, los cubiertos estrellándose en el suelo, las copas saltando en mil pedazos.

—Eres un cabezón.

—Tú también.

—Los dos.

—Sí, por lo menos estamos de acuerdo en algo.

Inma tomó su copa, Jaime creyó que iba a brindar pero no lo hizo, bebió, chasqueó la lengua, abrió la boca pero tardó en hablar:

—Jaime, creo que deberíamos dejarlo.

En ese momento trajo el camarero una pizarra pequeña con el menú del día. Como los conocía se quedó un rato, nombró los platos que podían leer, esperando que se decidiesen, que algún comentario de ellos alargase el diálogo.

—Os recomiendo el gazpachuelo, aunque haga calor os va a gustar.

Eligieron casi sin saber lo que escogían y el camarero se apartó de ellos.

—¿Por lo de anoche? —preguntó Jaime, aunque no era eso lo que quería haber dicho.

—Jaime, por favor. Lo de anoche es una anécdota, nada más, pero refleja el estado en el que estamos. Chocamos a la menor ocasión, nos lanzamos frases hirientes. Quisiera estar contigo, pero bien. Así no —concluyó.

—Tenemos que esforzarnos.

—Ya lo hemos hecho y no da resultados. No hay por qué forzar más nada. Si no sale, no sale.

—¿No es un arrebato?

—No, llevo tiempo pensándolo.

—Pero no habías dicho nada.

—Estas cosas no se dicen a no ser que sean una determinación; si no, serían una amenaza.

—No sé qué decir —no entendía su propia resistencia cuando estaba de acuerdo en todo lo que argumentaba Inma, la arrolladora solidez de sus palabras.

—No hace falta que digas nada.

—Todo este tiempo.

—No llevamos tanto, y si estamos así, imagínate cuando llevásemos unos años, no nos aguantaríamos.

—Puede que sea lo mejor.

—Sí.

El camarero les preguntó por el gazpachuelo que apenas habían probado y no le hicieron caso. Se alejó sin atreverse a retirar los platos.

—Tengo que coger mis cosas.

—Aprovecha esta tarde mientras yo estoy fuera. No es necesario que te lleves todo de golpe, pero no tardes una eternidad. Cuando hayas cogido todo deja la llave en la cocina y tira de la puerta al salir.

—¿Te dejo la camiseta azul que usas para dormir?

—Si la dejas, la hago trapos.

Rieron y se cogieron las manos.

—Siento no haber estado a la altura —murmuró Jaime, otra vez el pesar y el alivio.

—Yo también, nadie es perfecto. Sólo hay que ser compatibles.

—Y nosotros no lo somos.

—No en este momento.

—Voy a echar de menos la tele.

—Yo te echaré de menos sólo cuando vea una película de miedo.

—El sofá para ti sola.

—Eso es lo mejor. Por eso…

—Me dejas.

—Lo dejamos.

—Sí, lo dejamos. Espero que todo te vaya muy bien.

—A ti también.

Así, un trámite rápido y civilizado, como si no importase demasiado. A Inma le pareció que Jaime no estaba preocupado, como si hubiera acudido a una entrevista de trabajo que no terminaba de convencerlo y lo hubieran rechazado: ya está, a pensar en otra cosa. Tengo que coger mis cosas, había dicho, esa frase resumía la despedida. El peso, el poso de estos meses es una camiseta vieja bajo una almohada, un puñado de películas, y ahora mejor lo dejamos y

tengo que coger mis cosas. Inma no le preguntó dónde pensaba instalarse y él no pudo soltar la frase heroica que estaba preparando, deseando soltar a su pesar. Todos esos meses. Una novela cuya lectura se ha prolongado en el tiempo y que al fin se acaba, o se interrumpe para siempre, se cierra, se coloca en la estantería, para siempre, todos esos meses.

—Nunca nos quedará París —pero Jaime no supo si Inma lo había oído.

20

Jaime no tenía la menor intención de instalarse en la ruptura, tampoco sabía hacerlo; recrearse en la constatación de otra derrota, dejar que una película de melancolía cubriese su piel, le hiciese un daño que siempre había evitado. Darle la espalda al pasado y volar hacia el futuro, eso era todo, para qué más. Sin embargo, allí detenido, en la entrada de la casa de Inma, dispuesto a recoger sus cosas y para ello dispuesto a realizar esa incursión furtiva en el pasado. Un pasado demasiado reciente pero ya absolutamente pasado. Un museo donde se expone todo lo que hemos perdido, eso suponía el pasado, estar allí, encontrar su hueco, el que había ocupado en todos los rincones. De las piezas expuestas, distinguir las que le pertenecían exclusivamente a él, para eso se encontraba allí, sacar todos los elementos disonantes que él había introducido en una casa que no era suya.

La casa de Inma era la casa de Inma. Entró y cerró la puerta, no encendió todavía ninguna luz. Ésa no era su casa. Pero sí lo era, un poco: lo había sido. Cada paso que daba le hacía tomar conciencia de lo que ocurría: Inma y él habían terminado su relación. Un encontronazo con la realidad. El futuro lo asaltaría cuando saliese de la casa, pero ahora no existía. El futuro era una tormenta esperándolo fuera. Ya no comerían juntos ni verían películas en ese sofá por el que pasó la mano como si acariciase el lomo de un perro. Ya no dormirían juntos. Desacostumbrado a dejar espacio al dolor, se sintió torpe, incómodo, tremendamente desconocido, temió haberse equivocado al terminar con Inma. ¿Podría haberlo evitado de alguna manera? Los buenos momentos vividos, ¿compensan el dolor del final? Ésa no era su casa pero le pertenecía ahora más que nunca, observándolo todo con detenimiento, contemplando las huellas de su pasado: él había vivido allí.

La casa de Inma era la casa de Inma, el piso de soltera de Inma.

Trató sin éxito de sonreír. El pasillo que él se ofreció a pintar. La puerta del baño. La toalla naranja con la que él se había secado esa mañana, todavía húmeda, el cepillo de dientes rojo con las cerdas abiertas, la maquinilla de afeitar. Él había vivido allí. La estrecha terraza: nunca más las cervezas. Le dolió el marco violeta con una foto de ellos dos riendo, la boca de Inma, el pelo, y apartó la mirada, todo eso pertenecía al pasado, a un territorio donde sólo entrar ya te asalta el daño. Un país desmembrado, que no existe más. Lo que estaba haciendo ya era pasado, esa mañana, ayer, unos meses atrás, ahora tocaba otra casa, otras noches, eso era la vida. La casa de Inma: una incursión dentro de su memoria, cuando lo que pretendía era saltar, caer hacia el futuro. Una visita clandestina a un pasado suyo inverosímil. Entrar dentro de ti y pasear por los recuerdos. ¿Ésa había sido realmente su casa?

Se sentó en la cama que ya no era su cama. No era su cama ni era su casa pero sabía que el lado donde se había sentado era el de Inma, que bajo la almohada, perfectamente doblada, se escondía una camiseta suya. Una lágrima le llegó a los labios. Percibió que lloraba con llanto atrasado, no sólo por Inma, pero no estaba preparado para una introspección de ese tipo. Lo habían dejado, las parejas se dejan. Se lavó la cara y dejó la llave en la cocina. Escribió una nota en un papel que arrugó enseguida y se guardó en el bolsillo. Se fijó en el número de Karim apuntado en otra hoja de la misma libreta.

Cuando iba a cerrar la puerta entró de nuevo y arrancó la hoja donde estaba anotado el teléfono de Karim. El portazo contendría el aluvión que, para siempre, permanecería allí dentro encerrado, en la casa de Inma.

21

Como una grabación de radio en la que hubiesen cortado todos los silencios, la mujer que le mostraba la vivienda en alquiler, hablando a una velocidad endiablada, convertía las frases en una sola palabra interminable. La había encontrado en una web de alquileres, sentado ante el ordenador que le indicó con rudeza un negro altísimo en un locutorio donde él era el único blanco. Africanos conversando en una lengua llena de emes y bes, intercalando palabras en inglés, presumiblemente nigerianos, todos altos y desabridos. Apuntó tres números de teléfono pero sólo necesitó usar el primero. La mujer aceptó mostrárselo esa misma tarde y le confirmó que si cumplía sus expectativas podría ocuparlo de inmediato.

La señora extendió los brazos y en un giro torpe de bailarina apática abarcó el espacio reducido de la vivienda, una sola habitación cuyo mobiliario incluía un sofá que se convertía en cama doble, una mesa, un par de sillas, un armario empotrado, una cocina minúscula en una de las paredes de la habitación y una puerta que se abría al baño diminuto. La mujer vocalizó exageradamente, ahora separó hasta las sílabas, para pronunciar el precio que ya había leído Jaime en el anuncio y que ella había repetido al teléfono. No resultaba mucho más caro de lo que había convenido darle a Inma. Una mano apretándole desde dentro al recordar a Inma. Sumó mentalmente al precio la cantidad que le pasaba a Elena en concepto de pensión por Álvaro. Tendría que ajustarse pero podía permitírselo. Una ventana amplia llenaba de claridad la habitación, el suelo de láminas de madera, las paredes blancas.

Aprovechó una pausa para afirmar que se lo quedaba y la mujer le comentó que si así lo deseaba firmarían en ese mismo momento el contrato, pero le advirtió de que si él dejaba de pagar una sola mensualidad ella se encargaría de que no dudase en marcharse, sabía cómo hacerlo, añadió entonces calló, como preguntándose si todo quedaba claro para Jaime.

—Muy bien —asintió Jaime intimidado—. ¿Entonces puedo mudarme hoy mismo?

—Claro, si me das dos mensualidades, una de ellas como fianza.

Una casa. Para él. ¿Y Álvaro? Se había olvidado de Álvaro, su hijo, como si no tuviera hijo. Álvaro con una madre soltera, sin padre conocido; él alquilando un estudio, un mundo, olvidando que tenía un hijo. La señora sacó un formulario de un sobre grande y Jaime el dinero. Formalizaron el contrato. Tenía que comprar los enseres básicos. La toalla naranja, húmeda, todavía colgando en un baño que no era suyo. El suyo era ése, suyo y de Álvaro, el hijo que olvidaba, que había olvidado. La melena de Inma. Comprar sábanas y toallas, pero era domingo. Un cepillo de dientes. Montar en un rincón la cuna. O mejor dejarla desmontada hasta que recogiese a Álvaro. Ahora tengo hijo, ahora no, aunque debería tenerlo siempre presente y lo había olvidado, él, Jaime, un hombre solo sin un hijo al que buscar el sábado siguiente, un hombre solo sin un pasado con implicaciones. Entrando atropelladamente en el futuro. ¿Había terminado con Elena al terminar con Inma? ¿Podía de una vez comenzar, vivir el duelo? ¿De eso se trataba?

Cuando la propietaria salió, Jaime imitó su giro, los brazos extendidos. Su casa. Su patria, su castillo. La bandera, un trapo húmedo, naranja, meciéndose apenas en un baño al que nunca volvería a entrar. Inma, lejísimos. Inma llegaría a la casa y tendría que descolgar la toalla que sabría usada por él. La toalla en sus manos. El

pelo de Inma. Las manos de Inma tomando la toalla naranja. Las manos de Inma que habían estado entre las suyas, en su espalda y en su pecho. Nunca más las manos de Inma. Se cerraba el paréntesis. El pez ha saltado de la pecera y cae en el suelo brillante, su lomo plateado golpea el suelo como si aplaudiese o bailase. Se ahoga. No he estado a la altura, Inma, lo siento, pensó. El mundo es tan alto.

22

El sol de septiembre, demasiado bajo, lo hacía avanzar a contraluz. Siluetas caminando en sentido contrario, alumbradas desde atrás, actores que abandonan el escenario. Había pasado la primera noche en el estudio recién alquilado y ahora se dirigía al trabajo, midiendo el tiempo del nuevo itinerario. Echó de menos unas gafas de sol. Había tomado posesión del estudio, su castillo. Otra vida comenzaba.

A dos manzanas de la oficina sintió un empujón en el pecho, seco, brutal, inesperado, cuya procedencia tardó en localizar, una mano que no se retiró tras el golpe y que Jaime no apartó, pues lo arrastraba hasta un portal. Él trató de mantener el equilibrio, comprender, y entonces el rostro de otro hombre estaba demasiado cerca. Gotas de saliva hiriendo su rostro.

—Bueno, bueno, vamos a dejarnos de jugar. No me gusta andar siguiendo a nadie como si fuera policía, yo no soy policía.

—Te estás equivocando —consiguió pronunciar Jaime, preguntándose si podría realmente tratarse de un error.

—No, qué va, es mejor así, sin hacerte daño. Yo te comunico que sé que tienes el dinero del morito malo que ha tenido que morirse, entonces tú me prometes que mañana me lo vas a dar. Yo te espero mañana y mañana me lo das, aquí, en este portal tan bonito. ¿A que es mejor así?

—Te estás equivocando.

—No creo, amigo. Es mejor así, de verdad. Sin equivocarme. Sin tener que mandarte a saludar al morito tonto adonde se vayan los moros tontos cuando se mueren por creerse moros listos.

—¿De qué hablas? ¿Qué dinero? ¿Cuánto es?

—Ah, que no lo has contado, es eso, no has tenido tiempo. Lo que había en la bolsa, sólo eso, los intereses te los quedas para invitar a tu putita al restaurante Nerva. Sesenta mil euros.

—A ella déjala en paz, ya no estamos juntos.

—Tú me prometes traerme el dinero mañana a esta hora, aquí, y

yo te prometo no hacerle una visita con mis amigos a tu putita guapa con esa melena rizada.

—Suéltame, por favor.

—No me has prometido nada —el tono de la voz parecía de repente abandonar toda idea de juego.

—Lo prometo.

Con una agilidad sorprendente, el hombre alcanzó un coche que lo esperaba al otro lado de la calle con el motor arrancado.

¿Ismael? Darle dinero a la mañana siguiente. ¿Y si no? ¿Qué dinero? ¿Iba a matarlo? ¿Ese hombre iba a matarlo? Inma, debía advertírselo, la policía.

—¿Te encuentras bien? —se acercó una señora que había presenciado la escena.

—Sí, no es nada.

—¿Te ha robado?

—No, no, gracias, olvídelo —respondió pendiente del coche que emprendía la marcha.

Memorizó la matrícula y, cuando el coche se perdió, sacó un bolígrafo del bolsillo y la anotó. Desorientado, con miedo, necesitó unos segundos para situarse. Siguió andando hacia el trabajo. Cuando el semáforo cambió a verde no cruzó, exhausto, como si hubiese estado corriendo durante una hora. ¿Ése era Ismael? ¿Ése había matado a Abdu y ahora lo amenazaba a él? ¿Iba a morir él? La imagen imposible de su hijo cuando alcanzase los trece años. Un adolescente venciendo la hostilidad que siempre ha presentido a su pregunta nunca formulada: ¿qué fue de mi padre? Murió cuando tú apenas tenías un año. ¿Por qué un niño no tiene padre si los niños tienen padre? Álvaro ajeno a él, los primeros pasos que daría enseguida, su crecimiento, todo Álvaro.

Buscó el móvil y marcó el número de Inma.

—Hola, Jaime, ya he visto la llave, has sido rápido. ¿Necesitas entrar para recoger más cosas?

—Inma, escucha, acaba de atacarme un hombre, quiere su dinero, sesenta mil euros, creo que es el que mató a Abdu.

—¿De qué hablas?

—Escúchame. Piensan que tengo algo que ver.

—¿Quiénes piensan eso?

—No sé quiénes son. Ismael y los otros.

—¿Ismael y los otros?

—Déjame hablar. No sé quiénes son. Me vieron en el cementerio y piensan que tengo que ver con algo que no sé lo que es, creen que yo tengo el dinero que debería haber tenido Abdu. Por ese dinero lo mataron.

—Y en vez de llamar a la policía me llamas a mí para asustarme.

—Ahora voy a llamar a la policía. Te llamo porque me ha dicho que mañana le dé el dinero y han hecho alusión a mi mujer y al restaurante Nerva.

—¿Qué tiene que ver el Nerva en todo esto?

—Me siguieron. Nos vieron comer juntos. Creen que eres mi mujer.

—Esto es alucinante. ¿De qué hablas?

—Llamo para pedirte que tengas cuidado.

—¿Cómo que tenga cuidado? ¿De qué? ¿Qué pueden hacerme? ¿Pero quiénes son Ismael y los otros?

—No te va a pasar nada. Voy a llamar a la policía. Sólo ten cuidado, cuando vuelvas a casa asegúrate de que nadie te sigue.

—Pero qué complicado es todo contigo. Tú con tus películas. Si lo hemos dejado es para dejarlo, Jaime. Tú con tus películas.

23

Llegó unos minutos tarde y había mucho trabajo. No podría telefonear sin que el resto de la oficina se enterase de lo que hablara. Decidió aprovechar los quince minutos del café, pero Miriam le pidió que desayunasen juntos, en la cafetería a la que solían acudir los directivos.

—Jaime, ¿qué te pasa?

—Nada, estoy bien, Miriam, tengo algunos problemas pero nada grave, gracias.

—No te estarás metiendo nada, ¿no?

—¿Crees que soy drogadicto?

—No creo nada, te pregunto si te estás metiendo algo. Respóndeme, por favor.

—No me estoy metiendo nada.

—Llevas unos días muy raro. No rindes ni te das cuenta de lo que pasa alrededor. No me gusta.

—Inma me ha dejado.

—Ah, es eso.

—Sí, no quería que se me notase.

—Somos mayorcitos.

—Sí.

—Crecemos, nos relacionamos, conocemos a alguien, follamos un poco y al cabo del tiempo o dejamos nosotros al que sea o el que sea

nos deja a nosotros.

—Sí.

—Es la historia de siempre.

—La historia de siempre.

—Nada nuevo, nada extraordinario, pero cuando somos nosotros los dejados, aunque a lo mejor a la semana siguiente hubiésemos mandado nosotros a la mierda a la otra persona, cuando nos dicen adiós muy buenas, estamos jodidos.

—Sí.

—No estamos preparados para lo habitual.

—Sí.

—Este mundo va de culo porque nos preparan para trabajar, pero no para vivir.

—Me sorprende tu lucidez.

—A mí me sorprende que te hundas cuando te dejan. Tu mujer ideal no te dejaría. Tu mujer ideal te querría en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe.

—Inma no es mi mujer ideal.

—Para nada.

—Gracias.

—Déjate de gracias, todo el santo día dando las gracias. Quédate con eso, te has equivocado. Inma te ha dejado, punto. Es duro, pero es así. Hay que seguir. Los clientes de la asesoría no tienen culpa de cómo te vayan las cosas en la cama. Si no entregamos una declaración a tiempo y reciben un requerimiento de Hacienda no puedo llamarlos y excusarme explicándoles que a uno de nuestros trabajadores su mujer le ha pedido que se busque a otra. Así que llora un rato al llegar a casa, y después sales y actúas como si nada, todos tenemos problemas.

—De acuerdo.

—Deja, ya pago yo. Jaime, no quiero tener que recordarte todo esto. No me gusta echar sermones.

—Sí. Voy a hacer una llamada y subo.

—Déjate de llamadas. A partir de las tres puedes gastarte tu sueldo en llamadas. Ahora a trabajar. Mañana vence un plazo y tenemos que terminar y revisar todas las declaraciones.

24

Cada cara podría ser la del hombre que lo había intimidado o la de

alguno de los suyos, «los otros», cada coche estar siguiendo sus pasos, cada sonido de claxon podría preceder a un portazo, una carrera, Ismael entrando de nuevo en su campo visual, recordándole que lo iba a matar. Ser un cadáver.

¿Cómo había muerto Abdu? ¿Usarían el mismo método con él? ¿Cuál? La amenaza sobre Inma. Llegó a la casa deteniéndose en cada esquina para vigilar, le faltaba el aire, buscando a alguien que pudiese estar siguiéndolo, cambiando de acera en cada manzana para despistar a un posible perseguidor, para localizarlo. Cada frenazo era un suplicio, la constatación de que Ismael había decidido no esperar hasta el día siguiente.

Se afanó por caminar sin parecer nervioso. ¿Cómo se compone el gesto del que es inocente? Pasó ante una frutería donde la clientela aguardaba a ser atendida ajena a la amenaza que le habían proferido. Entró en la tienda. Esperó su turno y, confiriendo dramatismo a todos sus actos, no supo si comprar poca cantidad, para qué más, si mañana Ismael entorpecería de nuevo su camino, lo introduciría en el coche sin encontrar resistencia por su parte. Su cuerpo en una cuneta, quizá todavía con vida, viendo desde el suelo el asfalto con un porcentaje de inclinación imposible, ángulos de visión nuevos, esquinas de coche rozándole hasta que alguno se detuviese, puede que ya demasiado tarde. En otra tienda compró un juego de toallas y sábanas. La mujer que lo atendió diría al leer el periódico: sí, estuvo aquí, compró unas toallas, el pobre. Los últimos pasos de un hombre, mirarlo todo por última vez.

Álvaro lo olvidaría. Una tarde miraría a Elena y pronunciaría papá, queriendo saber, olvidándose enseguida.

Desde la ventana del apartamento estudió la calle, los modelos de los coches aparcados, la presencia de algún peatón que pudiese estar vigilando, comprobó que la ciudad seguía su curso, sin elementos extraños. Extrajo la tarjeta del bolsillo como si fuera un objeto delicadísimo, el más importante de sus actos: sacar la tarjeta. Leyó el número que había aprendido de memoria. Lo sorprendió ser capaz de elegir el tono, si echarse a llorar, no quiero morir, o mantener la calma y contar lo que había sucedido, que es lo que se dispuso a hacer. Telefoneó a Isidro, el subinspector de policía, quien ante su insistencia accedió a encontrarse con él en cuarenta y cinco minutos.

25

Isidro no parecía preocupado de que pudiesen verlos juntos, pero

Jaime repitió que se sentasen dentro, por favor, asustado. No dudaba de que Isidro fuese policía, pero ese aspecto… Sabía que lo era, había hablado con él dentro del coche patrulla, lo había llamado tras la amenaza y ahí estaba, frente a él, desganado, con ropa mal conjuntada, sin afeitar. Pero sin miedo. Fuerte. Y sobre todo ahí, frente a él, seguramente con una pistola guardada en algún sitio, en una funda riñonera, sobaquera, en los tobillos del policía ahora acercando una silla de otra mesa sin haber preguntado si estaba libre, arrastrándola a pesar de ser fuerte, diciéndole al camarero que no iba a tomar nada, mirando de repente hacia él, como si sólo ahora reparase en Jaime, que era quien lo había citado.

Asintió Isidro, apretando los labios, sonrió mientras movía la cabeza, como si Jaime fuese un niño chico y lo hubiese sorprendido haciendo una travesura. Como si lo conociera de hacía tiempo. No le preguntó qué había ocurrido y Jaime no supo si comenzar a hablar. Esperó un poco y lo contó todo. Cuando hubo acabado se percató de que Isidro no lo había interrumpido en ningún momento. Supuso que un buen policía lo habría hecho. Seguramente quedaban flecos. ¿Entonces? Isidro se miró las manos, juntas, ya no sonreía.

—¿Cómo has dicho que se llama tu novia? —preguntó al fin Isidro.

—Mi exnovia. Inma.

—Inma —repitió Isidro, y a Jaime le pareció que, extrañamente, para el policía ahí estaba el meollo del asunto, en el nombre de su novia.

—¿Cuánto llevabas con ella?

—Tengo miedo —interrumpió Jaime la línea de Isidro sin responderle.

¿Qué importancia podría tener el tiempo que hubiese estado con Inma?

—Sesenta mil euros —dijo Isidro siguiendo el curso de sus pensamientos, sin hacerle caso.

—Tenéis que protegerme —casi rogó Jaime.

Isidro sonrió.

—Tres jóvenes emprendedores que crean una empresa pero comercializan un producto ilegal —Isidro parecía ahora recitar la respuesta de un examen.

—¿Cómo?

—Alguien trae droga de Marruecos, un intermediario la recoge como si fueran tomates con olor a tomates. ¿Has estado en Marruecos? Sandías gigantescas, pimientos con olor a pimiento. Aquí ya nada conserva su sabor de origen, la fruta y la verdura de aquí son de plástico.

—Pero…

—El caso es que esos jóvenes emprendedores distribuyen la mercancía por una serie de comercios que no se anuncian en las páginas amarillas. Comercios que son un tío que se cree más listo que nadie. Ese comercio, que consiste en un solo tío, vende los tomates y paga el dinero al que se los trajo de Marruecos. Después de haberse ganado un buen salario.

—Un asunto de drogas —comprender no tranquilizaba a Jaime, que, sin embargo, sí sentía alivio al comprobar la calma del policía.

—Drogas no, tomates —sonrió Isidro; Jaime no entendía ese sentido del humor, ese desprecio—. Pero a lo mejor llega un listo más listo que tú y te roba los tomates. ¿Y ahora qué? Porque quien te los trajo de Marruecos quiere cobrarlos y le importa una mierda que no hayas conseguido dinero porque te los han robado.

—Marroquíes.

—Marroquíes o de donde sean. Ni idea. Te hablo en parábolas para que te sitúes, hijo mío —volvió a sonreír la ocurrencia que a Jaime no le hizo gracia—. ¿Parecía marroquí el que te empujó hasta el portal que ahora me tienes que enseñar dónde está?

—No. Era de aquí.

—Producto nacional bruto.

—Peligrosos —dijo Jaime estudiando la reacción del policía.

—Han matado a un hombre —reconoció Isidro—. La diferencia entre el negocio legal y el ilegal es que en el ilegal el cobro a morosos se realiza de una manera realmente eficaz. A éstos se les ha muerto uno entre las manos, pero no parecen haberse asustado. Quieren su dinero.

—Sesenta mil euros.

Jaime temía que la seguridad que le transmitía Isidro, el subinspector, terminara en cuanto éste se alejase.

—Tres pringados amenazando para recuperar su dinero.

—¿Pringados? Han matado a un hombre. Y me han amenazado a mí. Y a Inma, mi exnovia, no saben que ya no estamos juntos.

—Sí, efectivamente, éstos han llegado demasiado lejos. Han roto la paz social, y eso no se perdona, por eso estoy aquí. Amenazas se denuncian todos los días, quinientas, pero detrás de esta amenaza no sabemos exactamente quién hay, cómo es de pringado. Se han cargado a uno, aunque el muerto sea un camello de poca monta. Nadie, y nosotros menos que nadie, quiere encontrarse a un muerto en la portada del periódico, aunque sea un moro que traficaba, alguien que, qué quieres que te diga, no molesta demasiado, alguien a quien pocos echarán de menos. Eso sí, a nosotros nos obliga a actuar.

—Yo no soy un camello.

—Tú estás vivo.

—Pero me han amenazado. Quieren que mañana les dé sesenta mil euros.

—Sesenta mil euros que tú no sabes ni de dónde han salido ni de dónde van a salir.

—No terminas de creerme, ¿verdad?

—Sinceramente, no puedo terminar de creerme ni lo que me cuenta mi madre cuando voy los domingos a verla. Soy policía. Es lo primero que me enseñaron en Ávila: nada es lo que parece.

—¿Qué puedo hacer?

—La situación no es fácil. Mañana podemos esperar a tu amigo. Cuando aparezca lo detenemos. Y a los que esperen en el coche. ¿Pero de qué los acusamos? ¿Del asesinato de un camello de Torremolinos? Supongo que has oído hablar de las pruebas. No hay pruebas. Y éstos no tienen pinta de ponerse a contarle a la policía lo que hicieron ayer por la tarde. A los tres días estarían en la calle. Y entonces tendrían dos opciones: una, se asustan y se meten en una academia a opositar para auxiliar administrativo mientras esperan un juicio que, sin pruebas, ya me dirás qué risa; dos, deciden no renunciar a los sesenta mil euros que creen que tú te has apropiado y, al menos, vengarse. Nosotros no podemos protegerte ni las veinticuatro horas del día ni los trescientos sesenta y cinco días del año.

—¿Me estás diciendo que estoy a merced de unos asesinos?

—No tanto, no los sobrevalores. Te estoy explicando cuál es la situación. Esto no es Estados Unidos, mañana apareceríamos cuatro agentes y yo, nada de veinte coches patrulla y dos helicópteros y un fiscal dispuesto a limpiar la ciudad. Ni Estados Unidos es tampoco lo que nos creemos, claro. Dicho esto —ahora Isidro apoyó los codos en la mesa y acercó la cara a Jaime—, lo que te aconsejo es que mañana acudas al trabajo siguiendo la ruta de esta mañana con una bolsa en la mano donde puedes meter una camiseta vieja, hojas de periódico, que crean que eres un niño bueno con el dinero, que no desconfíen si te están vigilando. Y en cuanto aparezca tu amigo lo detenemos.

—¿No podéis detenerlo antes de mañana?

—Lo amenazaré y le daré un buen susto, lo intentaré —siguió Isidro, de nuevo sin parecer haberlo escuchado—. Ya sabes por las pelis cómo va esto: lo metemos en una habitación y me siento al otro lado de la mesa y le cuento que tenemos pruebas que lo incriminan en el asesinato, y el tío me dice que no se cree nada, que me vaya a tomar por culo.

—¿Entonces?

—Entonces tú lo habrás denunciado por amenazas y te encargarás de que tu abogado arranque al juez una orden de alejamiento cautelar. Ésa sería tu garantía de protección: si se la salta nos llamas y lo

detenemos. Te has metido en un buen fregado.

Jaime se llevó las manos a la cara, se apretó ambos ojos con los índices. Isidro parecía sonreír de nuevo, aunque tal vez fuese una mueca.

—Yo sólo pretendía darle a un muchacho el dinero del alquiler pagado por su hermano muerto.

—Si es que no se puede ser bueno.

—¿Y qué pasa con Inma?

—¿Tu ex? Supongo que con lo de la detención se olvidarán de ella. Venga, enséñame ese portal donde nos veremos mañana. Por cierto —ahora sí dudó Isidro, perdió seguridad—, ¿no te han amenazado con hacerle nada a ninguna otra persona, a ninguna otra ex?

—Yo no existía para ellos antes del miércoles pasado, hasta el cementerio. No pueden saber nada de mí. Me seguirían y me verían con ella, por eso la amenaza. El miércoles fue el primer día de mi vida en que los vi a ellos y te vi a ti.

—Yo sí te había visto antes —murmuró Isidro al levantarse, arrastrando la silla hacia atrás; Jaime no pudo oírlo; Isidro no pretendía ser oído.

Sí sintió Jaime de nuevo la intensa mirada intimidante del policía, que superponía a la imagen de Jaime, la de otro Jaime, el que él había visto dos años atrás salir de casa de Elena, cuando Isidro lo había seguido hasta la oficina donde continuaba trabajando, muy cerca del portal al que ahora se dirigían, inverosímilmente juntos, pensó Isidro, preguntándose quién demonios era Jaime.

26

Estaba sirviéndose un vaso de agua y un estallido sonó allí dentro, en el estudio donde no había nadie más. Cuando identificó el timbrazo del teléfono, el vaso ya se había hecho añicos en el suelo. Jaime reconoció el número de Isidro y deseó que lo llamase para anunciarle la detención, la muerte de Ismael.

No hacía ni una hora que se habían despedido. Su protector dándose prisa. Quien me toca, deseó más que recitó, muere.

—La matrícula que me has dado es de un vehículo robado.

—¿Eso es malo o bueno?

—Depende, si son tan tontos de aparecer mañana con el mismo coche tenemos otra acusación más. Si encontramos el coche aparcado

por ahí, limpio, no tenemos nada. Si han dejado huellas, también nos sirve.

—Las pruebas.

—Eso es.

—No se sabe quién es Ismael.

—No, no se sabe. Ya había conseguido averiguar quién era el moro y lo matan, pero de Ismael nada de nada.

Nadie sabía que él estaba viviendo en ese estudio que acababa de alquilar, desde donde vigilaba la calle asomado a la única ventana mientras hablaba con un policía. Un mundo exclusivo, un lugar inexistente, como Ismael, seguramente el hombre que lo había abordado en la calle, aunque también podía ser otro mandado por él, pero eso era sobrevalorarlo y no eran más que tres pringados que quieren su dinero, como los había definido Isidro hacía un rato.

Una bolsa con sesenta mil euros. ¿De dónde se sacan sesenta mil euros? Si pudiera. Aparecer con una bolsa que contuviera el dinero, que Ismael lo viese, que cuando apareciese Isidro con su placa y su pistola Ismael no sospechase de él, porque había llevado el dinero en vez de una camiseta vieja, la camiseta azul que ya no vestiría Inma para dormir, su putita de melena rizada tomando gazpachuelo en un restaurante vigilado, sola, su mujer que ni siquiera sabía dónde vivía él, no había querido saberlo, no le había preguntado: ¿qué piensas hacer? Pedir sesenta mil euros, enseñarlos y devolverlos a su dueño tras la aparición de la policía. ¿Pero de dónde se sacan sesenta mil euros?

Inma se iba de su vida y la amenazaba un hombre que había matado a otro. Llamar a la policía había sido lo más razonable, lo que había sugerido el subinspector también, pero quedaban cabos sueltos. La solidez de la teoría era en principio incuestionable, de acuerdo, quizá él sobrevaloraba a tres pringados. ¿Pero acaso no habían matado a Abdu? No eran tan pringados entonces, o eran unos pringados muy peligrosos. ¿Qué diferencia hay entre ser asesinado por un profesional o por un aficionado? Isidro esperaría junto a otros agentes. ¿Y si Ismael descubría la presencia de la policía y abortaba su plan de recoger el dinero en el portal? ¿Qué plan activaría entonces? Isidro había manifestado que la policía no podría prestarle servicios de escolta permanente. ¿Qué pasaba con Inma si salía de su casa y la llevaban adentro dándole violentos empujones? El miedo activaba su razonamiento, pero ocultar la presencia de dos coches patrulla no era tan fácil, aunque fuesen coches camuflados, hombres duros sin miedo en la mirada, la aparente desgana del policía. ¿No iban a ser reconocidos por Ismael? Ismael había estado en el cementerio, lo había visto darle el sobre a Karim, así que también habría visto a Isidro. Podría reconocerlo si lo veía en las inmediaciones del portal.

En ese caso sí que todo estaría terminado.

No podía esperar. En lugar de quedarse alimentando su miedo en el apartamento hasta la mañana siguiente —detuvo en el aire el recogedor con los trozos de cristal—, hacer el camino opuesto al que se supone en toda huida. Localizar a Ismael, tenía hasta la mañana siguiente. Matarlo. Él matando. ¿No había metido una mierda de perro en la boca de un hombre? No debe ser difícil matar a una persona si no hay que ocultar demasiadas huellas. Las pruebas. Para matar a un hombre sólo hace falta un arma y las ganas de matarlo. Sólo es necesario estar a solas con él, en una habitación, donde nadie pueda ser testigo de nada, en el rellano de un edificio, clavarle un cuchillo y luego hacer desaparecer el arma, no pisar la sangre. ¿Por qué iba a pensar nadie que las pocas huellas que dejase serían suyas? Él vivía en Málaga, no en Torremolinos, carecía de antecedentes, no traficaba con drogas. Ni siquiera fumaba.

Estaba solo, temblando. El trueno de los cristales golpeando el cubo de basura vacío. Pensó en llamar de nuevo al policía pero desechó la idea de pedirle ayuda otra vez. A Isidro, un policía. Isidro, aparta de mí a este hombre. Señor policía, verá, que he pensado matar al que me ha amenazado. ¿Me deja durante un par de horas su arma reglamentaria? Un policía extraño, tan interesado en el nombre de su expareja y en si había otras exparejas. Pensó en Elena y sopesó la idea de llamarla, contarle la historia por si acaso. Pero volvió a lo insensato, a la idea loca.

Cualquier plan suponía una locura. Sin embargo, esa misma mañana una mano fuerte había violentado su pecho. Habían asesinado a Abdu. Podrían secuestrar a Inma, lo matarían a él también. Su hijo. Todo sonaba a paranoia imposible, de acuerdo, pero todas las semanas leía en la prensa sucesos similares, secuestros exprés, un excursionista encontrando un cadáver. La idea de matar a Ismael resultaba tan descabellada que decidió no abandonarla, llevarla a cabo sólo si se presentaba la oportunidad idónea, algo a todas luces irrealizable cuando ni siquiera sabía dónde encontrarlo ni si su cara coincidía con la del hombre que lo había atacado esa mañana. Tan difícil que lo intentaría. La seguridad de su determinación la sintió complementaria al temblor de sus manos, no incompatible, como Inma y él, en este momento, el único que habían tenido, Ahora que ya no eran nada, Inma se había convertido en un objetivo, desconocía cómo de serio y no estaba dispuesto a esperar para saberlo, como él. Un objetivo serio que ya había sido localizado, señalado, una mano en su pecho, un láser que indica el lugar del disparo. Una diana. Tenía de plazo hasta la mañana siguiente, y la improbabilidad absoluta de llevar a cabo su plan lo empujaba a querer abordarlo cuanto antes. Volvió a la

ventana.

En un bolsillo de su mochila, todavía sin deshacer, encontró la navaja multiusos, con una hoja de ocho centímetros, nada sospechosa si en un registro fortuito se la encontrasen, un utensilio de trabajo, doméstico, cortaúñas y destornillador, pero totalmente capaz de acabar con la vida de un hombre. Él podría convertirse en su propio protector.

En el pantalón aún llevaba la nota con el teléfono de Karim. Resultaba tan inverosímil que decidió llamarlo. Si hubiese elaborado un plan lógico no lo habría hecho, pero la imposibilidad de ejecutarlo lo empujaba a tomar el teléfono. El miedo absoluto.

Abajo, en la calle, comprobó desde su ventana, los coches aparcados eran los mismos que hacía un rato. Ningún transeúnte levantaba la cabeza hacia donde él se asomaba, nadie extendía el índice en la mano cerrada, apuntaba a la ventana y se echaba a reír.

Una ambulancia cruzó la calle. Jaime tuvo que pellizcarse el brazo para convencerse de que no podía ser él quien viajase en su interior.

27

Karim propuso una cafetería del centro de Torremolinos. Empezó a explicarle a Jaime cómo llegar, pero optó por aconsejarle que aparcase en el centro y preguntase, todo el mundo la conocía. Lo esperaría allí a las cinco y media. Tendría que salir ya. Jaime pretendía recabar más datos de lo que ocurría y de sus opciones. Existía un riesgo real de morir, se dijo, tenía derecho a saber por qué. Quién era Ismael, cómo encontrarlo. Saber dónde vivía. ¿Matarlo en ese caso? No pudo evitar sonreír, burlarse de sí mismo. Verse pulsando un portero electrónico.

—¿Está Ismael?

—Sí, soy yo, ¿quién eres?

—Soy el de la bolsa de los sesenta mil euros, vengo a matarte.

—¿Tienes pistola?

—No, una navaja multiusos. Abre.

En la autovía, cada coche situado detrás del suyo era el de Ismael; cada adelantamiento, el inicio de una maniobra que acabaría con un vehículo embistiéndolo, obligándolo a detenerse en el arcén, donde finalizaría todo. No era miedo lo que sentía, no sólo miedo, sino una sensación completamente nueva: avanzaba decididamente hacia la destrucción.

La cafetería era la cafetería. La misma en la que había entrado con Inma antes del primer encuentro con Abdu; el único encuentro. Una semana. Esta vez el espejo no devolvió el rostro de Inma junto al suyo. Se fijó en los taburetes con el asiento forrado de escay, recordó la historia que contó el camarero y que él ya había leído en el periódico: un hombre de ochenta años detenido por matar a otro hombre también de ochenta años. Un hombre que cuando fue joven lanzó a su mujer desde la Torre Eiffel. Inma, *Paris n'existe pas*. En la barra, el camarero monotemático contaba a voces que habían detenido a un alemán como asesino de dos mujeres apuñaladas en la costa. Jaime recordó el titular leído tras dejar a Álvaro el día antes. Álvaro.

Retiró una silla para sentarse y descubrió a Karim en otra mesa, al fondo. Junto a Karim —¿cómo podía haberse olvidado de ella?—, la cabeza vuelta hacia él, la joven del cementerio que había tomado por su hermana, quizá —temió ahora— su novia, la cara apoyada en la mano en un gesto ausente, pero los ojos inmensos mirándolo, el pelo cayendo sobre la mano, mostrando parte de un tatuaje pequeño en la muñeca.

—Es Mariam.

—Hola —saludó Jaime.

Ella se limitó a apretar los labios. Ella no sabía que, en el sueño de Jaime, lo había salvado.

Jaime expuso los sucesos de la mañana, pero omitió la conversación con Isidro. Confesó su miedo, que lo habían amenazado y también a su exnovia. Los ojos de Karim fijos en la mesa, concentrado; ¿había sido una buena idea llamarlo? Desesperado, actuaba con precipitación, sin valorar las posibles consecuencias de sus actos. ¿No había sido siempre así?, ¿resultaba entonces lógico este final?, ¿realmente *this is the end*? Mariam sin desviar los ojos de los suyos. ¿Quién era Mariam? Cuando terminó su relato los alcanzó la voz del camarero subiendo de volumen:

—Había estado dieciocho años en la cárcel el hijo de la gran puta, en Alemania, por cargarse a otra —decía mientras se dirigía a la mesa donde estaban ellos—. ¿Qué os pongo?

Esperaron en silencio a que el camarero fuese a la barra y regresase con las bebidas.

—Ellos creen que tú tienes el dinero —murmuró Karim.

—¿Pero qué dinero? ¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes son Ismael y los otros?

—Son deudas. No es lo mismo vender una postura de costo que hacerte cargo de unos kilos que alguien trae de Marruecos para dárselos a una tercera persona. Encargarte de cobrar, depositar el

dinero, vender por tu cuenta una parte de la droga, más cara, para reponerla en dinero y quedarte la diferencia. Después no te pagan y no tienes la droga ni el dinero. Mi hermano creyó que todo era fácil —igual que yo, pensó Jaime, que pretendo proponerte matar a un hombre—. Como si uno pudiese reírse de esa gente.

Por segunda vez en la misma tarde le daban una clase magistral sobre tráfico de drogas.

—Y ahora van a por mí.

—Y antes a por mí.

—¿A por ti? ¿Antes? ¿Ya no?

—Cuéntaselo, Karim —musitó Mariam tocando una de las manos de Karim y retirándola al instante.

Parecía que la salamanquesa mínima tatuada en la muñeca había causado el movimiento elástico de su mano para tocar la de Karim. La voz densa pidiéndole a Karim que le contase, poniéndose de su lado. Mariam.

—¿El qué? —preguntó Jaime.

—La misma historia que me has contado yo la sé igual. Ismael te busca y te para por la calle, te amenaza con matarte, yo lo he vivido, con la única diferencia de que tú tienes miedo, pero yo, además, un hermano muerto. ¿Entiendes? Estoy triste y además sé que es verdad lo que dice —sin embargo, las palabras de Karim reflejaban más desprecio que tristeza.

—¿Qué le dijiste tú?

—Cuéntaselo, Karim —insistió Mariam.

—¿Acaso no se lo estoy contando? Yo no pude darle el dinero porque no sé dónde está el dinero. ¿Entiendes? Yo no soy mi hermano. Sabía que mi hermano andaba en asuntos turbios y le aconsejé que se dejase de tonterías, pero él se rio en mi cara.

—Como no se lo cuentes se lo cuento yo —sentenció Mariam mirando a Jaime, quien deseó que fuese ella quien explicase todo; que Karim se enfadara y decidiese irse, quedarse él allí sentado, con Mariam, abandonar su absurdo plan—. Yo estaba a tu lado en el cementerio y me enteré de todo.

—Me preguntaron quién eras tú. Te vieron darme el sobre con el dinero. Me lo quitaron. La fianza de tu apartamento la tienen ellos —dijo al fin Karim.

—El sobre con la dirección de mi trabajo.

—Me amenazaron y me preguntaron si tú eras el socio de mi hermano. Todos dicen ahora que mi hermano tenía un socio.

—¿Qué les dijiste?

—El socio que se llevó el dinero.

—¿Qué les dijiste?

—Que sí. ¿Qué iba a hacer? Acababan de matar a mi hermano.

—Y no me avisaste.

—Llamé al número desde el que me habías llamado y respondió una mujer que me dijo que ya no era tu mujer, le dije que te avisara, que te buscaban.

—Dios mío.

—Dieciocho años en la cárcel parece mucho, pero más tiempo lleva esa mujer muerta en Alemania, muerta para siempre —subió la voz el dueño del bar desde la barra.

—Mañana tengo que llevarles sesenta mil euros.

—Es la cantidad que me exigieron a mí.

—Si llamamos a la policía, ¿tú testificarías?

—¿Policía? —Karim abrió mucho los ojos, se descompuso—. ¿Para contar qué? Yo sé que ellos han matado a mi hermano porque lo sé, porque ellos me lo han dado a entender, pero no puedo demostrar nada. Déjate de policías, harían tres preguntas y luego se irían. Empeoraría todo.

—Y está tu padre —añadió Mariam.

—Sí, está mi padre —afirmó Karim aliviado al encontrar el apoyo de Mariam.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Es el imán de la mezquita. Un hijo suyo ha muerto en una pelea. ¿Entiendes? Iban a robarle, algo así es lo que cree, lo que ha querido creer, lo que pretende que todos crean. Porque una historia de drogas alrededor del imán no, no puede ser. Su hijo no puede haber muerto en un ajuste de cuentas entre traficantes.

—Ya tenía bastante conmigo —ironizó Mariam.

—No te hagas la lista. Tú no eres una carga. A ti te ha acogido, contigo ha hecho una buena obra y tú lo sabes. Una hija. Como una hija. Ahora está más cerca del paraíso ese lleno de vírgenes.

Mariam apartó la mirada y sonrió con desdén. Se levantó y se dirigió a la barra. La oyeron pedir un vaso de agua. Así que no era su novia ni su hermana. Que Karim se enfadase y se marchara. Abortar el plan, confiar en el policía, quedarse allí con Mariam, contarle que en el sueño lo había salvado.

—Ella es buena, pero en Marruecos jugaba a comportarse como una francesa y eso está reservado a las francesas. Mi padre la ha acogido y le ha pagado la matrícula de la universidad. Encontrará un trabajo y se irá. Ganará dinero, se olvidará de nosotros, se casará con un hombre más blanco que tú, porque es guapa y lista, y todo eso gracias a mi padre. Mi padre es bueno, una institución en Torremolinos, no se merece esto. Juicio, policía. Para nada. ¿Entiendes? Déjate de policía.

—¿Dónde vive Ismael? —cortó Jaime.

—No es una buena idea.

Mariam se sentó de nuevo. A Jaime lo sorprendió que se disculpase.

—¿Cuál es entonces la buena idea? ¿Esperar a que venga a matarme?

—Tú no puedes matarlo —murmuró Karim.

Mariam miró fijamente a Jaime.

—¿Por qué no?

—Porque no sabes. Porque te mataría él a ti y, si no, te pillaría la policía y te pudrirías en la cárcel.

—Dime dónde vive.

—También están los otros.

—Si mato a Ismael, ¿tú crees que los otros me buscarían?

—Díselo, dile dónde vive —ordenó Mariam; Karim la miró con miedo—. Y ve con él. Abdu era tu hermano y tú has enviado a Ismael contra Jaime.

Lo impresionó escuchar su nombre pronunciado por Mariam.

28

Sintió vértigo y una caída hacia arriba, él mismo convertido en un zoom alejándose de sí a una velocidad enloquecida. Acomodado su ojo a una altura imposible, como si la cafetería no estuviese cubierta por un techo y sobre él las ocho o nueve plantas del edificio, se veía en la mesa que compartía con una joven preciosa que parecía salida de un cómic y con un marroquí de hablar pausado y religioso con el que sin embargo se estaba planteando matar a un hombre. Matar a un hombre. Sintió el desbarajuste de una dosis de ácido, se vio ahora abajo, pequeñísimo, y al mismo tiempo tan cerca que la imagen que captaba se limitaba a los ojos de Mariam, las manos de Karim, las suyas.

—¿Estás bien? —preguntó Karim.

—Me he mareado —respondió al rato—. Voy un momento al baño.

Matar a un hombre. O morir. ¿Iba a morir? ¿A qué estaba jugando? En una mesa con dos personajes de cómic y una navaja multiusos en el bolsillo. Morir. Su cuerpo tirado en una cuneta.

Se levantó y entró en el lavabo. No sabía qué hacer. Llamó a Elena y no contestó, y volvió a llamarla y dejó que sonase el timbrazo diez veces hasta que ella descolgó.

—Quiero hablar con Álvaro.
—Álvaro no sabe hablar.
—Sabe algunas palabras. Sabe hola y papá. Conoce mi voz, pásamelo.
—Creo que no es una buena idea.
—Pásamelo, sólo quiero decirle hola.
—Aprovecho para decirte que el sábado vamos al cumpleaños de mi sobrino.
—¿A qué hora acaba?
—Tarde. Mejor lo recoges el domingo para comer.
—¿Y si no va al cumpleaños?
—Es su primo, prefiero que vaya. El domingo comes con él y le dices hola todas las veces que quieras.
—Pásamelo, por favor.
—Se va a poner nervioso y después soy yo la que tengo que aguantarlo.
—No sabes lo que es pasar un día y otro y otro sin verlo ni saber nada de él.
—Y tú no sabes lo que es no tener ni un minuto para ti porque tienes que estar pendiente de él a cada momento.
—Déjame saberlo.
—Lo viste ayer.
—¿Y hoy? ¿Y mañana y el otro y el otro hasta el sábado?
—El domingo.
—Quiero verlo.
—Jaime, voy a colgar.
Se lavó la cara y contempló su rostro en el espejo. Se dijo que estaba en el baño de una cafetería de Torremolinos a la que había ido hacía una semana con Inma, que no lo había avisado de que lo buscaban, si es que era verdad que Karim la había llamado, algo improbable. Tal vez iba a morir. Si encontraba a Ismael lo mataría. ¿Cuál es la resistencia de un cuerpo cubierto de ropa frente al empuje de una navaja? Más que de no dejar huellas debería cuidarse de no dejar marcas sobre sí mismo, que nadie que se cruzase con él por la calle pudiera alarmarse, registrar su aspecto sospechoso, recordarlo, llamar a la policía. No olvidarse de pensar. Su camisa empapada de sangre, gotas en la cara y en el pelo. Cualquier detalle podría llevarlo a la prisión, a ser él el muerto. Matar pero que no te pillen, ése es el nuevo plan. El subinspector Isidro explicándole que los mafiosos sólo son tres pringados. Se echó agua de nuevo. El plan era absurdamente simple: ir a su casa, matarlo y alejarse de allí. Se secó y salió a un salón en penumbra con mesas desperdigadas en una de las cuales lo esperaban dos personas que una semana antes no existían.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, me ha dado un mareo. No he comido, a lo mejor es eso. Ya se me ha pasado.

—Pídete algo de comer, no tenemos prisa —percibió un acento francés en la voz densa de Mariam.

—No, gracias, de verdad. Se me ha pasado, pero voy a esperar un poco más.

29

Un laberinto de pasillos, portales y escaleras hasta llegar al edificio de Karim. Sentados en unos escalones, sin apartarse para dejarlos pasar, unos muchachos de origen marroquí liaban cigarrillos de hachís. De uno de los pisos llegaba una discusión en árabe, sonidos guturales que acrecentaban la sensación de disputa violenta. Envolturas de repostería industrial por el suelo, una botella de cerveza. Karim tocó el hombro de uno de los muchachos y éste se levantó para que pasaran. Subieron a la primera planta. La camisa de Karim de un blanco inmaculado, el pelo cortísimo. La piel clara. Si Jaime no hubiese sabido que era árabe, que era hermano de Abdu, él sí de rasgos marcados, inconfundibles, árabe, que se llamaba Karim, no habría sospechado nunca que era de origen marroquí. En el rellano, Mariam lo miró un momento, sus ojos preciosos. ¿Qué quería saber? Le habría dado lo que fuese. Si pudiese irse de allí. Mariam delante de él, dirigiéndose no sabía adónde, a qué. Si pudiese pararlo todo, sentarse a pensar. La premura de conseguir una bolsa con sesenta mil euros. Matar o morir. El domingo todo habría acabado y recogería a Álvaro. ¿Pero qué debía acabar?, se preguntó. Con este calor podrían ir a la playa, el domingo, Álvaro y él buscando conchas en la orilla. Inma no esperaría para comer con ellos.

La puerta estaba entornada, Karim la empujó, Jaime entró detrás de ellos. Una mujer gorda, un pañuelo en la cabeza, una chilaba, se secaba las manos en un trapo y los miró adentrarse por el pasillo, sin decir nada. Era la mujer a la que Karim abrazaba en el cementerio. Cerraron la puerta del dormitorio sin muebles. Una colchoneta de gimnasia enrollada en una esquina. Un calendario en la pared, un armario empotrado, sin puerta, mostrando poca ropa doblada con un orden maniático. Un enorme ventilador antiguo, de pie junto a la puerta. Un balón de fútbol bajo la ventana. Mariam se sentó en el suelo y Jaime junto a ella. Karim salió y Mariam estaba a su lado, sin hablar, sin mirarlo. Que no vuelva nunca Karim. Estar así con ella, ser

el hombre más blanco mencionado por Karim, casarse con ella. Que lo que estaba pasando hubiese ocurrido hacía muchos años y ahora viviesen juntos. Arrastró despacio su mano por el suelo y cuando estaba a punto de llegar a la de Mariam se abrió de nuevo la puerta y entró Karim con una botella de agua y tres vasos.

—¿Tú tienes que ir a la facultad? —preguntó Karim en tono agrio.

—No, hoy no —respondió Mariam con determinación.

Sirvió agua en los tres vasos y arrastró uno hasta dejarlo delante de Jaime. La seguridad de Karim lo deslumbraba. Pensó que ya no tendría que tomar ninguna decisión, que acataría lo que él propusiese. Formaba parte del sueño de otra persona.

—¿Estás seguro? —no entendió la pregunta de Karim.

Jaime creyó que le preguntaba si estaba seguro de que Mariam no tenía que acudir a clase, pero no podía referirse a eso sino a la decisión que Karim hubiese adoptado y que Jaime prefería desconocer; estaba aturdido, asintió de todas formas.

—Creo que es mejor que vayas a la facultad —musitó Karim mirando al suelo, como si hablase consigo mismo.

—Ya estoy aquí.

—Tú verás. Y tú —añadió mirando a Jaime.

Karim se puso de pie ante el armario, más alto que antes. De debajo de una pila de camisas extrajo un destornillador. Le dio la vuelta al ventilador y desatornilló la tapa trasera, la extrajo y tomó una herramienta negra que Jaime tardó en identificar como una pistola. Se la tendió a Jaime, que miró a Mariam, bebiendo agua, mirándolo a él.

—Tráele algo de comer —la voz de Mariam salvaba la situación.

—Esto es el seguro. Si lo mueves hacia acá esto deja de ser un juguete. Escóndela.

Trajo un plato de queso fresco y otro con aceitunas y pan de sésamo. Un vaso de leche.

—¿Tienes hijos? —preguntó Mariam. Le pareció que él tendría que salvarla; hasta ese momento la sensación había sido la contraria. Las palabras le llegaban a Jaime a destiempo, como si hubiesen sido dichas mucho antes, en otro contexto, y ahora alguien le contase una conversación ocurrida en otro momento.

—Un hijo pequeño, todavía ni anda. Lo he llamado desde la cafetería, cuando he ido al baño, pero su madre no me ha dejado hablar con él. Yo vivo solo, en una casa que sólo conozco yo.

—Tu castillo.

—El castillo más pequeño del mundo, pero mi castillo, sí.

—Yo tengo un primo como un hermano pequeño que juega a ser hermano mayor: Karim.

—Dejaos de tonterías. Vamos a su casa. Mariam, tú esperas abajo. Yo subo con Jaime. Disparas tú.

El plan de Karim resultaba tan infantil como el de Jaime. Como si un grupo de atracadores profesionales se reuniese en torno a una mesa y ante el plano desplegado de un banco, el jefe, señalando la puerta, expusiese que había que entrar por ahí, tomar el dinero y volver a salir por donde habían entrado. Eso era todo.

Al levantarse, Jaime sintió la dureza de la pistola oprimiéndole el estómago. En un bolsillo llevaba una navaja multiusos; en el otro, una pistola. Se encontraba en un piso de Torremolinos que parecía el corazón de Tánger. ¿Qué sueño era ése?

Delgado, los músculos marcados, sin un gramo de grasa, Karim colgaba de una percha la blusa blanca y se ajustaba una camiseta de la equipación de fútbol del Málaga; sobre ella, una sudadera abierta.

De repente caminaban por la calle, hacia la zona del apartamento de Inma, que no lo había avisado de la llamada de Karim, seguramente porque la llamada no se había producido. Karim ahora llevaba una gorra y unas gafas de sol. Mariam con sus vaqueros ajustados y sus zapatillas de deporte, con una blusa sin una arruga, como la que Karim había vestido antes de cambiarse, cuando por la indumentaria parecía dispuesto a dirigirse a una ceremonia religiosa. Se apoyaron en un coche y vigilaron un portal de la otra acera. Al rato Karim dijo vamos y Mariam le apretó el antebrazo a Jaime y él la miró suplicándole que lo sacara de allí. ¿Por qué no había comparecido su protector? Cruzaron Karim y Jaime. Karim pulsó un timbre.

—Publicidad. ¿Me abre?

En el rellano del primer piso, Jaime habló:

—Karim, ¿por qué haces esto?

—¿Por qué lo haces tú? Han matado a mi hermano.

30

Un ladrido retumbó en la primera o segunda planta. A Jaime lo asaltó con furia una imagen antigua. Su perro muerto en mitad de la calle. Ahora, en un edificio donde jamás había estado antes, con una pistola escondida en la cintura, volvía su perro muerto, él con las heces todavía calientes que acababa de recoger. Tenía dieciséis años cuando un coche lo atropelló. Un frenazo y el aullido del perro superando un instante el retumbar de la música del coche, la puerta abriéndose y una canción que siempre lo conectaría con el dolor. En su casa no

querían perro y él siempre había pretendido tener uno; por favor, por favor. Un conocido le habló de un amigo que regalaba cachorros de golden retriever: noble, grande —explicó—, canela, peludo, gratis, tío, el de los anuncios de la tele. Se imaginó por la calle acompañado por el perro. El perro precediéndole por un sendero de montaña. Sentado ante un fuego, alguien tocando una guitarra, el perro tumbado a su lado, imaginó, cruzando un río (¿qué río?).

En invierno lo llevaría a la playa. Un palo dando vueltas en el aire antes de caer al agua, el perro lanzándose, nadando de vuelta, el palo entre los dientes. Ante la panadería le ordenaría: siéntate, y el perro obedecería de inmediato. (La dependienta preguntándole por el perro. ¿Es tuyo?) Cuando ya se habían encariñado todos con el perro descubrieron que no era un golden, esas patas tan cortas: un golden cruzado con salchicha, se rio alguien. Le daba tres paseos cortos al día, le tiraba una pelota que el perro recogía para que la echase de nuevo, incansable, desde su dormitorio. Al año y medio un coche lo atropelló cuando cruzaban un paso de cebra.

—Qué suerte, imagínate con ese perro enano catorce años —le consoló Sergio al enterarse.

Una noche, al poco de cumplir dieciséis años, cruzaba la calle Numancia con el perro, en la mano la bolsa con la que había recogido las cacas. Un coche no se detuvo en el paso cebra. Jaime dio un salto hacia atrás, pero el perro fue atropellado. El perro muerto y él con la bolsa caliente en la mano. Se bajó el conductor, el pelo rapado, una cadena de oro saltando sobre su pecho, le gritó: los perros no pueden ir sueltos, casi me como la farola, cabrón. Jaime le espetó que no se había parado en el paso de cebra y el otro: ahora tendrás que comprarte otro perrito. Jaime se dirigió a él, abrió la bolsa, llevó la mano abierta hasta la cara del conductor y empujó el contenido contra su boca.

Dos días más tarde lo reconocieron y el coche dio un frenazo en su calle. Se bajaron tres y uno de ellos comenzó a golpearle. Salió el chino del taller de recambios y la mujer de la tienda de informática, los otros volvieron al coche y Jaime trataba de explicar que se encontraba bien pero la sangre le impedía hablar, todavía aturdido por los puñetazos. Lo peor no fue el dolor en la nariz sino lo aparatoso de la venda. La impotencia de no haber podido hacer nada por defenderse. El hombre enmascarado, lo llamaron en clase.

—¿Por qué crees que te han pegado? —le preguntó un agente de policía en el hospital.

—Por meterle una mierda de perro en la boca —respondió.

Fue la única ocasión en que desveló la verdad, y tampoco le creyeron.

El perro que continuaba ladrando, tal vez en el segundo piso, no era el suyo. Allí estaba él sin perro, con una pistola como si fuera una bolsa llena de mierda. Empujaría la bolsa contra la boca de Ismael.

Siguiendo con la incongruencia del plan, no habían aclarado cómo iban a hacerlo, ni el qué. Las venas hinchadas en la mano de Karim al asirse al listón de madera sobre la barandilla de las escaleras, la rapidez felina, Jaime que hubiese hecho lo posible por retrasarlo todo, olvidarlo, y Karim imponiendo su ritmo de atleta. ¿Qué iban a hacer?; Jaime no se atrevía a preguntarle. ¿Qué iba a hacer él? Dejarse llevar. Llegado el momento sabría hacer lo que pretendiesen que él hiciera, así había sido siempre. El corazón de la locura. Karim se detuvo y él a su lado. Habían subido varios pisos pero Jaime no se había fijado en qué planta se encontraban. Una puerta como las otras. La pistola le pesaba, la culata le hacía daño en la cintura. ¿Qué hacía allí? Aguardaron unos segundos ante la puerta, en silencio, Jaime mirando a Karim y éste a la madera oscura de la puerta. Tan fácil como seguir resultaría no hacerlo. Darse la vuelta y bajar escalones. En algún momento devolverle a Karim la pistola y salir a la calle; ni siquiera mirar hacia donde esperaría Mariam. Estuvo seguro de que iban a hacerlo, de que él lo haría y que Karim también había pensado lo mismo. Pero de repente Karim pulsó el timbre. Creyó distinguir sonido de pasos en el interior. Abrió un hombre al que Jaime no creía haber visto nunca y que frunció ligeramente el ceño al reconocer a Karim. Ojalá se hubiese confundido Karim y nadie conociese a ningún Ismael.

—Dile a Ismael que le traigo el dinero —dijo.

¿Reconocería a Ismael? ¿Durante cuánto tiempo había estado la cara de Ismael delante de la suya? ¿Tres minutos? ¿Menos? ¿Diez? ¿Cuántos minutos transcurren mientras ocurre algo que se cuenta en menos de treinta segundos? La cara de Ismael frente a la suya, muy cerca, demasiado, debería recordarla, detalladamente, una visión de conjunto y algún rasgo definitivo, una cicatriz que interrumpa una ceja, algo, y sin embargo no conseguía acordarse.

El otro entró dejando la puerta entornada. Karim la empujó y caminaron tras él, siguiendo el hilo de la música hasta un dormitorio donde el que había abierto estaba ya sentado en una silla, ante otro joven echado en una cama, con cara de cerdo, la música altísima.

—Ismael —dijo Karim.

Pero Jaime ya sabía que ése era Ismael, aunque su cara no parecía la de aquella misma mañana: la cara de cerdo, su aliento pesado, gotas de saliva golpeándolo, el labio superior levantado, puede que no se debiese a un gesto, sino a la configuración de su cara animal. Estrellas

de contorno azul envolviendo su antebrazo, los pies sobre la cama. Ismael no reaccionó, a lo mejor había creído el mensaje, que traían el dinero. La cara de cerdo de Ismael se volvió hacia la puerta del cuarto, que no era el de ningún mafioso. Pequeño y desordenado, una foto grande del Club Deportivo Málaga en la pared. No se alteró su cara de cerdo, como si hubiese estado esperando, como si encontrar una respuesta a ciertos estímulos inesperados resultase una dificultad excesiva para el hombre cerdo que escupía al hablar, partículas de saliva invasora impactando en la cara de Jaime.

Al salir Jaime quiso cerrar la puerta de la casa, pero no lo hizo, no recordaba si lo había hecho, tropezó, estuvo a punto de caer, oyó el golpe de su propia cabeza chocando con algo. No terminaban nunca los escalones, Karim saltando delante de él. Estaban bajando. ¿Qué habían hecho? En un rellano, Karim se volvió y lo detuvo, apoyó las palmas de las manos en su pecho, se acercó, sus ojos daban miedo, como Ismael esa misma mañana. Ismael unos pisos más arriba, la puerta abierta, la música bajando tras ellos por las escaleras. Ismael tirado en el suelo, Jaime sin entender qué pretendía Karim, que ahora susurraba con violencia:

—Tú los has matado —logró entender Jaime cuando lo repitió—, tú los has matado, dilo, dilo.

Y Jaime trató de asentir y Karim lo repitió varias veces más:

—Tú lo has hecho…

Y de golpe estaban saltando los escalones de dos en dos, de tres en tres, frenando al llegar al portal, llegando hasta donde aguardaba Mariam con la mano sujetándose la barbilla, nerviosa, asustada, como si quisiera cruzar y una atadura se lo impidiese, ellos cruzando hacia ella.

—Jaime ha disparado —susurró por última vez Karim; Mariam miró a Jaime—. Vámonos de aquí.

32

Jaime se sorprende al distinguir la pistola que él mismo sostiene, apuntando a Ismael. La mueve con rapidez y ahora apunta al otro. Suena un golpe seco, un estallido que le hace daño en los oídos y el que les ha abierto la puerta cae de la silla. Ha disparado. Lo más sencillo del mundo, apretar el gatillo. El cuerpo llega antes al suelo que la silla. Vuelve la pistola a Ismael que ahora está de pie ante él. Dos nuevos petardazos y se abren dos claveles en la camiseta blanca y sucia de Ismael, un truco barato de mago, dos círculos rojos que

crecen y a Jaime le parece sin embargo que todo lo está viendo marcha atrás. La escena en diapositivas, en viñetas, posturas a las que no ha antecedido ningún movimiento. Ismael repantigado en la cama, luego de pie, ahora tirado en el suelo.

Sorprende que la canción continúe con su desagradable melodía, el volumen altísimo y Jaime quiere pedirle a Karim que dispare al ordenador de donde mana la música, pero no le sale la voz. Una doble conciencia, la que discurre desbocada, sin filtros, como esa idea de disparar al ordenador, y la otra sujeta a la voluntad.

Tú los has matado. Tú los has matado. Ahora Mariam lo miraba y él pensó: yo los he matado. Había disparado a dos hombres. ¿Cuál de las dos conciencias se lo había dictado? A Jaime le dolían los oídos y no era consciente de haber matado a dos hombres a pesar de que todo parecía haber sucedido de esa manera, mucho tiempo atrás. Era consciente y no lo era. Karim se lo había dicho en las escaleras, creía. Cuando Karim lo detuvo pensó que iba a matarlo. Habían bajado las escaleras sin cruzarse con nadie. Le ardía una parte de la frente. Varios pisos más arriba sonó una puerta. Al llegar al portal, a punto de salir, creyeron escuchar un grito. Jaime temió que Mariam se hubiera ido. Pero estaba ahí, mirándolo, todavía más incrédula que él. Cruzaron y se reunieron con ella. Tenían que separarse, ordenó Karim.

Jaime se apartó unos metros de ellos y vomitó. De repente estaba con ellos de nuevo, como si nunca hubiese vomitado, como si sólo lo hubiese pensado. Karim ordenó a Mariam que acompañase a Jaime a la hamburguesería de detrás de la gasolinera, que él se volvería a la casa, que tenían que separarse. Tú los has matado.

—Tomaos algo, jugad a que sois pareja. Cuando éste se calme —añadió, señalando con la barbilla a Jaime.

Entonces sí he vomitado, pensó Jaime, la mirada fija en el portal, en las ventanas, en la frase tan hermosa: jugad a que sois pareja. Continuó:

—Dais un rodeo hasta donde tenga aparcado el coche y tú te vienes para la casa. Nunca hablaremos de esto, ni siquiera entre nosotros. Esto no ha pasado.

Jaime lo miró y concluyó que Karim estaba asustado. ¡Dios mío!, pensó, ¿qué he hecho? La voz de Karim repitiéndole tú los has matado.

Jaime se encontraba en el baño limpio de una hamburguesería. ¿Cuándo había entrado allí? Tenía una herida en la frente, un golpe que no sabía cómo se había hecho. La casa. Había salido de una casa que no era la suya. Aquélla a la que sólo había entrado una vez, su castillo recién estrenado. Una casa con dos hombres que no lo

esperaban y él no era él puesto que llevaba un arma y él no porta armas.

¿Qué había hecho? Dos hombres tirados por el suelo. Muertos. ¡Dios mío! Volvió a su imagen en el espejo, la frente. Estaban llamando. El sonido de la falsa madera al ser golpeada por unos nudillos. Se volvió como si ya hubiesen entrado. ¿Quién? La policía o el otro, el tercer hombre; en el cementerio eran tres. Karim habló de Ismael y los otros, los otros quería decir que eran más de uno, armado, buscándolo, llamando a la puerta. Está ocupado, intentó decir, pero le falló la voz.

—Está ocupado —repitió con una voz alta que no reconoció.

No insistieron. Fuera, en una mesa, lo esperaba Mariam con las bebidas.

Que lo que estaba viviendo fuese dos días antes, tres, que no hubiese conocido a Abdu pero sí a Mariam y hubiese quedado con ella y ésta fuese su primera cita. Qué lejos Inma. Se secó la cara y salió. Temió que ella no estuviese esperándolo, pero Mariam lo aguardaba, sentada, como si hubiese venido a Torremolinos sólo para quedar con ella.

—No me puedo creer lo que está pasando —murmuró ella.

Tú y yo, aquí, solos, pensó Jaime.

DOS (2013)

1

Jaime se cruzó con Elena y no se detuvo, no pensaba hacerlo. La había visto venir, de frente, no podría disimular ante la antigua compañera del instituto, Elena, que ya lo había visto a él y tal vez lo saludase, aunque en los bares no lo había hecho nunca, en el instituto en alguna ocasión y ahora caminando hacia él, que no pensó detenerse. No se detuvo. Nunca habían tenido confianza suficiente para intercambiar más de dos frases. Elena. No hablaba con ella desde el instituto, cuando tantas conversaciones imaginó, sin llegar a tenerlas, sólo frases sueltas, cortas, referentes a alguna clase, un examen, y ahora él a punto de seguir y ella hola, dejaba de andar, sonreía, lo miró, se interesaba, que cómo le iba, le ofreció tomar un café.

Era la primera vez que estaban juntos, los dos solos, Elena y él compartiendo mesa, buscando puntos de conexión cuando nunca los hubo más allá de la mente de Jaime. Se refugiaron en el territorio común del instituto. Se permitieron hacerse los nuevos; en realidad lo eran, años sin verse, aunque a veces coincidían por la noche, en algún bar, grupos diferentes, sin saludarse, encuentros que al parecer no contaban ese día, Sergio susurrándole: mira, Elena, ésa te gustaba a ti, ¿no? Y Jaime desviando la conversación, pero Sergio acababa de morir. ¿Debía comentárselo? ¿Por eso proponía el café, para sonsacarle información, el atractivo de la muerte, de Sergio?

Jaime sentado en un banco del paseo marítimo, frente a la playa Arena Blanca, solo, el cielo ardiendo antes de desaparecer, las olas escupiendo trozos de espuma, Elena reconociéndolo por la calle como lo había hecho ahora, sentándose a su lado, o a lo mejor habían llegado juntos hasta ese banco desde el instituto, pero no: él sentado porque había estado corriendo, porque esperaba a alguien. ¿Por qué se sienta alguien en un banco? ¿Para leer? ¿Qué libro? En aquella época Jaime buscaba desesperadamente (eso era lo más difícil) un motivo para estar sentado en el banco, de dónde viniese ella daba igual. A partir de ahí comenzaban las variaciones: a veces hablaban, temas sencillos; otras veces una idea rebuscada y profunda de Jaime que ella aprobaba. Después los besos, peces en la boca. Ése era el primer recuerdo de Elena que guardaba Jaime. Falso, por supuesto, pero recuerdo, creado en su memoria antes de verla por vez primera, lo cual resultaba imposible, pero tratando de encontrar el momento primero siempre aparecía la recreación de ese encuentro que nunca se

produjo, las ensoñaciones de la época del instituto: Elena y él.

Y ahora juntos, de verdad, ante un café que se acabaría. Ella aludió a Sergio y Jaime supuso que por eso el ofrecimiento del café, para acercarse a Sergio a través de su amigo. Lo asumió con la costumbre del que siempre ha jugado un papel secundario. Le costó creer que ella no supiese que Sergio acababa de morir. Su popularidad y la muerte. Elena buscó algo más allá de donde se encontraba Jaime. Acaba de olvidarse de que está conmigo, pensó Jaime, en cuanto regrese a este mundo y me vea se sorprenderá y querrá irse. Quizá ella también poseyera un recuerdo falso, un sueño que no se cumpliría. Pero con Sergio. El poder de Sergio. El flequillo, la moto, la violencia de sus actos. Sergio, un seductor que, extrañamente, repelía; aunque a ese rechazo él supiese darle la vuelta cuando le conviniese.

Al despedirse se intercambiaron los números de teléfono aunque Jaime no se atrevería a llamarla y supo que ella tampoco lo haría. ¿Por qué se lo pedía entonces? Para que la despedida fuese menos brusca. No, Jaime no la llamaría. Ella no esperaría esa llamada, pensó Jaime. Pocos días después el nombre de Elena ocupó la pantalla del móvil de Jaime y volvieron a quedar. ¿Cómo haber imaginado a Elena llamándolo? Jaime, soy yo, Elena. Jaime simulando normalidad, una amiga que lo llamaba, intentando no parecer afectado. ¿Un café? Bueno. Lo sorprendió la voz de ella al otro lado del teléfono, la puerta a un mundo nuevo.

¿Y si…?

2

Llegó a la cafetería antes de tiempo y consultó en el periódico gastado la cartelera de cine. Las luces de la pantalla en la cara de Elena, estudiar su perfil de reojo, una cerveza luego. Si ella aceptaba. Todo parecía imposible, uno de los sueños de cuando el instituto, pero ella lo había telefoneado. ¿Por qué? ¿Por qué por qué? ¿Si una mujer llamaba a Sergio éste se preguntaba por qué? Cerró el periódico, se volvió para dejarlo en la mesa de atrás y a los pocos segundos lo tomó de nuevo. ¿Vendría? Claro que vendría, si no por qué había llamado.

Elena se sentó frente a él, parecía nerviosa. Pidió un descafeinado y era una máquina de hacer preguntas. Jaime elegía respuestas escuetas porque ella no le prestaba atención, sin embargo seguía preguntando. Lo había llamado por algo concreto y tardó en sacar el tema. Sergio. Tras cada pregunta se abría ahora un silencio, un gesto de ansiedad, pendiente de cada palabra de Jaime. Eso era. Pero Sergio

estaba muerto. Quiso confirmar el día exacto, conocer los detalles del accidente y, sobre todo, los pasos de Sergio esa noche y las noches anteriores. Jaime ocultó que los últimos días apenas se vieron, por fin distanciados, que Sergio había sido ejecutado por una entidad superior, ella se habría reído. Sergio había sido castigado. Fabricó los últimos días omitiendo datos que perjudicasen el recuerdo limpio de Sergio, un favor póstumo, si eso era un favor, gastos de representación, resaltar momentos positivos de su amigo que podrían beneficiarlo a él, Jaime, aunque no sabía cómo. Sergio está muerto, pero yo no. No contar jamás lo que le había contado y los distanció, para qué hacerlo. Estaba muerto. Una condena había caído sobre él, había sido ejecutado. Condenado a morir en moto. En los días anteriores a su muerte, Sergio no había hecho nada fuera de lo normal. Había salido un par de noches de esa semana. (¿Cuáles? ¿Con quién? ¿Adónde fue? ¿Tú estuviste con él hasta el final? ¿Qué día ocurrió? ¿El jueves?, preguntaba Elena.) Y Jaime valoraba el porcentaje de gloria que le reportaría haber compartido hazañas con Sergio. Elena volvía al principio, ataba cabos. Jaime, confundido, repetía respuestas.

No quiso ir al cine, no se encontraba bien, esa mañana había vomitado, pero le pidió quedar otro día, si no le importaba, ella lo telefonearía, y Jaime claro, cuando quieras, sin terminar de comprender. Si pretendía establecer una relación con él (¿de qué tipo?), no entendía que tuvieran que aplazar la convocatoria a otra cita. ¿Lo estaba examinando y si conseguía los puntos suficientes se avendría a salir con él? La llamada se produjo la tarde siguiente.

—¿No te comentó Sergio nada de mí? —preguntó con voz densa.

Jaime no entendió, hasta creyó por un momento que lo mejor sería no responder.

—Alguna vez, si coincidíamos contigo en un bar, decía que eras muy guapa —mintió al fin Jaime.

—¿Los días anteriores a…, al accidente?

—A lo mejor, no recuerdo bien. ¿Es importante?

—Para mí sí. La noche antes vino a mi casa.

Elena guardó silencio de nuevo, preparada para evaluar la reacción de Jaime.

La noche anterior a su muerte. Jaime trató de recordar aquella noche. Le comunicaron que había muerto y supo que tenía que ser así. Una sensación extraña y tramposa: con posterioridad sentir que ya sabía. Una llamada y Sergio nunca más, aunque ahora Elena con sus preguntas. El dolor de la muerte pero también el bálsamo que supuso la muerte, la liberación y la culpa; como si hubiese sido él quien lo hubiese matado. Como si él fuese el conductor del vehículo contra el

que se estampó la moto que conducía a más velocidad de la permitida, culpa por haberlo deseado, a más velocidad y con una concentración de alcohol en sangre que quintuplicaba lo permitido por la ley. Así que era ése el interés de Elena, que ahora nunca sabría si Sergio la habría llamado para salir otro día. Juntos. ¿Pero cómo de juntos? ¿Cuánto? La rabia. Elena y Sergio. Los celos no mitigados por la muerte.

—Por eso me quedé hecha polvo cuando me dijiste que había muerto —añadió Elena—, porque habíamos hecho planes para el fin de semana y no me llamó, y al hablar contigo comprendí el porqué.

¿No telefonea el hombre que ha estado contigo y prometió hacerlo y no te enteras de que ha muerto en un accidente? Jaime prefirió no compartir su extrañeza. Sin duda la preocupación por Sergio explicaba el primer café y las llamadas. Seguramente no habría más cafés. Ya había satisfecho las dudas de ella, se acabó. Ya sólo el banco de nuevo, frente a la playa Arena Blanca que no había vuelto a pisar. Menos mal que no le había contado de aquellos besos.

3

La llamada de Lidia, la hermana de Sergio, llegó sólo unos días después. No había vuelto a tener noticias de Elena y no se atrevió a telefonearla, no quiso. Elena, pensó Jaime, sin rencor, había obtenido lo que buscaba. Y ahora Lidia, jirones del pasado, salpicaduras de un mar que va quedando atrás.

Un café con Lidia. Las mujeres y el café. A todas las mujeres del pasado les había dado por tomar café con él. Con un cuidado acento impostado, Lidia propuso una hora y Jaime imaginó el movimiento circular de su boca de pez. Lidia deseaba comentarle algo y consiguió quedar esa misma mañana sin necesitar aludir a ninguna urgencia; ese poder de la familia, consuetudinario, capaz de lograr lo que se propusiesen, ¡ya! Una pausa, un zumbido y Jaime la imaginó expulsando el humo, los labios exageradamente hacia fuera.

En las primeras visitas a su casa, invitado por Sergio, la veía tomarse un vaso de leche descalza en la cocina, depositar después el vaso en la encimera, sin enjuagarlo ni dejarlo en el lavavajillas o en el fregadero, leyendo una revista en una de las hamacas de la piscina, otras revistas desperdigadas por el suelo, la ceniza de un cigarro cayendo sobre titulares en inglés, entrando a buscar algo en la habitación en la que ellos estuviesen, sin llamar ni disculparse. Pronto aprendió a dejar de saludarla: ella nunca respondía. Una tarde se

aproximó en silencio y le palpó el pecho, sacó con dos dedos el paquete de tabaco que Jaime guardaba en el bolsillo de la camisa, extrajo un cigarro. Lidia acercó su cara a la de Sergio, el cigarro en los labios, para que Sergio le diese fuego, y Sergio le puso un mechero en la mano para que lo encendiese ella. Lidia dio una calada larga y dejó el paquete de Jaime sobre la mesa. Salió de la habitación sin darle las gracias; todavía peor, sin haberlo mirado. No era guapa, pero esa familiaridad excesiva, que ella impedía que fuese recíproca, activaba una atracción extraña.

Ahora lo llamaba, un mes después de la muerte de su hermano, de nuevo su voz de mujer lejana, fatal, de otra esfera, haciendo un favor sólo por llamarte, aunque notó un matiz nuevo, una debilidad: lo telefoneaba para pedirle algo. En el entierro fue a saludarla pero Lidia no le hizo caso, sin disimular, sin cambiarse de sitio, simplemente lo relegó a la invisibilidad. No entras en mi campo de visión, borrado, no te admito, así que no te acerques. Ahora, un mes después de que Sergio hubiese muerto, lo llamaba y lo citaba en una cafetería del centro. Mujeres del pasado. Había tomado café con Elena, esperaba ansioso otra llamada de ella que temía que no se produjese, no se iba a producir, se había convencido fatalmente de ello, Elena no llamaría, y lo llamaba Lidia. Intentó imaginar su aspecto pero la única imagen que lograba recuperar era el de la adolescente que le había cogido un cigarro del bolsillo sin ni siquiera mirarlo.

4

Tenía el pelo lacio y más corto, los labios pintados de rojo, la piel clara. Hermética como un maniquí (así había sido siempre). Había perdido el aire ausente (lo había llamado para algo que le interesaba) pero no el gesto grave. Si no hubiese sabido que estaría allí no la habría reconocido. Lidia no se levantó y Jaime creyó mejor no darle dos besos. Se sentó enfrente y pidió un café, ella disolvía un sobre de edulcorante en el suyo. No lo había esperado para pedir. Consultó el reloj para cerciorarse de que no se había retrasado. Las costumbres de ella eran diferentes de las suyas, o peor: ante él no merecía la pena guardar las formas. Esperar a que llegue para pedir, saludarlo.

—Conoces a Elena, ¿no? —fue tan directa que no pudo ganar tiempo preguntando qué Elena.

—Elena, sí, supongo que te refieres a…

—¿Ella conocía mucho a Sergio?

—Sí, se conocían.

—Jaime, es muy importante que me digas lo que sabes. Si de algo no estás seguro me dices que no estás seguro. ¿Salían juntos? Aunque no fuese algo formal, ya sabes, supongo que Sergio te hablaba de esas cosas, es muy importante —dudó Lidia, bebió antes de continuar—. ¿Se había acostado mi hermano con ella?

Jaime pensó que si se refería a Sergio como a su hermano es porque había muerto. Un muerto suyo. Acostarse. Sergio y Elena. Oleadas de un dolor lento iban lamiendo el interior de Jaime. Elena habría hablado con Lidia. ¿Para qué?

—La noche antes del accidente estuvo en su casa.

—¿Cómo lo sabes? —soltó la taza y apoyó las palmas de las manos en la mesa.

—Me lo contó él.

Le costaba trabajo pronunciar el nombre de Sergio, ante ella, su hermana. El muerto le pertenecía.

Sabía que debía evitar los detalles, apuntar una mentira perfilándola apenas, no pillarse los dedos, pero ella permaneció en silencio y Jaime siguió hablando:

—La noche siguiente, esa noche, la del accidente. Había quedado con ella, no sé si para irse a Tarifa o para qué, o pensaba quedar, llamarla, no estoy seguro. Sólo me contó que había pasado la noche, parte de la noche, con ella —mintió Jaime— y que pensaba llamarla o que la había llamado.

—¿Por qué?

Jaime bebió y tuvo que recoger con una servilleta la gota de café que le bajaba por la barbilla. Dejó la taza en el plato y atrapó en el aire la cucharilla que caía al suelo.

—¿Te contó detalles? —quiso saber Lidia obviando la pregunta de Jaime—. Es normal entre vosotros, ¿no? Que si hice esto o lo otro, si…

—No me contó detalles. ¿Hay algún problema?

—Te he llamado para hacerte unas preguntas, nada más, no supone un problema que te llame para preguntarte algo de mi hermano, ¿no?

—No, claro que no.

—Pues eso.

5

La conversación con Lidia llenó de inquietud a Jaime. Datos

incompletos, retazos de un discurso, de una idea que no entendía, pistas que no conseguía casar. Si lograse superponer las conversaciones tenidas con Lidia y con Elena tal vez comprendería; intentó hacerlo sin resultado.

La superioridad de Lidia reflejaba a Jaime su propia sumisión. Odiaba esa superioridad porque continuamente, a lo largo de su vida, se había sometido a ella, sobre todo de la mano de Sergio, el hermano muerto de Lidia. El amigo muerto. Lidia era la misma muchacha que bebía leche descalza sin reparar en él, la que, sin haberlo saludado nunca, se atrevió a sacar un paquete de tabaco de su bolsillo. ¡Ah, haberle sujetado la mano entonces con fuerza, darle un cigarro, pero ofrecérselo él! Volver a la casa al día siguiente, cuando supiese que Sergio estaría fuera, habérsela follado en su cuarto rosa tras arrojar al suelo la colección de peluches suavísimos, salir de la habitación de princesa sin decirle adiós, te llamaré, ella mirándolo sobre el edredón de plumas de oca. ¿Pero cómo se hace eso? Otra vez atrapado en remolinos que lo lanzan al pasado para modificarlo. Esa familia, ese poder. Pero haber estado con Lidia le serviría como excusa para dejar un mensaje en el contestador de Elena.

—Hola, Elena, soy Jaime. He estado con Lidia, la hermana de Sergio, me ha preguntado por ti. Llámame y te cuento, please —el ruego suponía un guiño a la afición de ella por usar palabras en inglés.

Elena telefoneó enseguida y quedaron. Justificó los nervios contando que había dejado de fumar.

—¡Qué suerte tienes por no fumar, Jaime! Así nunca tendrás que pasar por esto. ¿De verdad fumabas en los años del instituto?

Mostró un interés impostado que Jaime agradeció de todas formas. Le preguntó en qué consistía exactamente su trabajo. Jaime ya se lo había contado la vez anterior. Exactamente trabajaba en una asesoría. Ahora querría saber su función en la empresa, pero no preguntó nada más.

Deslizaba la mano por la mesa como si manejase el ratón de un ordenador, tal vez buscando el paquete de tabaco que ya no tenía a su alcance. Las cejas mucho más oscuras que el cabello, la mirada inquieta, sin maquillar. Las raíces oscuras del pelo le conferían ante Jaime una falsa imagen de vulnerabilidad.

—Entonces estuviste con Lidia —interrumpió a Jaime.

—¿La conoces?

—Sólo de vista. Mañana he quedado con ella.

—¿Sí?

La mirada intensa de Elena la tradujo Jaime como un intento de discernir si él sabía.

—Le escribí una carta a su madre.

—¿Una carta? ¿Todavía se escriben cartas? —quiso bromear Jaime.

Elena miró a los lados, apuró el café descafeinado, juntó las palmas de las manos como si se dispusiera a rezar, se echó hacia delante.

—Jaime, estoy embarazada. Preñada de siete semanas.

—El tiempo que ha pasado desde el accidente de Sergio.

—Exacto. Embarazada de Sergio. La víspera de su muerte estuvimos en mi casa. Se murió y fue una pena, y la regla no me bajó y me compré un test de embarazo y aparecieron dos rayas rojas paralelas que querían decir: tía, estás embarazada de Sergio. Y llamé a su madre y no se puso, una señora tan importante no se pone con cualquiera, y le escribí una carta: «Querida señora, su hijo antes de morirse vio conveniente pasar unas horas en mi cama, estoy embarazada». Ése fue el mensaje, pero dicho en bonito, y más largo, sólo me faltó adjuntar el predictor. Hasta que me llamó Lidia, para quedar conmigo mañana, en su casa, por lo que imagino que estará también la reina madre. Uf, perdona que lo cuente así, estoy de los nervios.

—Embarazada.

—Embarazadísima.

—De Sergio.

Esas palabras de Jaime actuaron como un resorte:

—Sí, de Sergio. ¿Tú y yo hemos follado?

—No, claro que no —respondió Jaime azorado.

—Claro que no. Ni contigo ni con ningún otro. ¿Entiendes? Sólo existe una posibilidad porque sólo he mantenido relaciones con él. ¿Entiendes?

—Elena, yo no estoy cuestionando nada.

—Por si acaso. Oye, sorry, estoy de los nervios, perdona. Imagínate mi situación. Y tú has estado con Lidia. ¿Te habló de algo de esto, de la carta, de mí?

—Sólo hablamos de ti. Quiso saber si Sergio me había contado algo de ti.

—¿Y tú que dijiste?

—Le dije que me había dicho que pasó la noche contigo, en tu casa, que no me dio detalles pero que estuvo allí, que a lo mejor me contó algo más, si había quedado contigo para ir a Tarifa el fin de semana, pero que no me acordaba, sólo de que había estado contigo en tu casa.

Elena lo miró a los ojos unos segundos, como si no comprendiera bien sus palabras. Luego buscó sus manos y las cogió.

—Gracias, de verdad, Jaime. Mañana te llamo y te cuento cómo me ha ido en esa casa que parece un palacio. ¿Has estado alguna vez

allí?

—Sí, muchas veces.

—¿Es verdad que tiene una piscina cubierta y otra al aire libre?

—Sí, es verdad.

—Y, oye, tú los conoces, Jaime. ¿Hay algo que yo deba saber? ¿Me das algún consejo?

—No hables mucho, di lo que tengas que decir, claramente, sin tacos. Ve arreglada.

Ella cerró un momento los ojos, como si estuviese memorizando las instrucciones de Jaime.

—Ah, otra cosa. Puedes hacer referencia a que a Sergio le dolía aquí.

—El hígado.

—Sí, el hígado —repitió Jaime—. Tenía cita la semana siguiente con un médico. Su madre estaba muy preocupada. De fuera de la familia sólo lo sabía yo. Pero a lo mejor también te lo dijo a ti. Esa noche.

—Sí, me lo dijo. El hígado.

6

En el autobús, camino de la casa de Sergio, el rojo de los asientos reservados para embarazadas resaltaba sobre las ropas oscuras. Elena se quedó de pie, al fondo. Cerró los ojos y trató de acompasar la respiración, tranquilizarse.

Una casa no ya con una piscina sino con dos. Si pudiese entrar… Entrar, entrar, no como iba a hacerlo para representar su papel, sino con el plan llevado a su fin, entrar cada sábado en la comida familiar, ella parte de la familia y mearse en las dos piscinas mientras exclama ¡el agua está rica rica! Apretó los ojos para contener las lágrimas. No, nunca iría a la casa. ¿Por qué no? Su hijo con un padre. Si Sergio continuase viviendo habría sido cazado por alguna mujer, seguro, pero todavía no. Los tíos como Sergio tardan en caer, se dijo, jugando a que sabía de la vida más de lo que sabía, sabiendo que jugaba, sabiendo que Sergio no la habría elegido a ella. Había coincidido con Sergio poco antes de su muerte y había sentido sobre ella su mirada de cazador, pero no la miraría para convertirla en su linda esposa, ésa habría llegado más tarde. Una pija tonta del culo con más pasta que él y tendrían dos hijos rubitos y los domingos los vestirían como se visten esos niños repelentes de las revistas, y sabrían distinguir cien

tipos de queso francés y él seguiría con la moto y enseguida la señora esposa con unos cuernos de ciervo rey de los bosques. Pero ella necesitaba un padre para su hijo, una explicación. Qué importaba el dinero. Aunque si le tocaba el gordo, ¡oh, el gordo!

Qué nervios. Lo que hubiera dado por un cigarro. Había sentido la mirada de Sergio en el bar, eso había sido todo, y si hubiese sabido que estaba embarazada habría hecho que él se acercase, su mejor sonrisa, dosis mínimas de ella misma y entonces llevarlo a su casa, llamarlo a los quince días, guapo, me dejaste embarazada. Atrapado. Un padre para su hijo. ¿Qué le diría, si no, dentro de seis años, antes, cuando el niño preguntase? ¿Que no tenía la menor sospecha de quién demonios era su padre? Mami no tiene ni la más remota idea de quién estuvo con ella en la cama, corazón, mi tesoro.

Qué importa el apellido de una persona, el lugar que ocupe en un árbol genealógico que a nadie importa. ¿A quién puede importarle de dónde vienen los demás? Pero el apellido es como un título universitario: tú no sabes nada, pero ya puedes trabajar sin necesidad de saber que una auxiliar administrativa paga parte de tus estudios universitarios con sus impuestos. No llegas a final de mes pero otro va a fiestas de estudiantes a tu costa. Un nombre que significa que tienes un padre, que lo has tenido. Un apellido que si lo lleva es porque lo reconocen y si lo reconocen no permitirán que alguien que aparece en su árbol genealógico viva donde vivía ella, pensaba Elena, tal vez, una mujer joven y a la que le había tocado la lotería con Sergio, que se había muerto en el mejor momento de su vida, la de ella, dejando una laguna de unas horas que eran las que componían la plasmación de esa lotería. La vida de su hijo, y la de ella, hasta la de Sergio, condensada en unas pocas horas de las que nadie sabía nada, ella acurrucada en ese hueco, aunque alguien tendría que saber. Una explicación para su embarazo y, por qué no, una recompensa por el desasosiego. Pero no era cierto, no buscaba una recompensa (¡ni un apellido!) sino una explicación que le valiese ante el mundo y también ante ella misma, creerse su mentira.

¿Que le pedían la prueba de paternidad? Pues adelante, que exhumen el cadáver si tienen narices. ¿Que le ponían como condición que desapareciese, que eligiese otra ciudad? Ojalá, que le diesen por todos lados a Málaga. El cuento perfecto: el príncipe azul está dormido y si sabes darle el beso exacto se muere. Y fueron felices y las perdices se las comió ella con su niño. Ya irían algún domingo al cementerio a rezar. Gracias por morirte, cariño. Al final te cacé yo. Se maldijo por no llevar en el bolso un espejo: las lágrimas podrían estar corriéndole el rímel.

No podía olvidarse del hígado sin dar detalles, detalles los mínimos, no meter la pata. Afligida, preocupada y orgullosa, sin

ninguna intención material, como había escrito en la carta: ella tenía su trabajo y su casa y no necesitaba nada. Sólo una justificación ante el mundo: los niños tienen un padre. Pensó en Jaime. ¿Estaría enamorado de ella? ¿Por qué la ayudaba? ¿Sabría guardar silencio? Mantendría las distancias con él. Con todos, si pudiera. Si pudiera no tener que entrar en la casa de las dos piscinas, no tener que cubrir las horas de un hombre que había muerto, esa profanación. Si pudiera justo en ese momento darse la vuelta y olvidarlo todo. Pulsó el timbre. Al otro lado del muro un perro comenzó a ladrar.

7

Apenas media hora más tarde Elena empujó la cancela que Lidia le abría desde dentro de la casa, sin haberla acompañado a cruzar el jardín. Ante ella, la calle. La realidad. Si pudiera volver atrás… ¿Cuándo había descartado la opción que abría un mundo de color? ¿Cuántas salidas había desperdiciado? Una tenía dieciocho años, si pudiera volver atrás, y su cara, sus tetas, ¿por qué no va a soñar con comerse el mundo? La vida consistía en ir a clases y salir los viernes y los sábados, pasarlo bien, dejarse admirar. La inercia la llevaría a la gloria. Un compañero de otra clase, Andrés, le escribió una carta (¿todavía se escriben cartas?, le había preguntado Jaime la tarde anterior), con una prosa retorcida le aseguraba amor eterno. La inteligencia de Andrés: ahora era médico; se veía venir, o no, a ella le pareció simple, insulso. Ahora míralo: médico, una antigua compañera de clase se lo contó, vivía fuera, en Alemania, casado con una alemana, dos hijos, que había salido en el periódico por no sé qué premio, un médico importante. Elena lo visualizó un instante con una bata blanca, abriendo la puerta de su casa, el suelo de parqué amortiguando las carreras de sus hijos, lámparas encendidas en los rincones, puertas blancas en un pasillo anchísimo, una mujer que no logró imaginarse saliendo a su encuentro. Ella tenía dieciocho años y podía convertirse en la reina del mundo. ¿Cómo iba siquiera a molestarse en responder a Andrés? En la carta incluía dos entradas para un concierto de *Platero y tú*. Se rio y le dio las entradas a su hermana. Volvió a reírse en el bar donde solía empezar la noche.

El mundo giraba a una velocidad de vértigo y Andrés le pedía que se detuviese, precisamente a ella, que podría llegar a la luna. Se rio otra mañana en la playa: una amiga le pidió que contase para los demás lo de las entradas y ella repitió la historia aunque en su interior sintió un aviso, la existencia de un error, un fallo en el sistema, pero

cómo darse cuenta con dieciocho años y esa cara, esas tetas, hasta los profesores me miraban.

Ser la mujer de un médico prestigioso. Ser ella misma médica, o auxiliar administrativa, lo que era, pero con un piso de más de cien metros cuadrados y hablando tres idiomas, con dos hijos corriendo sobre un suelo de parqué. Ir a conciertos, aj. Haberme ahorrado tantos sábados, tantas babas de borrachos. El flequillo de Sergio volviéndonos locas a todas. Él era su moto y su flequillo rubio, sus locuras, menudos parámetros. Él era alcohol y un cuerpo destrozado bajo un coche, no supo verlo, no supo aguantarse las ganas de reír ante la carta de Andrés.

Se tropezó con él algunos días después, en las escaleras del instituto. Ella pensaba: me merezco todas las propuestas del mundo y cómo voy a aceptar la tuya. Qué estúpida. Había ensayado algunas frases condescendientes y se paró ante él. Andrés se limitó a decir hola, Elena, y siguió. Nunca llegaría Andrés a nada. Ella, a la luna, y mira ahora.

—Hola. ¿Qué tal el examen? —consiguió preguntarle.

Andrés se detuvo.

—Creo que bien. ¿Y tú? —preguntó él vencido.

—Regular.

Eso fue todo. Continuó caminando y lo dejó allí, parado para siempre en el pasillo, pensó ella, todos los que se cruzaban con Elena quedaban paralizados eternamente en el último gesto que ella les había visto componer, dejándole espacio para que se comiese el mundo. ¡Qué Andrés ni Andrés! Ella se iría con el mejor. Una postura incoherente bajo un coche. O dos meses después con el hígado reventado. O…

La calle ante ella, la vida.

8

Al entrar, Lidia no la había saludado con dos besos y eso la hizo temer, pero Lidia era extraña, todos resultaban raros y ese mundo no es que no fuera su mundo, es que constituía un planeta aparte, sólo vislumbrado en ciertas películas rancias. Una sala de estar más bien pequeña, no la llevaban al salón principal, pero quién conoce las costumbres aristocráticas, el protocolo de ese mundo que se le antojaba ahora más falso que lejano. La madre no se levantó cuando ella entró y le indicaron un sillón. Lidia en el sofá, al otro lado de una

mesa de cristal, cerca de su madre. Un silencio que duró demasiado, esperarían que ella hablase pero nadie le había preguntado y ella se había jurado no decir nada que no respondiese a ninguna pregunta concreta. No le habían ofrecido un zumo o un café (descafeinado, habría indicado), no abrían la boca. Y ella rompió su promesa de no llevar la iniciativa, cómo soportar ese silencio.

—Recibió usted mi carta, entonces.

—Sí, estamos en crisis pero Correos sigue funcionando bien.

—¿Qué le ha parecido? —miró a Lidia, que la miraba con las cejas alzadas.

¿Por qué?

—Confusa, la verdad. Estoy mayor y no la he entendido bien, o no estaba expuesta con claridad. Estoy mayor y he perdido a mi hijo, no acabo de comprender las cosas.

—Siento mucho lo de su hijo.

—Así que te has quedado embarazada —fue al grano Lidia.

—Sí, mira, he traído el resultado de los análisis —rebuscó en el bolso, extrajo los impresos que había decidido no mostrar a menos que se los pidiesen.

—Déjalo, te creo —cortó Lidia.

—¿De cuánto dices que estás? —preguntó la madre.

—Siete semanas.

—Dices que estuviste con Sergio la noche antes del accidente —intervino de nuevo Lidia.

Dices, dices, madre e hija usaban «dices». No la creían. Iban a rebatirle de alguna manera su argumento. Debía callar, soportar el terrible silencio. Esperar no sabía qué.

—¿Cenaste con él? —preguntó Lidia.

—Esa noche cenó en casa, conmigo —respondió la madre, sin dejar de mirar a Elena.

No estaba dispuesta a conceder la cena, lo último que hizo junto a su hijo, cuántas veces habría repetido esa noche cenó conmigo.

No respondió Elena y le dio confianza el no hacerlo, ella nunca había mantenido que hubiesen cenado juntos.

—Nos vimos en un bar, el Catedral, y me propuso salir juntos, me dijo que quería contarme algo. Pensé que sería respecto a su hígado, ya me había confesado en otra ocasión su preocupación.

No distinguió ninguna reacción, pero sí un brillo distinto en la mirada de Lidia. ¿Había sido una buena idea comentar lo del hígado tan pronto? Los dos solos, insistió, y propuse que fuésemos a mi casa.

—¿Qué hora sería?

—No sé, la una, supongo. Estuvimos varias horas en mi casa.

De pie, en una esquina, descubrió a un hombre. Muy delgado, con chaqueta y corbata, joven, peinado con fijador. ¿Cómo no lo había visto antes?

—Es Luis, es abogado, no os he presentado —las palabras de Lidia le hicieron caer en la cuenta de que tampoco le había presentado a su madre.

—Dices que Sergio pasó varias horas en tu casa, los dos solos, a partir de la una —la voz del abogado, desagradable, afeminada, orgullosa, atiplada, acostumbrada a silenciar a los demás, despreciativa, la sintió como el preludio de su derrota.

—No estoy segura de que fuera la una.

—La verdad es que los horarios concuerdan. Tu relato de los hechos coincide con lo que pudo haber ocurrido realmente, sólo hay un pequeño inconveniente.

—A lo mejor no era la una.

—La hora es lo de menos. Verás, es que hay otra mujer que asegura haber pasado esas mismas horas con él.

Estuvo a punto de gritar que esa otra mujer mentía, Jaime le había expuesto los movimientos de Sergio, lo tenía todo atado, casi, fue a chillar que esa mujer era una embustera, pero se contuvo. El abogado le pidió a Lidia que la hiciese entrar, por favor.

Elena conocía a Inma. No eran amigas pero se conocían desde siempre. Amigas comunes, los mismos bares. El instituto. Vestía una falda larga, el pelo recogido en la nuca, zapatos planos, mirada baja. Se ha disfrazado de viuda, la muy puta, pensó Elena. ¿Qué ganará ella con esta representación? ¿Estaría diciendo la verdad? Inma se sentó junto a Lidia y respondió a las preguntas malintencionadas del abogado, que la interrumpía constantemente con nuevas preguntas, creciéndose a cada respuesta de Inma. Elena quiso gritarle que era cocainómano, puta a Inma, a Lidia pija de mierda, pero se limitó a no escuchar, los ojos fijos en los de la madre, que la miraba sin inmutarse. Lidia la acompañó a la puerta, a la de la casa, cruzó sola el jardín.

—Si quieres, Luis, el abogado, puede ayudarte a localizar al que te haya dejado embarazada. Entre todos los candidatos Luis puede ayudarte a averiguar quién es el papi —se despidió Lidia ante la puerta.

—¿Sabes lo que te digo? He hecho cuentas y no me cuadran las fechas, me había equivocado. Es imposible que Sergio sea el padre.

Hacía frío y Jaime hubiese preferido sentarse dentro, pero Elena se empeñó en ocupar una mesa de la terraza de la cafetería del museo, ante el río, donde se habían visto la última vez.

—¿Entonces no fuiste a casa de Sergio?

—Bueno, sí, pero para corregir el error. Me he equivocado, sorry. Nada, no estuve ni dos minutos, ni me tomé el zumo que me ofrecían. La verdad es que me alegro: me dio miedo la mirada de la vieja. Qué alivio no formar parte de esa familia.

—¿Cómo lo llevas?

Elena no comprendió la pregunta. ¿Cómo llevaba qué? ¿Que la traten a una de puta?

—¿Cómo llevo qué? —espetó.

—El embarazo. ¿Has ido ya al ginecólogo?

Elena sonrió con tristeza. El embarazo. Una personita en su interior. Un mundo dentro de ella preparándose para constituirse en mundo propio soberano. Estaba embarazada y acababa de disolverse un plan excéntrico, la insensatez más grande que se le había ocurrido nunca. La representación visual de su odio la formaba la imagen de la madre de Sergio, pero contra quienes dirigía esa rabia en realidad era contra Lidia y el abogado arrogante. Con la desconcertante presencia de Inma no sabía qué hacer, cómo gestionar esa intromisión. ¿Qué beneficio podía haber obtenido ella de su representación? ¿Inma la odiaba a ella de la manera en que ella estaba aprendiendo a odiar a Lidia y al abogado, con su vocecita de monja diabólica? ¿De dónde nacía ese odio?

—No. Fui al centro de salud, me mandaron unos análisis y mañana voy al Materno a la primera cita con el ginecólogo.

Estaba embarazada y sola.

—¿Te apetece acompañarme? —cuando terminó de decirlo se dio cuenta de que no había querido hacerlo, que era una pregunta que tenía almacenada en algún lugar y se le había escurrido.

Ofrecerle a Jaime que la acompañase. ¿Por qué? Lo mismo que estar ahora con él, ante el cauce seco del río que atraviesa la ciudad. (Un río sin agua. Un niño sin padre. La ciudad incompleta.) Ella lo había llamado. ¿Para qué? Es cierto que lo había prometido, pero qué significaba una promesa, frases que se dicen para no quedar mal, la diplomacia y eso, pensó. Pero Jaime la había ayudado. El único.

—Me encantaría.

—Pero me esperas fuera —consiguió distanciarse de su propia propuesta.

10

Estaba embarazada. Una situación nueva, pero consideraba positivo cambiar de situación. Estar embarazada. No la asustaba estarlo. ¿Por qué? Siempre había tenido claro que sería madre. Pero no así. No se trataba de ser madre sola porque el padre se haya ido, sino de que no había padre. Por no haber no había habido ni cama. Nada. El escozor aquella mañana al despertarse, el dolor y algún rastro que no significaba nada. Siempre lo había deseado, pero de una manera abstracta. Sabía que de mayor trabajaría, que viviría en algún sitio. Que tendría hijos.

Una situación nueva. Debía dar un paso, aunque no supiese hacia dónde. Como cuando una pareja cae en el estancamiento, en el desencantamiento, y se necesita un paso, hacia delante o hacia atrás, o nos vamos a vivir juntos o lo dejamos; lo mismo. No se lo había planteado, pero cuando (¡completamente sola!) sostuvo entre sus dedos el medidor de la prueba del embarazo, cuando no tuvo que esperar los dos minutos que indicaba el prospecto para ver aparecer dos líneas rojas paralelas, supo que lo había deseado. Ahora, pensó, debía asimilar lo sucedido, no darle demasiadas vueltas, para qué, pero asimilarlo, no dar palos de ciego, como ahora, proponiéndole a Jaime que la acompañase al ginecólogo y el tonto va y acepta. ¿Un amigo? Y en ese caso, se preguntaba: «¿Necesito un nuevo amigo que además sepa parte de mi secreto, de mi vergüenza?».

—¿Te acuerdas de Inma? —preguntó de repente Elena.

—¿Qué Inma?

—La del instituto.

—¿La que salió con Andrés? —Jaime localizó en su memoria la melena negra de Inma, las gafas y el andar pausado de Andrés.

—¿Inma salió con Andrés? ¿Estás seguro? Cuándo?

Jaime no entendía a Elena. Parecía absorta en sus pensamientos, dejaba pasar aspectos aparentemente importantes de la conversación, y de golpe se detenía en algo circunstancial que se alejaba del meollo de lo que estaban tratando.

—¿Por qué preguntas ahora por ella?

—No sé, me he acordado. ¿Cuándo salió con Andrés?

—El último año del instituto, o el penúltimo. Andrés se fue a Estados Unidos o a Alemania, a otro país.

Entonces era eso. Andrés. Las dos putas entradas para un concierto que Inma hubiese querido compartir con Andrés y de las que yo me reí en todas las posturas, me partía de risa y ahora me las tengo que tragar. Inma salía con Andrés y Andrés me escribió una carta invitándome a un concierto a mí. Lo conté mil veces, si seré tonta, y

ella se enteró, seguro, y le he puesto en bandeja la posibilidad de por fin abrir las compuertas que contenían su odio acumulado.

—¿Inma y Lidia son amigas? —preguntó tras un silencio.

Andrés podría ser la explicación. ¿Pero cómo podía Inma haber llegado a conocer su carta a la madre de Sergio?

—Hace tiempo Lidia montó una tienda de ropa, Inma trabajó allí. No sé si son amigas, pero se conocerán de eso.

Elena quiso estar sola, en su casa, pensar en todo lo que le estaba sucediendo. El plan era objetivamente contrario a la razón, de acuerdo, pensaba, pero podía haber llegado a buen puerto de no ser por la inesperada participación de Inma, y ahora empezaba a comprender de dónde surgía tanto interés por su parte en desbaratarlo, exponiéndose de esa manera, empleando una mentira para tapar la mentira. Quiso estar en su salón para volver al pasado, tratar de recordar a Inma y a Andrés (si lograba recuperar sus apellidos lo buscaría en Internet), recuperar su figura borrosa, parado en un pasillo del instituto. Médico en Alemania, apareciendo en los periódicos. Juntos, Inma y él. Inma que a lo mejor escuchó su risa mientras ella contaba que había recibido por correo dos entradas que hubiese deseado recibir ella, que era quien salía con Andrés. Andrés, que quizá nunca había tenido un gesto tan osado, salía con otra, tan divertido, con ella, y resultaba que podía vencer su timidez de futuro médico hispanoalemán, *herr doktor*, y ella, Elena, se carcajeaba dejando en evidencia a Andrés ante los otros. Ante Inma, por la que no merece la pena emprender la original idea de las entradas. La fidelidad. Un hombre íntegro escribiendo a una mujer que no es con la que sale. Pero Jaime seguía ahí delante y hubo de regresar al mundo, a la cafetería de un museo junto a un río sin agua, como la vida misma.

—Jaime, ¿cómo se llamaba Andrés de apellido?

11

Elena no abrió la boca por el camino. La cafetería era un escaparate. Los tabiques de cristal dejando ver la cola para pagar, la mezcla de visitantes, médicos y pacientes desayunando en las mesas. Servilletas arrugadas en platos junto a vasos con restos de café, una mujer en camisón tomando un batido. Un hombre con cara de niño y un fonendoscopio al cuello dando dentelladas a un bocadillo.

—¿Te apetece un café? —ofreció Jaime.

—Déjate de café. Vamos a localizar la consulta 92.

—Tenemos tiempo.

—Tómatelo tú si quieres.

Caminaba detrás de ella. Las miradas evitaban cruzarse con otras miradas, como si todo el mundo se esforzase por eludir un diagnóstico de los demás, apreciar la causa de la presencia en el hospital, la mezcla injusta de la maternidad y de las enfermedades asociadas a ella, protegiendo así la propia intimidad. Las paredes de cristal de cada uno, como la cafetería. Cada cual con su intimidad a cuestas, a la vista de todos.

Elena andaba concentrada en sí misma, molesta de que Jaime la acompañase, pero ella le había preguntado si quería venir. En una sala pequeña el pasillo no giró más, estaban en el centro del laberinto. Jaime con una mujer que no era su mujer, que tendría un hijo que no sería —pensaba entonces— su hijo.

Había una señora muy gorda junto a un hombre que leía un periódico gratuito. Frente a ellos miraba al suelo otra mujer, sola, muy joven, la piel oscura, posiblemente gitana, avergonzada tal vez de su juventud y de su piel y de su soledad.

Se abrió la puerta de la consulta y una enfermera dijo un nombre y la joven se levantó con dificultad, embarazada de treinta semanas. La mujer gorda miró a Elena:

—La pobre. Es sólo una niña. Y sola. Es lo más triste que te puede pasar, venir sola a una ecografía, vivir sola tu embarazo.

—A lo mejor su marido está trabajando —intervino el hombre sin levantar la vista del periódico.

—Viene siempre sola —aclaró la mujer—, no es la primera vez que coincido con ella. No hay marido.

Puede que esas palabras deshicieran la pretensión de Elena de entrar sin Jaime. Cuando a los quince minutos se abrió la puerta y salió la joven con los ojos irritados, la enfermera diciéndole pero tú no te preocupes, pronunció entonces el nombre de Elena, y Elena susurró ven y tiró con disimulo de la manga de Jaime.

12

El médico pidió el resultado de los análisis y preguntó por la fecha de la última regla. Pesó a Elena y la midió. Que si fumaba. Elena no miró en ningún momento hacia Jaime, que se preguntaba qué estaba haciendo allí. El médico mandó nuevos análisis y comentó algo de una

prueba de azúcar. Que si había sentido náuseas. Después le pidió a Elena que pasase con la enfermera al reservado, separado del resto de la habitación por un biombo. Mientras, el médico realizó algunas anotaciones y comentó con Jaime algunas generalidades del embarazo dando por hecho que él era el padre.

—El embarazo es en realidad una enfermedad, aunque no queramos reconocerlo. La mujer embarazada se siente fatal y más fatal todavía cuando todo el mundo le exige que se sienta estupenda porque va a ser madre, pero su cuerpo está sufriendo una metamorfosis y los mareos la hacen vomitar y aparecen hemorroides y mil cosas.

Alzó la cabeza hacia Jaime, que no dijo nada.

—Cuando quiera —se oyó la voz de la enfermera.

El médico se levantó y pasó al otro lado del biombo. En la pared, un cartel con la imagen de una mujer embarazada dejaba ver el interior de su cuerpo, un corte transversal donde un recorrido de túneles llegaba a un órgano donde podían distinguirse extremidades, una cabeza desmesurada. Junto al cartel, un calendario. Fotos de fetos. ¿Qué estaba haciendo él allí?

—Pasa si quieres —oyó al médico desde el otro lado.

Jaime se estremeció.

—¿Yo?

—Sí, pasa. Vas a ver a tu hijo.

Más fácil que explicar nada, que él no estaba allí en calidad de padre, suponía levantarse y pasar, intimidado, al otro lado del biombo. Elena tumbada con la barriga al aire. Un pegote de gelatina cubriéndole el vientre y el ginecólogo manejando contra ella el visor conectado a la pantalla de un ordenador. Lagunas oscuras, mares insondables. Sintió la mirada de la enfermera y miró a Elena y ella lo miró a él con agradecimiento. ¿Invitándolo a creer que era el padre? Elena desvió los ojos a la pantalla y Jaime se sobresaltó con la magia de algunos vellos del pubis asomando por la tela blanca que dejaba ver el pantalón abierto. Un ojo temblaba y el ginecólogo explicó que eso era el corazón. Hizo mediciones y fijó un número de semanas que efectivamente no cuadraban con la víspera de la muerte de Sergio, para siempre enredado entre los metales de un vehículo.

Jaime apretó la mano de Elena y ella sonrió. Las lágrimas resbalaban velocísimas.

Elena salió de la consulta del ginecólogo sin dar opción a Jaime a comentar nada. El ritmo de sus pasos, como si hubiese acudido sola. No saludó a la mujer gorda que esperaba ante la puerta, buscando los ojos de Elena con descaro, esperando una frase solidariamente femenina que confirmase que todo iba bien y le permitiese responder con otra. Pero Elena no quería solidaridad femenina ni masculina, la sabiduría barata de la gorda. Con qué placer habría dado un manotazo a las hojas del periódico gratuito que leía el marido. Para venir con ése prefería venir sola, gorda. ¡Cómo sabes tú qué es lo más triste de todo!

Recorrieron los pasillos de la misma forma que al entrar, deprisa, Jaime detrás. Cruzaron la calle y deberían haber torcido a la derecha para dirigirse al coche. Jaime, en silencio, reconoció que lo mejor sería irse, bajar el ritmo de la marcha y quedarse atrás hasta que ella se perdiese en alguna esquina, para siempre. Elena con un ojo parpadeando en su interior. Dejar de jugar a que Elena era su mujer, como en la consulta del médico. *Game over*.

Elena su mujer, su mujer con los ojos de siempre y el cuello y la sonrisa, pero ahora también con el pantalón abierto y el vello del pubis y las lágrimas. Sin embargo caminaba rápido, sin comprobar si la seguía, seguramente buscando estar sola, sin él. Se quedaría atrás y ella no lo llamaría más. Nunca. No habérsela cruzado aquel día. La esperanza, las posibilidades que creyó tener. La espera ante el teléfono, Elena siempre a punto de llamar. Todo eso quedaría atrás. Iba a dejar que siguiera, sola. Él se diluiría, iría dejando de ser, desaparecería camino del coche.

En la consulta le había cogido la mano; ella respondió apretando. Una tarde se encontraría con alguien que le informaría de que Elena, la del instituto, ¿te acuerdas?, había tenido un hijo. O haberse cruzado con ella, pero sin detenerse, o detenerse pero no haber entrado en el juego. Sergio. La mentira. Iba a quedarse atrás, dejar que Elena se alejase.

Se le ocurrió un último intento y se detuvo para decirlo, probablemente ella ni lo miraría:

—Pues parece increíble, pero el niño se parece a mí —Jaime, parado en la acera, se juró que sería la despedida si ella no reaccionaba.

Elena se volvió y Jaime creyó que iba a abofetearle; también se detuvo, pero sonrió.

—Estás loco.

Se quedaron así, quietos, mirándose, cada uno calibrando el volumen de su desazón. Elena negó con la cabeza y Jaime supo que lo que estuviese negando nada tenía que ver con él.

—Querías un café, ¿no? —dijo ella.

Jaime no contestó. Caminaron de nuevo, pero ya a otro ritmo, juntos. Entraron en una cafetería y, mientras esperaban a que los atendiesen, ella sacó las fotos de la ecografía, las estudió con detenimiento, lloró de nuevo. Al rato se las tendió a Jaime, ella extendiendo el brazo hacia él, ofreciéndole la foto del germen de su hijo, Elena compartiendo con él los momentos más intensos de su existencia, él tomando la foto, buscando reconocer algún órgano, sin éxito.

—Gracias —dijo ella.

—Esto hay que celebrarlo, esta noche te invito a cenar —se arriesgó Jaime, y Elena no se opuso.

En cada cita ajustaría la siguiente, para eliminar la angustia permanente de que ella decidiese dejarlo fuera. No acertó a preguntarse el porqué de esa obcecación.

14

Esa noche, en la cena, los dos se mostraron locuaces, alejados de la soledad que ambos temían. Jaime diciéndose enamorado de ella, pero no podía ser, aventurándose en bromas arriesgadas por las que iba ganando un terreno precioso con peligro de desprendimiento. Elena al reírse cerraba los ojos y Jaime aprovechaba para mirarla. De repente ella se calló, tardó en hablar, seria.

—No sé qué hacer con, con el padre biológico.

Elena no tenía intención de contarle lo peor de todo, cómo explicar eso que ni ella misma entendía, que no hubiese un padre, que ella, pero cómo, mejor dejarlo, se dijo, porque acabaría contándoselo y eso sí que no, nunca.

—¿Qué es eso de padre biológico? La paternidad biológica no existe, la biología nos iguala a los perros. Se es padre o no se es. Padre no hay más que uno. O ninguno. Pero el hecho de… de ya me entiendes, no convierte a nadie en padre si no ha habido conciencia, si no se han asumido las leyes que regulan obligaciones y responsabilidades —miró a Elena tras aquel discurso medianamente ensayado—, si no ha intervenido la voluntad.

—¿Quieres decir que el padre, el padre biológico, así se llama te guste o no, que el padre biológico no tiene por qué enterarse de que va a ser padre, ser el único que asuma la responsabilidad?

—Claro que no. El padre es el padre. Quien asuma el hecho y

reconozca al niño y acepte todo lo que eso conlleva. Yo —demasiado pronto, se decía, pero no pudo evitarlo—, yo mismo podría ser el padre, el único, si tú me lo pides y juro sobre la Biblia y la guía de teléfonos —ella no sonrió— que seré el padre siempre. Y no te preocupes por cuestiones biológicas porque podemos reproducirnos con carácter retroactivo.

—¿Cómo? Estás como una cabra —rio ella ahora, pero lo escuchaba, no torció la boca y miró hacia abajo con esa mueca despectiva tan suya.

—Normalmente un espermatozoide listo fecunda un óvulo perezoso. Nosotros podemos hacerlo al revés. Para evitar problemas de supervivencia y puntería, mi espermatozoide será tan listo que fecundará el óvulo ya fecundado, o sea: el óvulo que ha hecho una reserva, que está esperando a mi espermatozoide listo, pero como no acaba de confiar en sus habilidades, pues se deja fecundar pero sólo como una espera, preventivamente. Lo que significa que el listo es el óvulo.

—Es un poco complicado, pero me da la impresión de que estás invitándome a pasar por tu casa.

—No, no, eso nunca, yo no te apartaría de tus costumbres. Te estoy invitando a que me invites a ir a la tuya.

15

—Esto no es un juego —Elena sostenía el tazón del café con ambas manos.

Jaime escuchaba, esperaba lo que fuese a decir, en silencio, ya había hablado mucho la noche anterior, durante la cena, todavía antes en la cafetería, tras la visita al ginecólogo. Ahora tocaba escuchar, sentados en la mesa del salón de Elena, donde ella desayunaría cada mañana, ese ocho mil que Jaime había logrado escalar. La casa pequeña, la mesa camilla ante el sofá, revistas abiertas delatando costumbres, la idea de que nadie irrumpiría en ese espacio íntimo en el que se encontraba Jaime, recién duchado, con la ropa del día anterior, los ojos irritados por el jabón y el agua, la alegría y la incertidumbre, el cuerpo de Elena. Elena frente a él, también duchada, envuelta en una bata, en su casa, que había abierto para él (¿de manera temporal y a punto de caducar?), que había preparado café para los dos, para ella y para él, su pelo mojado y sus ojeras, los labios carnosos rozando el borde del tazón, el café caliente, el momento íntimo. Eso era lo que había al otro lado del vello del pubis entrevisto

la mañana anterior durante la ecografía. Elena y él.

Ahora de nuevo la versión seria de Elena. Desconfiada o arrepentida. Cauta. Debía dejar que hablase ella. Acababa de manifestar que eso no era un juego. ¿Qué? ¿Pasar la noche con ella en la cama? Se le ocurrieron mil bromas que consiguió no soltar. Quiso apartarle el flequillo de la frente, hundir la cara en su pelo, abrazarla, desabotonarle la bata, pero permaneció frente a ella, dando sorbos cortos al café, esperando lo que fuese a decir, las reglas del juego, pero eso no era un juego. Jaime ya sabía que eso no era un juego.

¿Había sido un juego acaso la época del instituto, cuando tantas tardes soñó despierto con ella? El banco vacío ante la playa Arena Blanca. Un juego con premio: esto de ahora, la realidad. Elena al otro lado de la mesa. A este lado de la noche.

—Estoy embarazada.

Embarazada de mí. Esta noche te he dejado embarazada de un puñado de semanas. Mis espermatozoides en una alocada carrera hacia atrás, este viaje en el tiempo. Te quiero a ti entera, tu pelo y tu pecho, tu barriga y lo que haya al otro lado de tu barriga, pensó, esperando, en silencio, tratando de apartar la intensidad que presentía en su propia mirada. No quemarla.

—Estoy embarazada y tú vienes aquí, conmigo. Antes me has acompañado al ginecólogo. Has visto a mi hijo —hizo una pausa para beber café— al mismo tiempo que yo. Conoces algunos datos míos, ya sabes, el secreto, porque es un secreto total y absoluto, lo conoces, una parte, pero no quiero que se vuelva a hablar de él, ni siquiera conmigo a solas.

—Sí —dijo Jaime para confirmar que la escuchaba, que estaba de acuerdo no sólo con lo que decía sino también con lo que viniese a continuación, fuera lo que fuese.

Ella no quería que volviese a hablar del tema, del secreto, dejando la puerta a que hablasen del resto de asuntos del mundo. Estaba en su casa. Había dormido en su cama con ella. Había visto las revistas abiertas, abandonadas sobre la mesa y el sofá, la disposición de cremas y jabones en el baño.

—No sé qué pretendes exactamente —continuó Elena; Jaime pensó que claro que lo sabía—. Pero esto no es ningún juego. Puedes irte en cuanto acabes el café. O no. Tú decides. Irte para siempre y no llamarme jamás.

—O quedarme.

—Actuar como si te quedases y comprobar si nos aguantamos. Esta noche ha estado bien. Pero no sé cómo eres por las tardes, si soportaría tus manías. Ni tú las mías.

—Quiero quedarme.

—Pero no sabes lo que significa quedarte. Soy un poco especial, y encima este subidón de hormonas.

—Y la barriga.

—Eso es. La barriga. Ese embrión que será un niño o una niña y que me dirá mamá y que a lo mejor llama a alguien papá.

—Me encantaría que me llamase papá.

—Pero para que te llamen papá tienes que ser el papá. A eso iba, esto no es ningún juego. Ser papá es reconocer al niño y darle tu apellido y comprometerte con su cuidado. Follar puede responder a un arrebato; ser padre, no.

—Creo que esta mañana es la más feliz de mi vida.

—Yo no sé —sonrió al fin Elena— si es que estás enamorado de mí o si eres tonto.

—Creo que las dos cosas.

—Creo, creo, deja de decir creo, parece que estás recitando el catecismo. ¿Estás dispuesto a intentarlo?

—Si me prometes que la próxima vez vas a echarle azúcar a mi café.

—¿Ves como eres tonto? —sonrió de nuevo, y Jaime aprovechó para que su mano cruzase la mesa y buscase la de Elena, que se dejó coger.

Él era lo mirado por los ojos de Elena. Su pelo mojado y las revistas abiertas. El café ardiendo y la bata. La barriga bajo la bata. El pubis bajo la barriga con su vello negro, hilos atrapándolo desde el otro lado de la noche. Una casa, una mujer, un hijo. Esos ojos mirándolo, esa mañana singular que sería similar a muchas otras, ojalá, en esa mesa, en ese salón que él ocuparía y limpiaría y se asomaría a la intimidad hasta ahora inasible de una mujer fantástica que lo miraba en un contexto en el que no cabría nadie más, sólo un niño que también sería suyo, ojalá.

—Y si eres el padre lo serás para siempre, eso sí que no es ningún juego, pase lo que pase entre nosotros.

Jaime la miró a los ojos y no dijo nada.

—A lo mejor soy yo la que se ha vuelto loca.

16

El alivio, casi un año después, cuando abandonó ese salón conquistado. Bajó por las escaleras con una mochila al hombro, sus pertenencias, su mundo: la mochila y la promesa de que podría ver a

su hijo siempre que quisiera. Eso era él, un hombre con una mochila, nada. Con un hijo. Un hijo que le daba sentido. Objeto de su amor. Un hijo de dos meses. Hasta entonces sin otra huella de su paso por el mundo. En la calle, sin casa, aliviado, alejándose de un salón que había sido suyo, de Elena sentada en el sofá, explosiones en el pecho y la mente, suponía Jaime, que sin embargo prefería no saber, refugiarse en el alivio, sentada en la esquina de ese hogar concebido para una persona sola, se decía, con sitio para un hijo pero no para un hijo que viniese con padre, se justificaba para no deshacerse. La premura de ella para buscarle un padre a su hijo, ¿un hijo no necesita un padre?, la insistencia de él por entrar en la vida de ella, por convertirse en ese padre en el que se había convertido, una paternidad a la que nunca renunciaría. La mochila y el niño. Podría verlo siempre que quisiese, había prometido Elena.

El semáforo cambió de color pero él continuó quieto. Elena y él ya no serían más Elena y él. Cada uno por su lado. La explosión de una estrella. Él no era más que el trozo escindido de una estrella que continuaba siéndolo: ella, Elena. En la esquina del sofá, su fortísima fragilidad. Y él contentándose con el alivio, cargando con su mochila, empezando otra vez, pero con un hijo y una mujer sentada en el sofá que había sido suyo, una mujer que durante unos meses había sido su mujer y para la que no había superado la prueba del hombre que se merece una estrella. ¿Y para él mismo? Podría dar media vuelta y entrar de nuevo en la casa, arrodillarse ante el sofá, rogar por otra oportunidad. Y el golpe de dolor lo paralizó.

Alejarse reforzaba la sensación de alivio, sólo pensar en volver y estallaba el dolor con toda su crudeza. No era un hombre. Era un tipo caminando con una mochila a la espalda, aliviado. Un fracaso andante. ¿Y ella? Una estrella sentada en un sofá. Atendiendo a su hijo que tal vez se hubiese despertado mientras su padre se aleja de él arrastrando una mochila con ropa por las calles del barrio, babeando en los cruces, chocando con las esquinas.

Alejándose innoblemente de la casa de Elena (ya siempre sería la casa de Elena, otra vez) se vio miserable. Había buscado la gloria. Se había acercado a una estrella y se había quemado. ¿De qué materia estaba hecho? Todo habría sido más fácil si hubiese sido él quien se hubiese estampado contra un coche en lugar de Sergio. La ambigua actuación de su protector al allanarle el camino hacia Elena, apartando a Sergio, provocando el desesperado ardid de Elena por dotar a su hijo de un padre, aunque fuese póstumo, y la posibilidad entonces de que apareciese él, el actor invitado que insospechadamente se quedaría. Él entre los hierros del coche. Elena quizá no habría encontrado padre para Álvaro, pero habría tardado menos de lo que lo había hecho en darse cuenta de que Álvaro no

necesitaba un padre, un hombre de referencia alejándose de la calle donde un portal accedía a una vivienda en la que un niño y su madre vivirían para siempre.

Dejó la mochila en la portería y subió a la oficina. No tenía casa ni mujer, pero sí la promesa de que podría ver a su hijo siempre que quisiese. Pensó: tu madre ya no es mi mujer, yo creí amarla desde que estudiábamos en el instituto y conseguí entrar en su salón, quedarme. Pensó tu madre no me soportaba y yo no la soportaba a ella y ahora ella es una mujer sentada en un sofá y yo soy esto, un hombre ante una mesa de despacho tecleando ante la pantalla de un ordenador, con una mochila llena de ropa aguardando en la portería, sin un lugar donde dormir esta noche, imposibilitado para vivir en familia.

Y entonces otra vez el dolor y se agarró de nuevo al alivio. Un hijo que no escucharía a su padre y su madre intercambiar reproches. Una mierda de hombre, Álvaro, hijo. Un hombre mierda. Huyó de la autocompasión. Un hombre. Un hombre aliviado con un hatillo de ropa. Un hombre con un trabajo y un hijo.

17

Elena escuchó la puerta cerrarse y después los primeros pasos de Jaime bajando por la escalera. No tomaba el ascensor, no solía hacerlo si no iba con ella. Álvaro dormía. ¿Sentiría la ausencia de Jaime? ¿Lo afectaría en caso de sentirla? Supuso que no. Un niño de dos meses necesita que lo abracen y que le den la teta, que le cambien los pañales y lo bañen. Punto. Jaime seguiría siendo su padre. ¿Podría haberlo evitado? Álvaro llevaba el apellido de Jaime y el de ella, aparecían los tres en el mismo libro de familia. Se habían casado en la ceremonia civil más triste que se había celebrado jamás, pensó Elena, a pesar de la alegría de Jaime. Jaime sí que era un niño. El padre de su hijo cuyos pasos no resonaban ya. ¿Podría haber evitado que su hijo tuviese un padre? Mejor así. Álvaro tiene un padre que vive en otra casa. Los niños tienen padre. Los padres se separan de las madres, así está configurado el mundo. Una familia normal. Ella no había sabido estar sola en su momento. ¿Pero cómo saber? Volvía Elena al pensamiento de siempre: ¿cómo comprender nada? El embarazo. Nunca le había hablado de ello a Jaime. Había ayudado que él no preguntase. ¿Le daba igual? No, estaba segura de que no, pero ella propuso no hablar del tema y él lo había respetado. Era fácil Jaime, eso sí. Él quería estar con ella, desde siempre, repetía, y lo había conseguido; lo demás le daba igual. Supondría que el origen sería una

noche loca y parte de razón tenía, concluyó Elena negando con la cabeza.

Unas semanas antes de que Elena se cruzase con Jaime y le ofreciese tomar un café, revivir un tiempo que había sido mentira pues nunca habían tomado café antes ni hablado más allá de alguna frase trivial de compañeros de clase, unas semanas antes de que Jaime entrase en la vida de Elena, ella había salido con una compañera de trabajo. Era viernes y Elena no tenía planes. El desierto de un fin de semana sin planes. La otra insistió. Elena consiguió llegar al aseo de la discoteca justo cuando se abría la puerta. Entró sin hacer caso de las protestas de las que aguardaban su turno. Apoyó las manos en la pared y trató de que el vómito cayera dentro de la taza. Se lavó la cara en el lavabo, se enjuagó la boca. La habitación estaba boca abajo. La puerta cerrada amortiguaba la música. Creyó imposible atravesar la pista y salir a la calle, parar un taxi, llegar hasta su casa. Los golpes provenían de las que esperaban fuera y salió. El vendaval de la música le reventó en la cara. No lograba caminar en línea recta y cayó en los brazos de uno de los chulos que solía apoyarse en las paredes del pasillo, más oscuro aún que el resto de la discoteca. Sintió una mano en la espalda pero no opuso resistencia, no sólo es que no pudiese, es que el brazo del hombre impedía que cayera. Idiota, se dijo, salió sin cenar y apenas había almorzado. Una compañera con la que nunca quedaba se empeñó en invitarla y el fin de semana era tan largo y ahora había desaparecido tras encontrarse a alguien, a lo mejor la esperaba fuera, tenía que salir, ¿pero cómo atravesar la pista sin caer al suelo? Otro hombre le comentó algo al que la sostenía y éste rio. Las carcajadas rebotaban en las paredes y golpeaban sus oídos. Elena levantó un poco la cabeza y pidió agua. El hombre le ofreció su vaso y ella vació el contenido de un solo trago.

—No es agua —protestó tras una arcada.

—Con razón me han cobrado tanto, yo pedí agua y me han puesto ron.

—Me encuentro fatal, llévame a la calle, por favor.

—Pero te has bebido mi copa.

—Creí que era agua —balbució.

—Y ahora no tengo copa.

—Me encuentro fatal.

—Tienes que darme un beso.

—Por favor.

—Tú eres Elena, ¿no? —la voz nueva se abrió paso entre las estridencias de la música.

Ella miró al otro hombre, pero no distinguió su rostro. La oscuridad, todos los focos de la discoteca enfocándola para cegarla.

Todo girando a su alrededor a una velocidad de vértigo.

—Llévame afuera, me siento fatal.

Le pareció que cambiaba de manos y se abandonó en el hombre que la movía, seguramente hacia la calle. ¿Quién era? Necesitaba salir. ¿Cómo podía haber bebido tanto? Si sería idiota. Llegar a su casa. Desnudarse y acostarse tal cual. Dormir todo lo que pudiese y por la mañana una ducha larga. No volvería a beber nunca más, no volvería a salir. ¿Dónde se había metido su compañera? De repente no había música, el frío, la calle.

—Gracias —musitó con los ojos cerrados.

—Estás guapa hasta borracha.

—¿Quién eres? ¿Está mi amiga ahí? —si abría los ojos vomitaría sobre ese hombre.

—No hay nadie.

—Para un taxi.

Sergio consideró la idea de llevarla en la moto, pero no se sostendría. La acompañó a la parada de taxis. La acomodó en el asiento trasero y le preguntó la dirección para repetírsela al conductor y entonces ella murmuró que no la dejase sola y Sergio, que también había bebido bastante, se sentó junto a Elena y se decidió por seguir la idea que masticaba desde hacía un rato. Al día siguiente le preguntaría a Jaime: «¿Te has follado alguna vez a una muerta?». Y esa risa exagerada para añadir: «Pero si tú no te has acostado ni con una viva». Y la necesidad de contar la noche.

18

Sergio no le desveló de quién se trataba porque Jaime la conocía del instituto. La tabarra que le había dado Jaime con ella, las vueltas que da la vida, sonrió Sergio ante Jaime, que no entendía, o que no quería entender, el envidioso.

—Pues fue eso, como follarme a una muerta, ¿cómo se llama eso, necrofilia?

—Pero las muertas están muertas —espetó Jaime.

—Claro, por eso son muertas, ¡qué listo!

—Pero tu muerta estaba viva.

—Borracha.

—Viva.

—Sí, y qué, como muerta. Para el caso es lo mismo.

—Las muertas no pueden protestar.

—A eso voy, ésta tampoco.

—No puede decir lo que quiere.

—Eso era lo que me excitaba, espero que no me dé a partir de ahora por asaltar cementerios.

—Y tampoco puede decir lo que no quiere.

—¿Qué quieres decir?

—Eso es violación.

—Vuelve a decir eso y te parto la cara. En el taxi ella me rogó que no la dejase sola.

—Estaba borracha.

—La envidia te corroe. No se te ocurra volver a decir eso.

Del taxi la sacó dormida y tuvo que jugar con las llaves que encontró en el bolsillo de ella hasta que dio con la correcta. Le preguntó cuál era su casa y no se despertó. En los buzones aparecía una Elena, debía ser ella. Llamó al timbre, podría ser que compartiese piso. Pareja no tenía porque ya la había visto sola otras veces. No estaba mal. No era fea, y esas tetas. Volvió a llamar para asegurarse y sacó las llaves. Un piso pequeño de dos dormitorios. La dejó en la cama y fue al cuarto de baño. Orinó, se echó agua en la cara y el pelo. Corrigió la postura de Elena sobre la cama, lo excitaba que pareciera muerta, pero colocó los brazos de manera más natural. Le quitó la chaqueta y Elena no se movió. Percibió movimiento respiratorio en el pecho y se tranquilizó. El pecho. Le desabotonó despacio la blusa.

—¿Por qué me lo cuentas? —Jaime no era capaz de afrontarlo directamente.

—Tienes envidia.

—¿Quién es ella?

—Tú no la conoces.

—¿Cómo se llama?

—Que no la conoces. Mary algo, no me acuerdo, extranjera.

—¿Y ahora?

—Ahora qué.

—¿Vas a llamarla?

—No tengo su número. ¿Por qué iba a llamarla? Ella ni se ha enterado. A lo mejor cree que ha tenido un sueño erótico. Ni eso. No se ha enterado. Ya te digo, como muerta. Que se le ha aparecido el Espíritu Santo: Mary, llena eres de semen.

Jaime se levantó. Permaneció unos segundos parado ante Sergio. No encontró las palabras, no se atrevió, demasiado lejos, musitó, demasiado lejos. Sergio tratando de entender, el gesto de extrañeza de Jaime, de pie ante él, qué violación si ella le había pedido que no la dejase sola. ¿Para que la arropase y le cantase una nana la muy puta? ¿Para qué invita una tía a nadie a su casa de madrugada si no es para

lo que es? Mejor eso, que se alejase Jaime porque si no tendría que romperle la cabeza a puñetazos. Demasiado lejos, si será cabrón, mejor eso, que se alejase.

Sergio la observó un rato sólo con las medias, sin ninguna prenda más. Después también le quitó las medias. Entonces se desnudó él.

19

La luz escupiendo trozos dolorosos de la noche. Elena trató de arroparse con el edredón, pero el peso de su propio cuerpo le impidió tirar de él. No abrió los ojos. La luz al otro lado, la noche. La sensación pastosa en la boca, el tremendo dolor de cabeza. El estómago. Nunca más volvería a salir. Desnuda. ¿Qué hacía desnuda? ¿La borrachera la durmió cuando buscaba el pijama? Pero sí había podido quitarse la ropa. No recordaba nada. ¿Cómo había regresado a la casa? Miles de agujas en las sienes. La vagina. Abrió los ojos temiendo no reconocer la habitación donde había pasado la noche, toparse con la disposición extraña de muebles desconocidos, una casa que no sabría ubicar en el plano para escapar cuanto antes si encontraba la ropa, si, ¡Dios mío!, si no había nadie más en la cama, se incorporó pero, uf, era su casa.

La sed y la seguridad de que vomitaría si bebía. ¿Por qué le dolía la vagina? Había vomitado en la discoteca, ¡qué vergüenza! Y después de eso ningún recuerdo, todo borrado, tal vez iría recuperando la noche poco a poco, a pedazos. Una ducha. Todo el día en la cama. Cuando tuviera fuerzas llamaría a su compañera de trabajo. Tómate otro, venga Elena, que nos vamos a divertir. Necesitaba taparse. Se cubrió la vulva con la palma de la mano y apretó. Ese escozor. Permaneció casi una hora así a pesar de la sed. El dolor en la vagina.

Sonó el teléfono. Sería su compañera de trabajo, le daría pistas. Cruzó el pasillo y menos mal que volvieron a llamar porque no encontraba el maldito teléfono. El timbrazo rompía vidrios del interior de su cabeza y por fin dio con él. Le desagradó el tono de voz de la compañera de trabajo.

—¿Dónde te metiste?

—¿Cuándo? —preguntó Elena.

—¡Cuándo va a ser! Anoche, en la discoteca. Me puse a hablar con un amigo que me encontré y cuando me volví te habías perdido.

—Bebí mucho.

—¿Ligaste?

—Sí, ligué una borrachera de escándalo, no pienso salir en mi vida.

—¿Te fuiste a casa?

—Pues sí.

—No te despediste.

—No te vi, me encontraba mal. Cogí un taxi y me vine a dormir la mona.

—¿Sola?

—No, con Tarzán, el dueño de la mona. Sí, sola —se concentró en el picor de la vagina—, yo estaba como para traerme a alguien.

—A lo mejor estás con alguien ahora mismo y no me lo quieres decir.

—Es verdad. Espera, te lo paso —dijo Elena y colgó.

20

La ropa por el suelo. Volvió a la cocina, encendió el calentador de agua. La dificultad de realizar cualquier movimiento. Se pasaría todo el sábado en la cama. No volvería a salir nunca más. Llenó un vaso grande de agua, pero sólo pudo tragar un tercio. La torpeza de los pasos hizo que se preguntara si no estaría aún borracha. Entró en la ducha. La vagina le dolía. El agua llevándose la noche. Dormiría todo lo que pudiese, almorzaría —fruta, una ensalada, y otra vez a la cama —. Por la tarde buscaría el refugio de una película. No saldría nunca más.

Antes siquiera de vestirse decidió meter la ropa en la lavadora. Se sentía mejor, pero le dolía horrores la cabeza. Y la vagina. ¿Por qué la vagina? Un dolor nuevo.

Apoyada en el marco de la puerta contempló estupefacta algo en lo que no había reparado antes: en la funda del edredón dos gotas pequeñas de sangre, como dos pupilas. La ropa por el suelo. La blusa, las medias, y, pero no podía ser, se acercó, los apartó con el pie, se agachó. Cedió el nudo y la toalla cayó blanda. Elena se arrodilló sobre la toalla, acercó mucho la cara pero retiró las manos: unos calzoncillos. En un minuto tuvo claro que la ropa interior, ésa, normal y corriente, no podría llevarla hasta nadie, pero sí al hecho de que ese hombre desconocido (¿desconocido?) había estado allí, con ella desnuda. ¡Dios mío! Trajo una bolsa de la cocina para cogerlos protegiéndose las manos y los tiró al cubo de la basura.

De nuevo en el dormitorio recorrió con la mirada el mueble, la

cama, la ropa. Ninguna nota le deseaba los buenos días ni ofrecía un número de teléfono dentro de un corazón. La molestia en la vagina. Sacar los calzoncillos de la basura y depositarlos en el mostrador de una comisaría. (En un fogonazo vio la imagen de un policía que había conocido hacía unas semanas y con el que se ilusionó sin fundamento, pero no fue a cenar. ¿Isidoro? ¿Isidro?) He sido, diría, verá usted, pensaba, alguien, he sido violada. ¿Pero había sido realmente violada? A lo mejor fue ella la que insistió para que quien fuese el dueño de los calzoncillos la acompañase, eso le contestarían en comisaría, a lo mejor, pidiéndole al hombre que se quitase la ropa, ven, que se metiera con ella en la cama, podía haber sido realmente así. Hizo un esfuerzo, pero fue incapaz de recomponer la noche. A partir del vómito en la discoteca no había nada. Un hombre le había hablado, pero no sabía ni qué le había dicho, en qué momento. ¿Quién la habría visto? ¿Haciendo qué?

Calentó un poco de leche y se la bebió con azúcar. Vomitó. Bajó la persiana, apagó el teléfono y se acostó de nuevo; con pijama. Si sería idiota, no volvería a salir nunca más. Mierda de noche, lo mejor sería olvidarla cuanto antes.

¿Y si llamaba a Isidoro o Isidro? Sí, Isidro, pero no tenía su número, ni las ganas; él dijo que vendría a cenar y nunca más nada. Y ahora, de repente unos calzoncillos. Isidro, tú eres poli, no viniste pero te perdono. ¿Por qué no viniste? Ayúdame, alguien ha estado aquí. A lo mejor yo lo invité. Y tú no viniste. No pienso salir nunca más.

TRES (2015)

1

Parte del edificio de Torremolinos donde Inma tenía su apartamento, donde había empezado todo, se dibujaba al otro lado del ventanal de la hamburguesería. A ese edificio había acudido con Inma hacía justo una semana a una cita con un hombre que ahora está muerto. Cuántos muertos. Inma no existe ya, no será metida en su portal a empujones, su melena rizada no será nombrada nunca más por otro hombre que también está muerto.

Un ruido estridente sonó justo detrás y Jaime apretó las manos, sujetas al borde de la mesa, cerró los ojos. No era más que un niño retirando la silla en la que iba a sentarse.

—Es como si no hubiese pasado nada pero al mismo tiempo sé que ha pasado —dijo.

Mariam bebía de su refresco usando una pajita. Sus ojos enormes. Una camarera con acento caribeño repetía a la cocina una comanda valiéndose de un micrófono. Menús de nombres ridículos, incomprensibles. Una señora andando por la acera volvió hacia ellos la cara un segundo que a Jaime le pareció un minuto.

—No sé qué va a pasar. ¿Entiendes? Mañana he quedado con un hombre que está muerto.

Mariam lo miraba, los bellos ojos muy abiertos, como si estuviera dándose cuenta ahora de todo lo que había ocurrido.

Un niño rompió a llorar y Jaime casi tira su vaso de refresco.

—No sé qué va a pasar —repitió.

—La solución está en lo que has dicho antes: es como si no hubiese pasado nada. Lo que ha dicho Karim: no debemos hablar de esto, ni siquiera entre nosotros —le temblaba la voz.

—Esto no existe —soltó Jaime con solemnidad.

—No.

—No estamos aquí.

—Bueno, aquí sí que estamos, porque el dinero que tenía para el tren he tenido que emplearlo en pagar los refrescos —ahora sí sonrió, pero la sonrisa se convirtió en una mueca extraña.

Algo rozó a Jaime y se volvió con violencia. La encargada de la limpieza, empujando un carro de bandejas con restos de comida, se asustó por la reacción de Jaime.

—Me alegro de que existas — Jaime logró sonreír.

—Pero voy a dejar de existir. Tú te irás a tu castillo secreto y yo a

casa de Karim.

—¿No se puede luchar contra eso?

—No me quejo. Vivir con ellos me ha permitido estudiar, actuar como una persona normal, algo muy complicado para una mujer marroquí, ser dueña de mi vida. Cuando pueda me independizaré y habrá sido gracias a ellos.

—Me refiero a si no se puede luchar contra que vayas a dejar de existir.

—Vaya trama la de tu peli. Del thriller pasa a la comedia romántica.

—Alguna tarde que tengas clase yo podría acercarme a la facultad, tomarnos algo en la cafetería.

—No me conoces de nada.

—Es verdad. Tú a mí tampoco —reconoció Jaime.

—Y lo poco que sé de ti alejaría a la más atrevida. Sólo tenemos en común dos muertos —sonrió con tristeza.

—Dos muertos.

—Sí, dos muertos. Dos tíos que ellos sí que no existen, y eso es lo necesario, que no existan de ninguna manera, que no los lleves encima toda tu vida.

Una sirena que podría corresponder a un coche patrulla ocultó unos segundos las voces. Dos policías motorizados cruzaron despacio al otro lado del ventanal. Puede que no se hubiesen apartado lo suficiente, aunque habían caminado un buen rato. Una vibración en la mesa los sobresaltó, era el móvil de Mariam, que leyó el número en la pantalla y respondió en árabe. Jaime la miraba hablar en voz baja. No tenía anillos, sólo una pulsera de hilo. El pequeño tatuaje en la parte interior de la muñeca. Sin duda tenía razón. Cuando esa tarde cayese del todo, Mariam sería tragada para siempre, sus ojos, su voz. Detrás de ella, la sombra fantasmal del edificio donde estaba el apartamento de Inma.

—Dice Karim —Jaime percibió el miedo de ella— que todo está plagado de policías. Controles. Que no se nos ocurra acercarnos al centro. Policía cerca de su casa.

—Mi coche está en el centro. Puedo coger un taxi para que me deje en una estación de tren.

—Un taxista que podría recordar al joven nervioso y con un golpe en la frente que llevó desde aquí hasta el tren. Luego te localizarían en las grabaciones de las cámaras de la estación.

—Un taxi a Málaga, los dos. Después tú te vuelves en tren. O te dejo la llave de mi coche y me lo traes; vamos a Málaga y te vuelves en el tren.

—Espera, espera, no te precipites. Vamos a pensar. Seguro que es

más fácil de lo que parece, pero si metemos la pata podemos fastidiarlo todo.

—El domingo tengo que recoger a mi hijo.

—¿Tienes miedo?

—¿Y tú?

—Qué importa. Anda, cuéntame cómo es tu hijo.

2

Karim deseaba salir corriendo, subir las escaleras de dos en dos y encerrarse en su cuarto. Ismael estaba muerto. Como en los videojuegos en los que ocupaba sus tardes con Mohamed, eliminaba los obstáculos. Él no había disparado, le repetía al juez en su imaginación. Un hombre extraño, Jaime, no tenía nada que ver y acaba involucrado en las muertes que resolverían su problema, el de Karim, si tenía suerte. La bolsa de deportes en la taquilla del gimnasio. El asesino era Jaime. El juez le preguntaría qué hacía en el lugar de los hechos. Podría alegar que desconocía las intenciones de Jaime, sin embargo la pistola se la había facilitado él, la pistola de Abdu, la torpeza de Abdu jugando a gánster, el idiota, Abdu muerto y él lo había vengado. Sin disparar, repitió al juez. Ironías del destino: él vengando la muerte de su hermano. ¿De qué podrían acusarlo? ¿Tenencia ilícita de armas? La pistola pertenecía a Abdu. Pero él se la había dado a Jaime. ¿Cómplice? Eso como mucho. ¿Cuántos años podrían caerle? Explicaría que habían planeado darle un susto, en ningún caso disparar. Pero no le iba a caer nada. Jaime volvería a Málaga y él no hablaría absolutamente con nadie del asunto. El asunto. Nunca más vería a Jaime.

Se detuvo. Las huellas de Jaime habrían ocultado las suyas, supuso. La pistola. ¿Qué había hecho Jaime con la pistola, qué pensaba hacer? Debía hablar con él. No se fiaba de Jaime. Un detalle sin importancia podría mandarlo a la cárcel. Pedirle también que borrase su número de la agenda del móvil, que nadie pudiese relacionarlos. Se sintió satisfecho con el curso de sus pensamientos. No tendría que explicar nada, pero en caso de tener que hacerlo estaba organizando su defensa. ¿Qué tenía que ver Jaime en todo esto? Tal vez lo estuviese minusvalorando. Tú los has matado, le había dicho en la escalera. Jaime lo había creído. ¿Realmente lo había creído? Podría haberle dado un tiro allí mismo, pero se habría terminado su coartada.

Deseaba correr pero se contenía. Un coche patrulla avanzó con velocidad en sentido contrario al que él llevaba. Dos cuerpos muertos.

La pistola. Habría preferido tenerla él. Él sabría esconderla, hacerla desaparecer. Haber disparado a Jaime y dejado la pistola allí, contarle a Mariam una historia inventada que ella aceptaría. ¿Cómo no se le había ocurrido? Otro error, haberse dejado acompañar por Mariam. Pasó junto a la antigua estación de autobuses y vio otro coche de policía con la sirena encendida. Le inquietaba que su seguridad dependiese de otra persona, alguien poco claro como Jaime, confuso, que aparece devolviendo dinero y queriendo matar. ¿Cómo no se le había ocurrido? Haberlo matado en el cuarto de Ismael. Tres cuerpos muertos. Limpiar el arma y dejarla allí. Aunque ahora sólo podrían acusarlo de haber estado en el lugar de los hechos. Sólo debía encontrar una solución para la pistola. La pistola era de Ismael, eso. Él se había ofrecido a acompañar a Jaime para devolver el dinero o para negociar un plazo razonable de devolución. Habían discutido e Ismael sacó una pistola que en el forcejeo cayó al suelo y entonces Jaime… Jaime había disparado. Pero este plan necesitaba compartirlo con Jaime y eso implicaba hablar con él y mejor dejar todo como estaba, no complicarlo más. Jaime debía desaparecer de su vida. Jaime había disparado. Aunque podría defender su inocencia y acusarlo a él. Él, Karim, había disparado. La pistola con sus huellas.

Al otro lado de la calle, en la acera de enfrente, distinguió al policía con el que había hablado en el cementerio, paseando arriba y abajo, de repente parado ante el portal que daba acceso al bloque donde él vivía. No debía hacer ningún movimiento extraño, sospechoso. Introdujo las gafas de sol en un bolsillo, arrugó la gorra y se la metió entre la camiseta y el pantalón, que nadie pudiese relacionarlo con alguien de esa guisa al que algún improbable testigo pudiese describir. Se alegró de no llevar la pistola. Marcó el número de un amigo. Habló mezclando árabe y español.

—Mohamed, he estado toda la tarde en la mezquita —dijo.

—Karim, ¿que has estado en la mezquita?

—Contigo. Los dos solos, rezando. Si alguien te pregunta. Nadie te va a preguntar, pero si te preguntan he estado contigo en la mezquita. No te he llamado. Borra la llamada.

—¿Rezando? ¿Para que Mariam te pida esta noche que se la metas por todos lados?

El policía pensaría que no lo había visto. De hecho, era el policía quien todavía no parecía haber reparado en él. Esperó a que el semáforo se pusiera verde. El policía interrumpió sus pasos, lo había descubierto. Karim llevaba las manos en los bolsillos, aflojó la marcha. Cuando el policía avanzó hacia él sacó las manos y compuso una mirada de extrañeza y desconfianza, como si no supiese de quién se trataba. El policía parecía habérselo creído porque mostró la placa.

—Soy el subinspector que habló contigo.

Lo miró como si no recordase.

—En el entierro de tu hermano.

—No lo había reconocido. ¿Quiere hablar con mis padres? Están muy afectados. Mi padre no ha aparecido por la mezquita.

—¿Tus padres? No, no, quería verte a ti.

Karim lo miró a los ojos, buscaba un indicio que revelase si sabía algo o si tiraba a lo loco de los cabos que iba encontrando, por si acaso.

—¿Cómo lo llevas?

—La vida sigue. Mi hermano ha jugado con fuego y se ha quemado. No hacía falta tanto. Con un susto habría bastado, creo. Ahora no tengo hermano. El mundo está loco.

—¿Nos tomamos un café? —propuso Isidro.

Si ofrecía un café es que no sabía nada. O el rollo del poli bueno. Si lo detenía acusaría de inmediato a Jaime, argumentaría que Jaime le pidió acompañarlo a devolver el dinero a Ismael. Sólo si lo detenían; el policía podía estar actuando como si supiera y no saber nada.

—No, prefiero subir, hacer compañía a mis padres.

—¿Quién más vive en la casa?

Era la primera pregunta del interrogatorio encubierto.

—Ahora sólo somos tres. Mi padre, mi madre y yo. Una casa demasiado grande para tres personas —la primera mentira que podría volverse contra él, pero así atenuaba el riesgo de Mariam andando por la calle.

Podría justificarlo convirtiéndola para la policía en su novia. Debía alertarla, que no fuera a la casa. Mejor así, sin ella. Mariam ahora en la hamburguesería, con Jaime. Haberle pegado un tiro, entonces Mariam estaría ahora a su lado, hablando con el policía, pero mejor sin obstáculos, así, sin Mariam.

—¿Hay algo que consideras que podría servirme para averiguar quién mató a tu hermano?

Iba a decir que no y a tratar de seguir caminando cuando soltó el policía su siguiente pregunta.

—¿Has visto últimamente a Ismael? —Karim lo miró a los ojos.

—¿Quién es Ismael?

—¿No sabes quién es Ismael? Lo conocen hasta en Málaga. Hay un hombre que va repartiendo dinero por el mundo, lo vi en el cementerio dándote un sobre, y coincidí con él en la parada del autobús, me dijo que el asesino había sido Ismael. Pero claro, tú no sabías nada. El hombre que va repartiendo dinero por el mundo tendrá sus contactos, le preguntaré a él.

Jaime muerto en casa de Ismael, junto a la pistola. Tres cuerpos.

—No sé quién es Ismael, sólo conozco su nombre. Mi hermano lo nombró.

Tenía miedo.

—Pero en el cementerio no consideraste una buena idea comentármelo, supongo que estabas muy afectado por el dolor y se te olvidó. Lo entiendo. Pero cuéntame ahora quién es.

—Un nombre. Me gustaría que fuese usted quien me dijera quién es, que lo detuviesen.

—¿Te ha amenazado?

—No, ese maldito Ismael sabrá que yo no tenía nada que ver con lo que hiciera mi hermano —Karim notaba que a cada respuesta iba perdiendo una parte del dominio de la situación.

—¿Sabes dónde vive?

—No sé nada, no creo ni que se llame Ismael. Un asesino no va a ir por ahí presentándose con su verdadero nombre, ¿no? Voy a subir, quiero acompañar a mis padres, le ruego que me avise si lo detienen, nos quedaremos más tranquilos.

—De acuerdo, gracias por responder mis preguntas. Ah, por cierto, estás tan interesado en hacer compañía a tus padres, pero no estás con ellos. ¿Vienes de hacer la compra?

—Vengo de la mezquita. Mi padre es el imán, pero no tiene fuerzas para acudir. He pasado la tarde allí.

Si venía de la mezquita, habría testigos. Otros feligreses. ¿Usáis esta palabra vosotros?, le habría preguntado Isidro a Karim, otros que confirmen que has estado allí. Pero Karim habría encontrado en cinco minutos cien marroquíes que asegurarían que era cierto. Ahora debería ir a la mezquita, la pereza de caminar hasta allí, la alarma que crearía su presencia, las mentiras.

—Ahora, si me lo permite, voy a subir a mi casa. Puede acompañarme y saludar a mis padres, si quiere, decirles que están detrás del asesino, a punto de detenerlo.

—Gracias, he quedado para saludar a los míos, otro día. Por cierto, una última cuestión, es simple curiosidad. ¿Te alegraría saber que Ismael ha muerto?

—Creo que ya ha habido demasiadas muertes. Prefiero que lo detengan.

3

Apartó las manos de la cara y Mariam había desaparecido. Los faros

encendidos de un coche le indicaron que anochecía, lo deslumbraron al girar para tomar la calle. Mariam no estaba. La localizó en el mostrador, pidiendo. La certeza de que mejor habría sido que Mariam se hubiese ido se superpuso al temor de que lo hubiese hecho. ¿A qué estaba jugando? Debía irse de allí y ése era el momento. Cerrar el paréntesis. Ninguno de ellos existía. Eso suponía no existir: no coincidir de ninguna de las maneras en la vida de otra persona. Pero Mariam esperaba su turno en la barra de la hamburguesería, no lo había abandonado. Retirar la silla y levantarse, empujar la puerta de cristal, dejar Torremolinos atrás, dos cuerpos en una postura inverosímil, Mariam. ¿Cómo había llegado hasta allí? Mariam colocó una bandeja sobre la mesa con dos cervezas y dos bocadillos envueltos en papel, una caja abierta de la que se escapaban patatas fritas.

—El dinero de tu billete de tren —consiguió sonreír Jaime.

—El bono del mes. Me estás saliendo muy caro. En cuanto dejes de existir comenzaré a ahorrar.

—Toma —Jaime tendió un billete de veinte euros.

—Por favor —rechazó Mariam.

Creyó que no podría comer pero devoró la hamburguesa.

—¿Sabes? Hay alguien que me protege de una manera extraña.

—Sí, soy yo.

Un coche de policía circulaba muy despacio al otro lado de la cristalera. Los ojos de Mariam pendientes de los suyos. Jaime le propuso el plan y Mariam tardó en calibrar si era una buena idea, otra vez el miedo en la mirada, sabía que si detenían a Jaime ella estaría a su lado y eso la involucraba, Karim había dicho que Jaime no podía dejarse ver. También que ella tardase todo lo que pudiera en volver a la casa. Que buscase otro sitio donde pasar la noche. Pero eso cómo se hace.

—Yo he estado en la mezquita, un policía me ha preguntado. Le he dicho que aquí vivimos mi padre, mi padre y yo, nadie más —había dicho Karim—. No vengas por aquí, no te mezcles en esto. Si pudieses quedarte en casa de alguien.

Jaime no podía dejarse ver. Ella a su lado. Arriesgarse tanto para qué. A ella nunca le gustó Abdu. Las miradas de Abdu, las manos de Abdu. ¿Cuándo vas a hacerme una visita a mi cuarto, estudiante? Dos muertos. Y la llamada de Karim, que ella no vive allí, que se quede en casa de alguien. ¿Era sólo eso lo que pretendía Karim? ¿En casa de quién?

Y ante ella la idea descabellada de Jaime, aunque a lo mejor no tanto. Un hombre cargado de ideas, Jaime. Pero qué podía hacer ella ahora. Le dijo a Jaime que bueno.

Cruzaron la calle de la mano y al llegar al portal las separaron. La

mano de Mariam en su mano. Jugando a que sois pareja, había dicho Karim. Ella lo protegía y le daba la mano para cruzar. ¿Acaso él era un niño? Devuelves dinero que no es tuyo y te ves atrapado en una historia absurda de la que sólo se te ocurre salir dejando atrás dos muertos. El hecho inverosímil de haber sujetado una pistola entre sus manos. Yo no he disparado. Sonó otra sirena a lo lejos y pulsó el timbre de la tía de Inma.

—Hola, soy Jaime, me ha pedido Inma que venga a enseñar el apartamento. Ábreme y subo por la llave, por favor.

Salió del ascensor con el teléfono pegado a la cara, simulando una conversación con Inma, sí, ya estoy aquí, sí, un matrimonio extranjero, tienen buena pinta, para larga temporada, espera, te dejo que estoy ya en casa de tu tía. Un relámpago de desconfianza en los ojos de la tía de Inma, tal vez figuraciones suyas. Uno empieza matando y termina creyendo que lo miran mal. ¡Vaya ocurrencia! En el ascensor le dio un beso en la cara a Mariam y ella lo miró a través del espejo, muy seria. La piel suave. Las ganas de llorar de Jaime.

4

Uf, qué querría ahora su tía, se preguntó Inma al reconocer el número de ella en la pantalla del teléfono. Recordó a su madre cuando ella era niña, protestando porque telefonease su tía abuela, lo mismo. Papeles imprescindibles en esta película, roles que vamos ocupando cuando quienes los interpretaban dejan de hacerlo. Descolgó el teléfono mientras recogía la casa. Acababa de llegar. Jaime ya no vivía con ella. Jaime había constituido un período extraño, unos meses raros marcados por la temporalidad. Sabía que Jaime no era su hombre. Ningún hombre era su hombre. La media naranja es una mentira. Sólo hemos tenido una pareja que no nos ha abandonado ni nosotros a ella, la actual, si es que tenemos pareja actualmente. Conoces a una persona y piensas que tal vez funcione, y pruebas y sale o no sale. Pero con Jaime no había sido así, desde el principio supo que no saldría, y no le importó. La falta de planes y ataduras. Ver las películas acompañada, hablar. Había estado bien, un tiempo. Y el tiempo se había acabado. Para colmo de males la madre de su hijo era Elena.

Ella, Inma, no era mala. No le describió a Jaime aquella tarde maldita. Era buena y también se avergonzaba, la verdad. Elena con su mentira. Ella con la suya. Elena buscando padre para su hijo. Y Jaime fue el que picó, claro, el comodín. Se ofrece hombre joven, apuesto e inseguro, dócil, para lo que sea. Imbécil. Inma sorprendida de que

Elena no le hubiera contado a Jaime nada de aquella tarde, también avergonzada.

—Hola, tía.

—¿Qué tal todo?

—Bien, acabo de llegar del trabajo. ¿Y tú?

Mientras hablaba ponía orden en la cocina. Con la cabeza incómodamente inclinada hacia un lado, manteniendo el teléfono entre el hombro y el cuello, arrepintiéndose de haber atendido la llamada, sacó la bolsa de basura y colocó una nueva.

—Las piernas. El médico me aconseja que me opere las varices, dice que ahora lo hacen con láser, pero no me fío.

—Podrías bajar a la playa y andar por la orilla, es lo mejor para la circulación.

—Si ya lo hago, pero es que tengo las piernas que parecen un mapa mundi, plagadas de ríos negros.

—Pues te operas y ya está, yo te acompaño. Son operaciones que no necesitan ingreso. Duermes en tu casa la misma noche de la operación.

Enjuagó la taza que había usado en el desayuno y la metió en el lavavajillas. A partir de ahora una taza sola, una sola cuchara. El sofá enorme.

—Eso dice el médico.

—¿Te ha dado fecha?

Dejó la basura junto a la puerta de la calle, que no se le olvidase bajarla al contenedor, labor de la que hasta dos días antes se había ocupado Jaime. Jaime ya no estaba.

—Te crees que eso es coser y cantar. Me tiene que mandar al especialista. Y cuando me vea, a la lista de espera.

—No seas tonta, tú dile que sí. Se te van a quedar las piernas como las de —Inma buscó una actriz que su tía pudiera conocer— Brigitte Bardot.

—La que lio ésa en Torremolinos. Pero lo bueno de la Bardot no eran las piernas sino las tetas.

—¡Ay, tía!

—Es la pura verdad. ¿Tú nunca has pensado en operarte los pechos?

Se detuvo en seco y miró el teléfono, como si pudiese ver a su tía, comprobar que realmente había dicho eso.

—¿Qué les pasa a mis pechos?

—La gente se opera los pechos.

—Y también se pone dientes de oro y se tira de un puente sujeta con una cuerda. ¿Por eso lo tengo que hacer yo?

—No te enfades.

—Es que tienes unas cosas.

Entró en el dormitorio y se descalzó ayudándose con el pie contrario. La camiseta de Jaime debajo de su almohada. Era mejor así, haber roto, para qué seguir. Seguir carecía de sentido, un aplazamiento de lo inevitable. Pero no había estado tan mal. Cogió la camiseta y se la llevó a la cara. Olía a restos del perfume de ella. La arrugó y la llevó a la cocina. La tiró a la basura. En cuanto colgase su tía cogería la camiseta y la metería en la bolsa que había junto a la puerta, para no toparse con la camiseta cada vez que fuese a tirar algo a la basura esa noche, al día siguiente. Ella jugando con el hijo de Elena, qué disparate. Había sido lo mejor.

—¿Qué ha sido ese golpe?

—Nada, la tapa del cubo de basura.

—Qué susto. Desde que hay un asesino por ahí suelto apuñalando mujeres todo me da miedo. No es para menos.

—Lo han detenido.

—¿Al asesino?

—Sí, un alemán. Por lo visto había matado a otra en Alemania y había estado casi veinte años en la cárcel.

—Claro, y lo sueltan para que se venga aquí a seguir matando.

—Bueno, tía, te voy a dejar, quiero ducharme.

—Por cierto, una cosa…

—Mañana me lo cuentas, yo te llamo sin falta. Quiero darme una ducha.

He tenido un día muy intenso.

—Espera, dime sólo si al matrimonio ese le ha gustado el apartamento —el tono de la tía había cambiado.

Soltó la caja de cerillas con las que se disponía a encender el calentador del agua.

—¿Qué matrimonio?

—Al que le ha enseñado el apartamento Jaime.

—¿Jaime? ¿Cuándo?

—Esta tarde. Ha venido y me ha pedido la llave para enseñárselo a una pareja extranjera, eso me ha dicho. Cuando ha subido estaba hablando contigo por el móvil.

La tía hablaba despacio, distanciando una palabra de otra. Así que por eso la había llamado.

—¿Estás segura?

—Las piernas no me funcionan, pero la cabeza de momento sí.

—¿Te ha devuelto la llave?

—No, todavía no. A esta hora no creo que lo haga. Se la habrá

llevado. Inma, reina, tú sabías que Jaime iba a venir, ¿no?

—Si te llama para dejarte la llave, o para lo que sea, me avisas, sea la hora que sea.

—¿Sabías que iba a venir?

—No, tía, no lo sabía.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ducharme.

5

El apartamento de soltera de Inma no era el castillo de Jaime, pero suponía mejor refugio que la hamburguesería. La puerta cerrada tras ellos. El mundo. Un escondite. ¿Llamaría a Inma su tía? Mejor no pensar en eso. En caso de que así fuera le explicaría que al día siguiente podría ocupar un estudio en Torremolinos pero no tenía dónde quedarse esa noche. Que creyó que a ella no le importaría y que sí lo haría el que la llamase. No quiso seguir ocupándose de Inma.

—Aquí estamos más seguros, pero no puedo ofrecerte un menú infantil.

Mariam ante él, dándole la espalda, quieta, sin adentrarse en el apartamento.

—Pasamos la noche aquí y salimos temprano. Desayunamos en cualquier sitio y nos despedimos —añadió Jaime—. Dejamos de existir.

Jaime estudió la reacción de Mariam, en silencio, tal vez tomando conciencia de su papel, lo absurdo de encontrarse entre esas paredes con Jaime. Pasar la noche en el apartamento. Pero había incluido la despedida al día siguiente buscando relajarla, mostrarle un final. No quería quedarse solo con los muertos. Mariam apoyada en el quicio de la puerta, mirando hacia adentro, la penumbra, la esquina de la cama nido, la luz apagada.

—Descansaremos. Puedes echarte en la cama de arriba, yo lo haré en la de abajo —propuso Jaime tratando de mitigar cualquier miedo de ella que activase sus mecanismos de defensa, provocar que se marchase.

Decidió que si ella se iba él volvería por el coche y conduciría hasta su casa. El recuerdo repentino de Álvaro lo sacudió como un latigazo. Trató de apartar su imagen. Lo imaginó el domingo esperándolo, imposiblemente solo, ante el portal de la casa de Elena y él no llegaba. En la ensoñación no supo situarse a sí mismo.

Mariam se tumbó en la cama y Jaime sacó con dificultad la de abajo para sentarse en ella. No subió las patas y quedaron a diferente altura, rodeados de un silencio que parecía vibrar, de oscuridad. Si movía las manos sufriría una descarga eléctrica.

—No sé qué hago aquí, escondiéndome. Yo no tengo por qué ocultarme y llevo toda la vida haciéndolo —el susurro de Mariam se abrió paso a través de la oscuridad.

—Tú no sabes que estamos ocultándonos. Yo te he dicho que este apartamento es de una amiga y tú has venido porque somos pareja, estamos empezando a serlo —Jaime comenzaba a preparar el pasado.

—¿Dónde nos conocimos? —le gustó que Mariam entrase en el juego, en la coartada, tan fácilmente.

—En la facultad. Siempre me ha interesado esa carrera y fui a secretaría a preguntar. Coincidí contigo allí, en la cola que avanzaba despacio, empezamos a hablar. Nos tomamos un café en la cafetería. Tiene cafetería tu facultad, ¿no?

—Sí. Quedamos dos días después, también allí, ésta es la primera vez que quedamos fuera, para tomarnos una hamburguesa.

—Todavía no puede decirse que seamos pareja, entonces.

—¿Y me vengo contigo al apartamento de tu amiga?

—Bueno, estamos empezando, esto es el principio principio.

—Vamos rápido.

—No. Queríamos estar en un sitio tranquilo, para hablar, y el apartamento de mi amiga estaba justo enfrente de la hamburguesería.

—Eso no cuela. Ya nos hemos enrollado.

Jaime tragó saliva.

—Unos besos —la voz de ella constataba su presencia, ahí, a menos de un metro de él, que no se trataba de una historia que se estuviese contando a sí mismo para dormir.

—Sí, sólo unos besos. No nos hemos acostado —balbució Jaime.

—Se supone que hemos venido a acostarnos, pero no hemos hablado claramente del tema.

Permanecieron unos pocos minutos en silencio.

—No te puedes imaginar lo que me alegro de que nos hayamos besado.

Mariam se puso la mano en la boca para que su risa nerviosa no sonase fuerte. El efecto produjo que pareciese llanto.

—Yo también —consiguió decir Jaime.

Era el juego más hermoso al que había jugado nunca. Pero la bombilla de alarma continuaba encendida en su interior, abrasándolo, avisándolo de que se había adentrado demasiado no entendía bien dónde. No lograba eliminar la imagen de Álvaro esperándolo ante un portal que también fue el portal de Jaime. Álvaro mirando a los lados,

su padre que no aparecía.

—Yo he estado en Tánger —se oyó decir huyendo de la imagen.

—¿Eso es lo que hablamos el primer día en secretaría?

—Sí. Me gusta Marruecos pero sólo conozco Tánger.

—¿Fuiste con tu hijo?

—Nunca he viajado con mi hijo. El domingo…

—El domingo todo esto quedará lejos y lo pasarás bien con tu hijo

¿Y yo?, se preguntó Mariam ¿Qué será de mí? Karim había dicho que en la casa vivía él con su padre y su madre.

—Te pregunté palabras en árabe y te reíste de mi pronunciación.

Agradeció profundamente que Mariam volviese a su hijo, pero el juego era divertido y no quiso quedarse dolorosamente en Álvaro, solo, esperándolo y él no aparecía.

—Me preguntaste cómo se decía perro y te dije *kilb*.

—*Kilb*.

—Sí, *kilb*.

—Y cómo se decía tienes los ojos más bonitos que he visto nunca.

Mariam no dijo nada.

—Y te quedaste callada.

Ella dejó escapar una risa corta que a Jaime le pareció triste. La oscuridad ya era total.

—También quise saber cómo se decía me gusta tu boca, tu manera de vestir, tu voz ronca.

—Jaime, ¿de dónde has salido tú?

6

El padre pasando cuentas del rosario en la esquina del salón, ante la televisión apagada. Las persianas casi bajadas del todo. Haces de luz encendiendo sus manos, las cuentas gastadas. La madre en la cocina, ante dos cacerolas que vertían hilos espumosos de agua. Al otro lado del tabique donde apoyaba la cabeza su padre, Karim evocaba a Mariam. Mariam con el hombre que le devolvió la fianza de un alquiler. Ni él, Karim, había sido quien pretendía alquilar el apartamento ni Jaime era el propietario. Mariam con Jaime y él sentado en el suelo de su cuarto. No le gustaba el policía, con sus preguntas. No le gustaba Jaime, ya no. Haberlo matado. En su momento, en la casa de Ismael. Ismael, un nombre. Quiso dirigir la culpa hacia Mariam pero no pudo. Si se hubiese quedado en Marruecos. Pero todo se debía a la ambición de Abdu. Tú no te metas,

enano, le dijo, moro. Abdu lo llamó moro. No lo entendía. ¿Había pretendido insultarlo? ¿Por qué emplear entonces una palabra que también lo incluía a él? Como los negros de las películas americanas, llamándose *niggers*, era igual pero no era igual. Su hermano lo había usado como un insulto. Que él no se metiera. ¿Todo se debía a que Abdu lo hubiese llamado moro? Y la bolsa.

Los golpes. Karim salió al pasillo y encontró a su hermano ante la puerta cerrada del cuarto de baño. Ábreme, estudiante, escuchó. La voz de Mariam entre el chorro de agua: te lo ruego.

—Déjala —a Karim lo sorprendieron sus propias palabras.

Ojalá ella estuviese escuchando, ojalá distinguiese su voz de la de Abdu y se percatase de que hacía frente a su hermano. Sólo por eso lo hacía. Qué es un héroe sin nadie que constate la heroicidad.El furor en sus ojos. Que él no se metiera, enano, y Karim allí quieto, parado ante la montaña que era su hermano. La mano de Abdu desasiendo el pomo de la puerta del baño. Un golpe inesperado con la mano izquierda, abierta, y la cabeza de Karim golpeándose contra la pared. Se cubrió la cara con el antebrazo, esperaba el puño de Abdu pero al otro lado de él, ahora dándole la espalda, apareció el padre.

—Dije que nunca más —dijo.

—Es ella, todo el día provocándome, es una puta —gritó Abdu.

—Andas presumiendo de tu dinero. Si tienes tanto, si no acatas las normas de esta casa, vete de aquí.

Y Abdu se volvió para mirar a su hermano y movió los labios para que Karim leyese la palabra moro, otra vez, y el odio de su mirada. El agua no caía al otro lado de la puerta pero Mariam no se atrevió a salir.

Ahora, sentado en el suelo de su cuarto, tremendamente fatigado, revivió el momento. No sabía si Mariam supo de su presencia allí, si escuchó que él ordenó a Abdu que la dejara. La herida en la cabeza. Ahora él permanecía allí sentado, nervioso, imaginando que el policía subía para detenerle, su padre viéndolo esposado, y Mariam con Jaime. (Si le ocurría algo, si lo detenían, le pediría a Mohamed que matase a Jaime.) El cuerpo desnudo de Mariam en la ducha, lo que daría por verla desnuda, aunque no pudiese tocarla, que se duchase y le dejase presenciar cómo se enjabonaba el cuerpo. Mariam con Jaime. Jaime con la pistola que lo convertía en asesino. La bolsa.

Si el policía subiese a la casa. En comisaría explicaría todo. Jaime disparando. ¿Dónde estaba ahora la pistola? Desmontarla y tirar cada pieza en un contenedor de un barrio diferente. Para eso debería recuperar la pistola, caminar por la calle con la pistola y que apareciese el policía y le preguntase qué llevaba ahí, moro. Moro. Moro. Moro. Su hermano lo había llamado moro y él le preguntó por

qué y Abdu se rio. La risa de Abdu. Abdu jugando a ser gánster y mira cómo terminan los gánsteres. La pistola de Abdu. Jaime era el primer interesado en que la pistola desapareciese. Pero qué hace un hombre como Jaime con una pistola. Un hombre como él mismo. Él era un hombre.

¿Qué se hace con una pistola? ¿La trituradora del camión de basura puede hacer pedazos una pistola? Buscaría en Internet cuál es la parte de la pistola que habla, la que deja la marca en la bala convirtiéndola en única, si hay alguna manera de desmontar el percutor y que éste fuese una pieza pequeña y meterla en el cubo de la basura, así de fácil. Pero no. Para ello debería caminar de nuevo con la pistola encima. Quedar con Jaime. A lo mejor lo vigilaban. El policía ese. Mejor dejar que todo siguiera su curso. Que esa historia hubiera terminado y que Mariam hiciera lo que le diese la gana. A Mariam, que le había pedido que no viniese a dormir y ahora se inquietaba por su tardanza.

Se levantó y entró en el salón. Cuando su padre indicó que podía hablar le anunció que Mariam se había quedado a estudiar en casa de una compañera. El padre tardó en volver la cabeza hacia él. Karim supo que su discurso lo había elaborado antes de que él entrase en el salón, el resultado de una preocupación que le había impedido registrar las palabras emitidas por Karim.

—Ella tiene que irse —dijo con su tono profético, el que empleaba en la mezquita y que a Karim le parecía impostado—. Expulsé de mi casa a mi primogénito a causa de ella y ahora mi hijo está muerto. Ella tiene que irse.

Entonces Karim no había mentido al policía. Sonrió.

7

Los pies sobre la mesa y las manos entrelazadas en la nuca. La silla sostenida sobre las dos patas de atrás. Los labios apretados. El inspector jefe, de pie, contempló a Isidro, intuyó que pensaba, que ya había pensado, que procesaba una conclusión. Lo fastidió que el subinspector la hubiese alcanzado. Depende del día, de cómo lo pille, a veces le divierte la falsa apatía de Isidro. Hoy siente que las conclusiones deben seguir un orden jerárquico, le molesta que lo que se le haya ocurrido a Isidro no lo hubiese precisado antes él. Una patada seca a las patas traseras e Isidro iría al suelo. En la mesa algunos papeles colocados de cualquier manera. Tres casquillos de

bala junto a su pie derecho.

—Podías quitar los pies de ahí y trabajar un rato.

—¿Sabes qué?

—Cuidado con lo que vayas a decir, como sea una bordería te la tragas —soltó el inspector jefe, aunque suponía que no lo era, que iba a exponer la conclusión, así, delante de quien hubiese en las mesas de alrededor, sin decir primero mire, inspector, vamos un momento al despacho.

Marcas de sudor en la camisa. Sin sobaquera donde guardar una pistola que seguramente no llevaba.

—Es incómodo llevarla, pesa —había respondido una vez cuando un oficial de los que le reían la gracia le preguntó por qué no portaba arma.

Pero sí la llevaba, cuando salía de paisano lo hacía. Él se ocupó de que así fuera. Ahora él de pie, mirándolo como si fuera Isidro el jefe. La mesa desordenada, las zapatillas de deporte, feas, caras, de triatleta. Sabía que los agentes admiraban sus cualidades deportivas. Unos se van de barbacoa con los amigos, él, a aumentar tripa; Isidro a correr triatlones. A lesionarse cada dos meses y medio por entrenar para los triatlones.

—¿Te acuerdas del muerto? —preguntó Isidro.

No pretendía burlarse, era su forma de contar.

—¿A qué muerto te refieres? —pero sabía de quién hablaba.

—El moro.

—¿Ha resucitado?

—No, qué va. Lo mataron con unas balas muy pero que muy efectivas.

¿Adónde quería llegar? Se fijó en las tres vainas junto a su pie derecho, seguramente los casquillos de esa misma tarde.

—¿Balas de matar elefantes?

—No, balas de matar gente.

—Gente.

—Sí, gente, un conjunto de personas: una y otra y otra.

—Eso son tres.

—Tres.

—¿El moro y…?

—Los dos muertos calentitos.

—¿Ismael no sé qué y el amigo de Ismael no sé qué?

—Muertos por las mismas balas muy pero que muy efectivas.

—¡Quita los pies de la mesa y entra en mi despacho, coño!

—Si me llama alguien, que estoy en el despacho del jefe —comentó Isidro en voz baja; de una de las mesas salió una única

carcajada.

Entraron en la sala de reuniones, que el inspector se empeñaba en llamar su despacho, pues éste en realidad consistía en una estancia claustrofóbica que el inspector evitaba, con una mesa y dos muebles que ocupaban casi todo el espacio y dos sillas al otro lado de la mesa que había que apartar para cerrar la puerta, algo que nunca hacía, provocando que lo que hablase en esa habitación pudiera oírse en toda la sala. Por eso el inspector jefe solía recluirse en la sala de reuniones.

—Las mismas balas —retomó el inspector la conversación, tras cerrar la puerta.

—Muy pero que muy efectivas.

—Entonces Ismael no mató al hijo del imán.

—Yo diría que no.

Al inspector jefe le daba la impresión de que Isidro lo trataba como si fuese un agente en prácticas y le entraron ganas de hacer un informe negativo y solicitarle un traslado, pero el descubrimiento era sorprendente y ese don extraño de Isidro para resolver casos, unido a su falta de entusiasmo para usarlo en su propio beneficio, hacía que el inspector jefe pudiese apropiarse de parte del éxito. Al mismo tiempo, avanzar sin resolver del todo significaba perderse más de la cuenta, no interesaba que se descubriesen esos avances si no llevaban a ningún lado.

—Mañana, entonces, te ahorras el madrugón para esperar a tu amigo Jaime a la entrada del trabajo —ordenó el inspector jefe.

—¿Por?

—Porque no creo que Ismael no sé qué se presente.

Isidro puso cara de que eso no cambiaba las cosas.

—¿Y el hermano del muerto? Del primero, el moro que le birló a alguien sesenta mil euros que nadie sabe dónde cojones están —quiso saber el inspector jefe.

Era así, lo que parecía, no tenía ni idea y debía preguntarle a Isidro. Al menos ahora nadie los escuchaba.

—La hipótesis de tú matas a mi hermano y yo te mato para vengarlo se nos desinfla.

—El que mató a su hermano es el mismo que ha matado a los dos muertos calentitos.

Isidro no añadió nada. Su frase había sonado estúpida y entonces Isidro no se molestaba en pronunciar una palabra.

—¿Cómo lo has visto? A… a… ¿cómo coño se llama? —preguntó el inspector.

—Karim. Lo he visto demasiado correcto. A la defensiva. Decía venir de la mezquita de gritar Alá es grande y de darse cabezazos

contra el suelo. No se lo cree ni él.

—¿Y a Jaime?

—Demasiado ingenuo.

—¿Sabemos algo de lo que ha estado haciendo el demasiado ingenuo esta tarde?

—Habrá estado haciendo seis mil fotocopias de un billete de diez euros.

—¿Crees que es tan tonto como parece?

—No, no lo creo, jefe.

Demasiado ingenuo, repitió en su mente Isidro, pero se llevó a Elena. Habían quedado para una cena con más gente y él no fue. Luego, una lesión. Consiguió su dirección y compró flores. Nunca antes había comprado flores. Pidió un ramo y no supo precisar de qué flores. Aparcó en su calle. El ramo en el asiento del copiloto y buscó el número en su móvil. Iba a marcar, disculparse, explicarle que aquella tarde se le complicó, cuando había prometido ir a cenar, luego la lesión, no se decidía, pasaban los minutos, mirando fijamente el portal, mareado por el aroma dulzón de las flores. Entonces se abrió la puerta y salió ella. En su cintura la mano del hombre que reconoció en el cementerio. Jaime. Cuando se alejaron bajó del coche y dejó el ramo en el suelo, junto al portal. Mierda.

8

A Inma la angustiaba pasar la noche sola. Cualquier sonido, la polea del ascensor, el desgarro de la sirena de una ambulancia, la sumía en unos segundos de pánico. La persona que había aliviado sus miedos los últimos meses causaba ahora su desasosiego. ¿Qué había ido a hacer Jaime a Torremolinos? Configuró un inventario mental de los posibles objetos de valor del apartamento y supo que se equivocaba. ¿Jaime robar? Claro que no. Pero antes de la llamada de su tía, si alguien hubiese planteado «¿Jaime pedir la llave del apartamento ahora que hemos terminado?», claro que no, habría zanjado la duda. Sin embargo lo había hecho. ¿Por qué? Un refugio donde pasar la noche, tal vez. Había encontrado un piso pero no podría instalarse de inmediato, aunque en ese caso habría elegido un hotel, la casa de algún amigo. ¿De qué amigo? ¿Creería acaso que su tía no la iba a telefonear? ¿No le importaba? O todo respondía al deseo de que así sucediese, su tía dándole el esperado parte. La llave no se la había devuelto. ¿Continuaría dentro aún? Pasar la noche. No le había

advertido a su tía de que no le abriese la puerta si aparecía de nuevo. ¿O sí la había avisado? No, le pidió que la llamase si volvía, pero su tía no era tonta. ¿Acaso era peligroso Jaime?

¿Por qué llamar la atención de su tía pretendiendo que contactase con él si podría simplemente haberla llamado? ¿Era eso, pretendía llamar la atención, provocar que ella se pusiese en contacto con él de esa manera? A lo mejor estaba borracho. Mañana llamaría soliviantado, perdón, Inma, no volverá a pasar.

Sonó la puerta de otra vivienda y corrió a cerrar con llave la suya. Podía haber realizado una copia de la llave. Colocó una silla inclinada, encajada entre el suelo y la puerta. Apartó la bolsa de basura que no bajaría. Resultaba absurdo temer a Jaime, el hombre tranquilo al que había visto llorar regresando de dejar a su hijo con la madre, recordando a su perro muerto. Pero el hombre tranquilo que lloraba había restregado una mierda de su perro por la cara del conductor que lo había atropellado.

Se sentía confundida. Con miedo. Culpable. Los últimos días, las últimas semanas, habían reflejado una deriva que los había arrastrado a un remolino, círculos concéntricos girando vertiginosamente y ellos dos acercándose al ojo del remolino, finalmente tragados. Ella lo presintió y sin embargo se dejó arrastrar, la relación se hundiría por sí misma, así había sucedido. Volverían a la superficie, escupidos, cada uno por su lado. Así había ocurrido. Así sucedió otras veces (no con Andrés, pero ésa era otra historia y no estaba dispuesta a sumar el dolor y el resentimiento antiguos con aquella extrañeza, aquel miedo). Todo había terminado porque sí, sin causas exteriores que acelerasen nada. No había otra mujer, suponía, estaba segura, no había otro hombre. Aj, otro hombre. Y entonces llamaron para ver el piso de Torremolinos y apareció el chulo aquel. Demasiado rechazo. ¿Eso era racismo? Decidió no alquilarle el apartamento, pero lo hizo, la obligó, no necesitó usar la fuerza pero la forzó, ella se sintió forzada, intimidada hasta límites insospechados, la conciencia de su atractivo que tantas veces le habría funcionado, un tipo duro de pacotilla, la sonrisa tan blanca, los músculos, la pose de chulo barato ideal para el desarrollo de fantasías sexuales, eso era, la encarnación de una fantasía, y contó los billetes que le tendía ese hombre guapísimo, desagradable, primario, en el pasillo del apartamento. Más tarde deseó su muerte, infantilmente, como habría hecho el inmaduro de Jaime, una manera de borrarlo de su futuro, no tener que rendir cuentas con él como inquilino, verlo dos o tres días después para firmar el contrato. Esa atractiva sonrisa repelente.

Aquel día Jaime bajó a la casa de su tía para devolverle la llave (mientras lo recordaba, Inma dio un manotazo a la estantería, tres libros cayeron al suelo, abiertos) y ella acompañó al inquilino al

garaje (se llevó las manos a la cara y contuvo las ganas de arañarse), de repente no estaba el hermano, más tarde lo verían en el portal, esperando. ¿Se había ido a propósito, se lo había pedido su hermano mayor, machote superhombre, sometedor de razas claras? ¿Eso era racismo inverso? Bajar en el ascensor, formular un par de bromas ocurrentes que seguramente soltaba cada vez que tenía ocasión, asomarse al garaje y observar el lugar que señalaba Inma, sonriéndole sin querer, atraída a su pesar, mientras señalaba la esquina donde podría aparcar el coche.

—¿Cuál? —ningún asomo de acento árabe en su voz.

—El del rincón —respondió Inma.

—El pilar deja poco espacio, intentaré no golpearlo con el coche para no derrumbar todo el edificio —Inma no entendió la broma pero se rio.

Él la besó. De repente. No inesperadamente porque Inma sabía que lo iba a hacer. Pero de repente la boca de la sonrisa perpetua sobre su boca. Supo lo que estaba pasando y que debía colocar las manos entre ellos, empujar, apartarlo, pero no lo hizo. No lo hizo durante dos, tres segundos, parece poco tiempo pero es mucho. No dejó que la besase de nuevo pero fue consciente de que se había entregado al beso, que odiaba que la hubiese forzado pero que le había gustado. Él la tomó del antebrazo y ella dio un tirón y entró en el ascensor. Él sujetó la puerta para que no se cerrase y entró, sonriendo.

—Me gusta la casa —dijo.

Como si no hubiese ocurrido nada. Inma acercó la cara al espejo, buscó cualquier marca, pensó en Jaime, que apareció al otro lado del ascensor, sonriendo también, y sintió ternura. Había besado a otro hombre. Se había dejado besar. ¿Era eso lo mismo? Habían entrado en el remolino, y el agua resultaba demasiado sucia, un remolino de vómito. No era nada pero sí era. Jaime sonriendo. Se simultaneaban las ganas de abrazarlo y de pegarle, a Jaime. Recordó las paranoias de Jaime sobre la humillación. ¿Eso era ser humillado? Si no lo sabes, ¿también te he humillado?, se preguntó Inma conduciendo de vuelta, Jaime a su lado, habiéndose dejado besar, habiendo sido violentada y le había gustado, si eso era gustar, y deseó con todas sus fuerzas que se muriese ese hombre que la había besado, para borrar así su culpa y cualquier posibilidad mínima de que Jaime se enterase, tan celoso de su dignidad y con ese dios vengativo que él se empeñaba en llamar protector, un dios sin nada mejor que hacer que ir cargándose a quienes se burlasen de Jaime, vaya dios, a lo mejor su perro amorfo, compensando su fealdad con un puesto entre los dioses. Decidió dejar a Jaime, iba a dejarlo: lo que había ocurrido era la succión definitiva del remolino.

9

Karim interpretó la constante necesidad de su hermano por mostrarse fuerte como reflejo de su debilidad, de sus complejos. Necesitaba testigos de sus hazañas. Lo que nadie ha visto no existe. Por eso le había propuesto que lo acompañase a ver un apartamento que pretendía alquilar, supuso Karim. Como si no hubiera ocurrido nada. Incluso el remate a la agresión. Expulsado de la casa paterna en un episodio que parecía salido del libro de algún profeta. Lo había llamado moro y ahora le pedía que lo acompañase. Lo había golpeado. ¿Era ésa su manera de disculparse? Quiso averiguar si alguna vez había estado con Mariam, suponía que no, pero quién sabía. Mariam desnuda. Si le había pedido que abriese la puerta del baño, estudiante la llamó, podía deberse a que alguna vez ella le había permitido entrar. Pero Mariam se había negado, te lo ruego, dijo; seguramente nunca lo había permitido. No era fácil coincidir con ella en la casa sin nadie más, la madre no salía. Pero la madre podría no enterarse, hacer que no se enteraba si Abdu iba al cuarto de ella. ¿No habría dicho nada Mariam? ¿Ni siquiera a él? Mariam terminaría la carrera y buscaría un trabajo, se iría. Karim la había salvado. ¿Lo habría escuchado detener a su hermano ante la puerta del cuarto de baño? El cuerpo desnudo de Mariam. Mariam lo veía a él como a un hermano, un niño. Pero él no era un niño. También Abdu lo veía así. Ahora el padre expulsaba al hijo de la casa, pero el hijo parecía contento con la idea. Tendría que pagar un alquiler. Karim sabía que trapicheaba, que andaba metido en algo más grande de lo normal, Abdu se encargaba de darle pistas, creyendo agrandar su sombra, jugando a ser gánster pero a ser gánster no se juega. Su debilidad. Él sería un niño, para ellos, pero al menos sabía eso.

Por el camino Abdu sacó del bolsillo una piedra de hachís del tamaño de una pelota de ping-pong, se la ofreció a Karim, invita a tu gente, ese puñado de pirados, dijo, te ofrezco la pipa de la paz, enano, pero Karim la rechazó, sin sacar las manos de los bolsillos, sin mirarlo, y Abdu se la guardó de nuevo y lanzó hacia arriba una exagerada risa ronca como hacían los negros en la plaza, la cabeza girada hacia el cielo, como intentando evitar que la risa golpease a los que estuviesen a su alrededor.

—Te voy a enseñar una cosa que vas a alucinar, enano.

Vieron el apartamento y Abdu le dio la señal a la propietaria. Las bromas, la versión del Abdu triunfador. La sonrisa y los músculos. Él se salió del apartamento para esperarlo fuera, no soportaba el espectáculo del hombre hecho a sí mismo, salí de la nada y ahora tengo mi propia casa. Lo había llamado moro y ahora lo invitaba a

presenciar una obra de teatro, el alquiler, en la que provocaba la risa de la dueña de un apartamento en presencia de su marido. Y la piedra de hachís. Su hermano cruzando las calles con varios gramos de chocolate en el bolsillo, el estúpido, el gánster. Ahora volvían juntos a la casa, pensaba Karim, pero lo sorprendía con que le iba a enseñar algo, el espectáculo continuaba.

Fueron al gimnasio. Detrás del mostrador, agachado, un marroquí viejo preparaba té en una hornilla, un cigarro apagado en la boca. Saludó a Abdu y éste no respondió. Se escuchaban los golpes de los guantes contra los sacos, el grito de un entrenador, órdenes siempre acompañadas de maldiciones. Un olor a rancio impregnándolo todo. En el vestuario, vacío, un banco de madera volcado, manchas de humedad en las paredes desconchadas, Abdu abrió su taquilla. Una toalla; bajo ella, los guantes. Una sudadera, dos rollos de venda, una bolsa de deporte pequeña y vieja que Karim no le había visto nunca. ¿Por qué no pintaban las paredes? Dudó Abdu, lo miró, separó los labios pero no llegó a pronunciar nada. Cerró la taquilla de un portazo, se aseguró de que la había cerrado bien, y salieron. La bolsa de deporte. Ahí se encontraba. Una taquilla que cualquiera podría abrir de una patada. ¡Qué enano ni enano! Así que moro.

—Te he enseñado un tesoro —comentó, enigmático, Abdu.

Al día siguiente, en el entierro, confirmó la cantidad exacta que escondía la bolsa de deportes, cuando Ismael lo amenazó y le habló del dinero que no le había devuelto su hermano. Sesenta mil euros.

Rodearon el gimnasio y atravesaron un callejón estrecho, charcos y bolsas de plástico negro, pintadas en los muros. Mareado, deslumbrado por la claridad excesiva, espantosa, Karim sintió que los edificios que daban al pasaje se combaban. Una golondrina cruzó supersónica en sentido contrario, Karim podría haber seguido su vuelo, una sobredosis de realidad. Sacó la pistola y dijo el nombre de su hermano que caminaba ante él. El miedo y la ira a partes iguales. La pistola de su hermano en la mano. Temblando por lo que se disponía a hacer y por si no se atrevía a hacerlo, ambas opciones deseadas con la misma violencia. Sin esperar a que terminara de volverse le disparó dos veces y siguió andando, escondiendo la pistola entre los pantalones y la camisa, ahogándose pero sin apretar el ritmo, sin detenerse, alejándose, recorriendo medio Torremolinos para llegar a su casa por el camino más largo, deseando toparse con un cuerpo al que golpear, uno de esos sacos del gimnasio a los que su hermano nunca más lanzaría un crochet. Subió las escaleras y quiso abrir la puerta de un disparo a la cerradura pero sacó la llave, encerrándose en su cuarto, sin aire, exhausto, esperando la llamada.

—¿Es usted familiar de Abdullah el Kebir? Ha aparecido muerto.

Escondiendo la pistola donde su hermano le había mostrado que la

escondía, el idiota, el gánster triunfador, tirado en una calle, para siempre. ¿Quién era el moro? ¿Un tesoro que iba a alucinar? ¡Toma tesoro, toma alucine! Tirado en una calle. La sangre disolviéndose en el agua sucia de los charcos.

10

—¿Cómo se decía perro?

—*Kilb*. ¿Tienes perro?

—No, tuve uno, pero lo atropelló un coche.

De nuevo se quedaron callados. Mariam también sintió miedo al silencio que los había atrapado otra vez. A todo. Los dos muertos sobrevolándolos.

Sonó el ruido de otra sirena y ambos aguantaron la respiración. La sirena alejándose.

—¿Subes? —la voz ronca de Mariam.

Jaime tardó en levantarse y tenderse junto a ella, como si ella durmiese y cualquier movimiento pudiese despertarla, acomodándose con extremo cuidado, los dos boca arriba.

—Yo no los he matado —susurró.

—No digas nada, Jaime, eso fue hace mucho tiempo. Nosotros no estábamos.

La pierna derecha de él y la izquierda de ella juntas, los antebrazos. Callados. Parte de la iluminación de la noche colándose a través de las rendijas de la persiana

—Estábamos en una hamburguesería.

—Sí, la primera vez que nos veíamos fuera de la universidad.

—Me encantaría estar en tu clase.

—Matricúlate y estudiamos juntos.

—¿En la biblioteca?

—O en tu castillo. Son los pasos del perfecto romántico: primero a una hamburguesería, luego a un castillo.

Tras unos minutos callada, Mariam rompió de nuevo el silencio:

—Yo no puedo volver a casa de Karim.

—Sólo he dormido una noche en mi castillo. ¿Quieres venirte mañana conmigo? Es pequeño pero grande.

Ella realizó un movimiento brusco con la cabeza, como si hubiese estado a punto de mirarle y se hubiese arrepentido en el último momento, como si hubiese querido buscar en su mirada la

confirmación de que la propuesta iba en serio.

—¿Pequeño pero grande?

—Sí.

La mano de ella a unos centímetros de la suya. Tumbados juntos en la cama y no se atrevía a cogérsela. Al salir de la hamburguesería, cuando cruzaron la calle, ella cogió la de él. ¿Por qué no volvía a tomársela? Tragó saliva. Dos hombres muertos y él acostado junto a la mujer más guapa que había visto nunca, en el piso de soltera de Inma, Inma soltera, Inma sin él y él matando gente, pero él no había disparado. Conociendo mujeres, mujer, huyendo desesperadamente. ¿De qué? Había actuado con una inconsciencia brutal. Así había sido siempre. La tía de Inma avisaría a Inma. Inma lo llamaría a él, pero no lo había llamado. A lo mejor la tía se había creído la historia. Decidió que si la policía lo detenía no delataría a Karim para proteger así a Mariam. Álvaro mirando a los lados, abrazando con su fuerza diminuta el muñeco que sostenía.

Mariam apretó su mano.

—No pienses.

Jaime la miró, la cabeza de Mariam vuelta hacia él, las bocas juntas, pero no se besaron.

—Sólo he dormido una noche en mi casa, pero ya es mi casa. Nadie sabe que vivo allí. No lo digo por la policía, pero me gusta esa idea, un lugar único y oculto. Es pequeño, pero muy luminoso, alegre, la cocina abierta. Lo vendo bien, ¿eh? —respiró hondo—. Vente mañana conmigo. Te vienes. Dices que no puedes volver a casa de Karim. Puedes quedarte un día en mi casa, tres, mientras encuentras apartamento. Cada uno hará su vida. Tú a tus estudios y yo a mi trabajo. Por la noche vemos alguna película. ¿Te gusta ver películas? Tiene que haber algún videoclub cerca. O una semana, si no tienes donde ir.

—Esto es el futuro —susurró ella sin soltarle la mano.

11

Inma se sentó en el sofá todavía con la ropa de la calle. Lo primero que hacía siempre era cambiarse, ponerse algo cómodo, unos vaqueros viejos y una camiseta amplia, el chándal, pero aún seguía con el vestido de esa mañana. Bebió un trago directamente de la botella de cerveza que había abierto, algo que tampoco hacía nunca. Tomó el teléfono. Marcó un número que conocía desde niña pero que jamás

había usado.

—Policía, dígame.

—Buenas noches. Verá —carraspeó—, vivo en Málaga, pero tengo un apartamento en Torremolinos que normalmente alquilo, aunque ahora está vacío. Mi tía vive en el mismo edificio —¿estaría escuchándola ese hombre que no correspondía con un sí, de acuerdo, vale, continúe?, ¿estaría entendiéndola?— y guarda una llave que le pido cuando voy a enseñar el apartamento. Me ha llamado para avisarme de que mi… mi expareja, ella, mi tía, no sabía que ya no estamos juntos, que mi expareja ha ido esta tarde y le ha pedido la llave, supuestamente para enseñar el apartamento a un posible inquilino.

Hubo un silencio y temió tener que repetir varias veces lo que había dicho. Que dijese un momento y le pasasen con otra persona. Iba a colgar.

—¿A nombre de quién está el apartamento?

—Al mío. Es mío, sólo mío.

—¿Piensa que él pueda estar dentro ahora mismo?

—Sé que no le ha devuelto la llave, pero desconozco sus intenciones. No hay nada de valor, nada que pueda interesarle, creo. Puede que sólo pretenda pasar la noche. No ha tenido nunca ningún comportamiento fuera de lo normal.

—¿Hace mucho que han dejado su relación?

—No, nada, ayer como quien dice. Pero de mutuo acuerdo. Bueno, yo lo he propuesto pero él ha estado de acuerdo, es un hombre tranquilo.

—Vamos a mandar un coche patrulla, dígame un teléfono de contacto y su nombre, por favor. ¿La ha amenazado en alguna ocasión?

—No, nunca. Es un hombre tranquilo.

—No se preocupe, mandamos un coche patrulla y vemos. Dígame su nombre y un teléfono, por favor.

12

Un hombre no mata a su hermano, un argumento irrefutable. Más que aprendido, un fundamento traído a este mundo al nacer, por todos, esa frase, esa mentira que lo protegía. Karim sentado en el suelo de su dormitorio, a oscuras. El perfil del ventilador parecía alguien mirándolo, el fantasma de su hermano, el policía. El ventilador no

escondía la pistola que guardaba Jaime. Jaime con Mariam. Los muertos y el dinero. Mariam desnuda junto a su hermano, Abdu empujando la puerta del cuarto de baño y ella enjabonándose, el cuerpo de Mariam. Nunca más la vería. Repudiada, debía abandonar el paraíso, pero esa casa era el infierno.

Se desviaba, no conseguía hilvanar su discurso sin torcerse. Metería las cosas de Mariam en una bolsa y le pediría que viniese a recogerlas cuando no hubiese nadie en la casa.

Un hombre no mata a su hermano y por eso nadie sospecharía de él, pero un hombre sí mata al asesino de su hermano, y por eso el policía con sus preguntas, queriendo invitarlo a un café, haberlo llevado a la cafetería del bingo, él tomando café con el policía y Mohamed en otra mesa, partiéndose el culo de risa, eso es lo que habría hecho su hermano, tirado entre los charcos. Venía bien el papel de musulmán ortodoxo, la paz y el amor. Su padre era el imán, su viejo había expulsado a su hijo de la casa y ahora considera que de no haberlo echado continuaría con vida.

Punto. Le habían colocado unos obstáculos en su vida, él se había limitado a apartarlos. Ismael compartía perfil con su hermano, Ismael podría haber matado a Abdu y ahora moría, un ajuste de cuentas. ¿Habría visto Abdu a Mariam desnuda?

Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de ella, no la dejó hablar, prefería no escucharla, sólo transmitirle el recado, la orden, añadiendo algo del policía, meterle miedo, alejarla. Respiró hondo y pulsó la tecla de llamada.

—Mariam, escucha, escucha bien. El viejo pide que te vayas, entiéndelo, su hijo ha muerto y te culpa, es normal, compréndelo, su dolor. Quiere que te vayas. Para siempre. Es lo mejor. Había un policía y quería saber quién vivía aquí y no he hablado de ti, así que mejor que nadie te relacione con esta casa, conmigo, Mariam —corrigió el deseo de enternecerse y cambiar su discurso; ¿proponerle que escapasen juntos?—. Por favor, borra de tu teléfono mi número y mis llamadas. Dile a Jaime que haga lo mismo. Que esconda la pistola donde nadie pueda encontrarla, jamás. Que se deshaga de ella. Voy a meter ahora mismo tus cosas en una maleta y la dejo en la entrada, ven mañana y te la llevas, sin entrar, deja la llave en el mueble junto a la puerta. Si te cruzas con alguien di que vas al tercero, a casa de Arturo y Malika.

Colgó. Mariam en la ducha, desnuda, desnuda del todo. Su hermano golpeándolo, queriendo entrar, su padre expulsándolo con esa voz ensayada y el dedo acusador. Su padre, nacido para profeta, se había quedado en rey de la esquina del sofá de escay de un piso oscuro de Torremolinos. Empezar de cero. De cero no, contaba con la bolsa. Frente a él, aunque la falta de luz le impidiera situarla, entre las

mantas.

—Los guantes de mi hermano —explicó en el gimnasio—, me los pide el viejo. Abdu.

—Voy a enseñarte algo que vas a alucinar, enano —resonó la voz de Abdu.

Y tú qué, en el suelo de un callejón.

13

Apoyados en la pared, un pie sobre ella, la espalda, como si sujetasen el muro, un grupo de marroquíes fumaba junto a la puerta de la sala de juegos. Cada uno a lo suyo, ausentes en su propia desgana. Las campanas y fresas del luminoso se le antojaron a Isidro anuncios navideños. Isidro calculó con pereza el tiempo que quedaba hasta Navidad. Se adentró en el pasaje y tardó en localizar la mezquita en uno de los bajos. Un hombre, de espaldas, trajinaba con papeles al otro lado de una mesa. Isidro masculló buenas tardes y se dispuso a atravesar la segunda puerta.

—Perdone, el acceso no está autorizado a los no musulmanes —señaló con amable firmeza el hombre.

—¿Y cómo sabe que yo no soy musulmán?

—Bueno, los policías españoles no suelen serlo —sonrió.

—¿Policía? —Isidro lo observaba.

—¿No?

—Es usted muy listo —el otro se puso serio, desconfió, temió.

—No pretendo ofenderlo.

—No lo hace. Tiene razón, soy policía. Y como usted es muy listo, con una gran capacidad de observación, quería hacerle una pregunta.

—Ojalá pueda responderle, dígame.

A la defensiva, muy echados para adelante, pero ven una vieja cagando y se asustan, pensó Isidro.

—¿Conoce a Karim? —frunció el ceño tratando de recordar, no parecía hacerlo—. ¿No?, el hijo del imán —percibió que ya sabía de quién hablaba.

—¿Karim? ¿No se llama Abdullah, el hijo que ha muerto?

—Pregunto por el vivo, Karim, el menor. ¿Lo conoce?

—Nos pasa como a ustedes, los cristianos, no somos capaces de traer a los jóvenes a rezar, sólo viejos —rio el hombre.

—No suele pasar por aquí.

—Bueno, no a diario. Tal vez algún viernes. Entran en grupo y no se detienen a charlar conmigo, no estoy seguro.

—El viernes es el día grande, ¿no?

—El viernes es como el domingo para ustedes. El viernes no se cabe aquí.

—¿Y los otros días?

—Ya ve, casi nadie. Es normal, la gente trabaja.

—O vigila la puerta del salón de juegos —sonrió Isidro.

El otro lo imitó.

—¿Ha venido mucha gente hoy?

Entrecerró los ojos y se llevó la mano a la cara, no quería pillarse los dedos, buscarse problemas. Siempre igual, el rechazo ante la policía, pero luego lo primero que hacían ante cualquier problema era llamarlos.

—Tal vez. Como todos los días.

—¿Ha estado usted en el salón de juegos, después de comer, hoy?

—¿Yo? —volvió a reírse el hombre—, no, yo no juego, por Dios, no. He estado aquí. Creo que son un poco incompatibles la mezquita y el bingo. Aunque estemos juntos, la tentación —volvió a reírse—. Es el único local del que disponemos, nos lo cede el ayuntamiento, pero aquí, en los bajos de este edificio enorme.

—Karim no ha venido, ¿verdad?

—Mire, disculpe, esto es muy delicado para mí, tiene que comprenderlo.

—Lo entiendo, lo entiendo. Dígame sólo si ha visto a Karim esta tarde por aquí.

—Algunos entran y no se detienen a saludar. Los jóvenes sobre todo, y todos visten igual, es difícil responder.

—Llevaba una camiseta del Málaga, una sudadera con cremallera y capucha. Respóndame y me voy. Es para algo rutinario. Esto es una entrevista informal que no quedará registrada en ningún sitio. Nadie sabrá que he estado aquí.

—Ahí se equivoca.

—Mire, dígame si Karim ha estado esta tarde aquí —el tono de Isidro obligó al otro a responder.

—Creo que no. No.

La sirena del coche de policía surgió esta vez demasiado cerca, dentro de ellos, y era el teléfono de Mariam que murmuró el nombre de Karim antes de descolgar. La llamada trajo al interior de la habitación oscura el peso de la tarde, la huida. Mariam no era una mujer a la que hubiese conocido en la secretaría de ninguna facultad. No había ningún pasado asociado a ellos dos. Dos muertos que la policía podría relacionar con él. Álvaro creciendo con un padre en el patio de un centro penitenciario. O sin padre, la biografía que Elena eligiese otorgarle. ¿Qué le contaría Elena sobre él? Saldría un día. ¿Habría alguien esperando fuera? Una versión modulada día a día, corregida cada vez que fuese necesario. Tu padre será quien yo diga, como yo diga, de nuevo. Podría pensar en Álvaro o en ella misma. Podría pensar en ella disfrazándolo de es lo mejor para mi hijo. Le escribiría a Elena una carta explicándole todo, le pediría fotos de Álvaro, comentarios sobre sus progresos. Álvaro hablando, aprendiendo la eme con la e se lee me, gripes, vacunas, la primera noche sin pañales, no viviría nada de eso. ¿Le informaría Elena de los cambios? ¿No sería la ocasión perfecta para hacerlo desaparecer? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo había llegado hasta allí?

A su lado Mariam sostenía el móvil pegado a la cara, sin decir nada. Se oía un arrullo que sería la voz de Karim, sólo hablaba él. ¿Cómo salir? ¿Cómo escapar de esa tarde? Sangre bajando por los escalones de un bloque de viviendas de Torremolinos, llegando a la calle, buscando el portal de ese edificio donde se escondían.

Mariam guardó en un bolsillo el teléfono, no se había despedido, no había abierto la boca y Jaime no quiso preguntarle qué ocurría. ¿Habrían detenido a Karim, la llamaba para advertirle de que venían a por ellos?

—Quiere que borres su número de la agenda, la información de las llamadas, que nadie pueda comprobar que os habéis visto —murmuró con una voz nueva; el llanto la hacía hablar así.

—¿Nada más?

Mariam con la cabeza vuelta hacia la pared.

—¿Quieres escuchar mi canción favorita? —volvió a mirarlo Mariam, las bocas de nuevo tan cerca.

Una breve contracción en los músculos de la cara de ella al ver que también él lloraba.

Con el teléfono de nuevo en sus manos buscó una canción que se llevó de la habitación a Karim. La canción más triste del mundo. Jaime quiso decirle que le encantaba pero no se atrevió a interrumpir esa música que Mariam le traía. Llevó su mano a la cara de Mariam, a la piel que había besado en el ascensor. La mano grande cubriendo toda la cara, las yemas de los dedos acariciando el nacimiento de su pelo.

—¿De verdad quieres que vaya contigo mañana a tu castillo? —preguntó ella.

Jaime la besó en la comisura de los labios

—Claro que sí.

—Quiere que te deshagas de la pistola —añadió.

—No te preocupes, ya he pensado en eso —mintió, y sintió la explosión de una idea brutal en su interior.

—No llores.

—Te conocí en la facultad y me llevaste a una hamburguesería.

—¿Que estaba enfrente de la casa de la que tenías llave? Demasiada casualidad; tú me llevaste a la hamburguesería.

—¿Sabes una cosa? Odio las hamburgueserías —rieron—. Pero estaba frente al apartamento. El próximo paso será llevarte a mi castillo.

—Tu castillo.

—Nuestro castillo.

—Hasta que encuentre piso. En realidad temía que fuese esto lo que tú esperabas de mí y que si no colmaba tus expectativas irías distanciándote, buscando otra que las saciara. No conozco vuestras costumbres. O sí, por eso vine —logró sonreír.

—Qué complicados somos.

—No tanto, estamos aquí y a los dos nos parece bien.

15

Uno de los dos agentes que gestionaban en esos momentos las llamadas en la sala del 091, tomó una radio de mano y dio el aviso de la denuncia de Inma. La radio receptora estaba sobre una mesa. Isidro salió de la sala de reuniones y observó el walkie talkie emitiendo el aviso de llamada y preguntó de quién era. Lo cogió él.

—Dime.

—¿Subinspector? Una llamada. Una mujer denuncia que su ex ha ocupado un apartamento que ella tiene en alquiler. ¿Quién está a cargo de la radio?

—Espera. ¿De quién es esta radio?

Del baño salió un agente uniformado que se la quitó de las manos y anotó una dirección que le dictaban desde la sala del 091. Cuando desconectó miró a Isidro.

—Id los dos a echar un vistazo —ordenó Isidro.

Se sentó a su mesa. Marcó el número de Jaime pero cerró el teléfono antes de establecer la conexión. Se levantó y le pidió a un agente que consultase de nuevo la base de datos, alguna aparición de Jaime, la que fuese, que llamase a la policía local de Málaga y lo averiguase.

—Limpio —informó el agente al cabo de un rato.

Se conectó a Internet y escribió el nombre de Jaime en un buscador. Lo único que encontró fue un perfil de Facebook que no le permitía ver la información personal.

—Ábreme esto —le solicitó a otro agente.

Se apartó para que el agente pulsase unas cuantas teclas y ejecutase un programa. En dos minutos apareció toda la información ante él.

—Treinta y cinco amigos, no ha colgado ninguna foto, sin conversaciones desde hace dos meses. Este tío no se mete aquí nunca —observó el agente.

—Déjalo abierto —pidió Isidro, y se sentó ante el ordenador.

Consultó la lista de esos treinta y cinco amigos. Ninguno que pudiese ser árabe. ¿Cómo había dicho que se llamaba su ex novia? Al leer el nombre de Inma bajo una de las fotos recordó que así se llamaba. Amplió la foto. Tiene buen gusto, musitó. Esa melena. Llamarla y quedar. Que le contase de Jaime, escucharla y resolver el caso a su gusto y telefonearla de nuevo y que ella lo agregase como amigo en esa página de Internet y le abriese las puertas de su casa y… Abrió el perfil de Inma. Casi trescientos amigos. Yo quiero tener un millón de amigos, tarareó. Un par de mensajes a Jaime de hacía unos meses, te echo de menos, te quiero, bienvenido a esta página, nada. Miró las trescientas fotos. No aparecía Elena, tampoco entre los treinta y cinco amigos de Jaime. Repasó las últimas conversaciones, tonterías. Pidió en voz alta que consultasen la ficha de ella, gritó su nombre y apellidos. Siguió estudiando los rostros del resto de amigos.

Tecleó el nombre y apellidos de Elena. Una página llena de mujeres que se llamaban igual. Pasó de una foto a otra. Se detuvo en una de las últimas. El flequillo cubriéndole parte de la cara, pero esos ojos. Leyó el nombre. Elena. Hacía cuánto, dos años. Él no acudió a la cena pero hubo algo, nada. Nada no, algo, se dijo. Solicitó que ella, Elena, lo agregase como amigo y cerró de golpe la página, como si se hubiese saltado alguna regla básica. La irrupción del inspector jefe hizo que olvidara a Elena.

—Vamos a tomar un café —masculló el inspector jefe poniéndose la chaqueta, de pie ante su mesa, enfadado—. Y guarda estas vainas, no se recogen pruebas para dejarlas encima de la mesa. Guarda estos casquillos, coño.

Entró en la sala uno de los agentes y preguntó por Isidro.

—Se lo ha llevado el jefe, cabreado. Igual le mete un tiro.

—Acaba de preguntarme por una mujer y resulta que es la que ha telefoneado hace un rato para poner una denuncia. ¿Llevaba radio?

—Déjalo, parece que no está el horno para bollos. El inspector jefe está cabreado.

—Mi turno termina ahora.

—Pues déjale una nota en su mesa.

—Si el jefe le mete ese tiro, avísame.

—Ya le digo a tu mujer que te avise ella, ha quedado en pasar a buscarme en cuanto te duermas.

—¿A que te meto un tiro yo a ti?

—Dos tiros, chaval, tú a mí me vas a meter dos tiros. ¿Y sabes lo que me vas a comer después de darme los dos tiros?

16

—Mariam, yo no los he matado.

—No le des más vueltas.

—Necesito que me creas. Karim afirmó lo contrario.

—No lo nombres, él sí que no existe. Iremos por mis cosas y nunca más

—Yo guardé la pistola que él me tendió.

—Tienes que deshacerte de ella.

—Pero él fue quien la usó. Tienes que creerme.

La puerta del dormitorio de Ismael entreabierta. El desagradable ritmo agresivo de la música. El desorden adolescente del cuarto. Las estrellas tatuadas en el antebrazo de Ismael, ese gesto extraño, el labio contraído, empujado hacia arriba. El que había abierto la puerta sentado en la silla. Karim sacando con violencia la pistola que Jaime guardaba en la cintura, el cañón arañándolo, la cara de cerdo de Ismael que no se inmutó, su postura de holgazán, su piel con el brillo sucio del que ha estado practicando deporte y aún no se ha duchado, Jaime viéndolo todo desde fuera. Karim apuntó la pistola hacia el otro, la pistola como una herramienta inverosímil, una prolongación del brazo de Karim, todo como la pésima representación de una secuencia que será desechada. El petardazo siguió sonando después de la primera explosión, sin relación con el cuerpo que caía, la silla sobre el hombre en el suelo, Ismael de pie ante Jaime, pero quien ha disparado es Karim, que ahora lo hace sobre Ismael, dos veces,

desmoronándose como un pelele, el pecho encharcado. Karim se volvió a Jaime y Jaime creyó que también lo mataría a él, el odio en sus ojos, iba a dispararle, pero le ofreció el arma por segunda vez ese día y Jaime la guardó de nuevo.

Ahora, en la cama del apartamento de Inma, los dedos de Mariam entre los suyos, le da forma al plan atroz que crece en su interior. La seguridad repentina de que Karim acabará culpándolo de las muertes, algo que ya ha hecho ante Mariam.

—No sé por qué he estado en ese piso. No lo entiendo —insistió Jaime.

—¿Y yo? ¿Qué tengo yo que ver con nada? Se nos cayó la tarde, eso es todo. De verdad, hazme caso. Estamos enfocándolo bien. Nuestro pasado. Lo que existe es nuestro pasado. La facultad y la hamburguesería, eso es lo que pasó. Tú me has traído aquí porque estamos empezando.

—Te he traído y sólo hablamos.

—Sí, sólo hablamos. ¿Qué prisa tenemos?

—¿Te gustaría conocer a mi hijo?

—Claro que sí, el domingo.

—Perdona que vuelva, por última vez, necesito que me creas. Yo no he disparado a nadie.

—Te creo.

—¿De verdad?

—De verdad.

17

El inspector jefe eligió una mesa apartada de las dos que estaban ocupadas. Pidió un café con un chorreón de coñac. Isidro un botellín de agua.

—¿Agua? Pídete un café con leche, ¡coño! —esa noche el jefe no soportaba nada que saliese de él, comprobó Isidro.

—No puedo tomar leche. Intolerancia a la lactosa. Cuidado con el coñac, estás de servicio —bromeó Isidro, percatándose de su falta de contención; sabía que debía andar con cuidado pero no podía evitar soltar lo que se le pasase por la cabeza. Ese contradictorio regusto al notar el fastidio en el inspector.

—Con el coñac ten cuidado tú, cuando lo tomes. Los abstemios sois los peligrosos cuando bebéis. Esto no es una copa, esto es un carajillo. Para la garganta —se calentó el inspector.

—Bromeaba.

—Me estás tocando los cojones con tus bromitas. Me estás tocando los cojones.

—¿Eso es?

—Eso es el qué.

—Eso es lo que tenías que comentarme, ¿no? Para eso me has traído, para comunicarme que te estoy tocando los cojones.

—Te crees muy listo.

—Cada uno es como es, pero tenemos que trabajar juntos. Mejor que cada cual se guarde la consideración en la que tiene al otro. Está claro que si pudieses elegir un subinspector no me escogerías a mí, a lo mejor tú tampoco eres mi inspector jefe ideal, pero es lo que hay.

La exasperación del inspector jefe crecía por momentos, las palabras de Isidro tenía que haberlas pronunciado él. Isidro conciliador. ¿Qué le provocaba tanta repulsión? ¿Qué encarnaba ese subinspector desastrado que sin embargo poseía una lucidez asombrosa para resolver investigaciones?

—De acuerdo, completamente de acuerdo, pero establezcamos unas reglas de convivencia. No vuelvas a darme ninguna información relevante de ningún caso delante de terceras personas. Nosotros despachamos en la sala de reuniones, mi despacho.

—Y no debo colocar mis pies sobre la mesa.

—Pero qué gracioso eres. Tienes razón, los pies los colocas en la mesa de tu casa cuando estés viendo la tele, una de esas pelis porno que verás en la soledad de la vida monacal de subinspector soltero.

La sonrisa de Isidro exasperó al inspector.

—Tú no serás maricón, ¿verdad? —escupió el inspector jefe.

—Pregúntamelo por escrito y te contesto, guapo.

La llegada del camarero interrumpió la tensión; sin embargo equivocó los pedidos y colocó el café ante Isidro y el agua ante el inspector jefe, que tuvo que soportar otra sonrisa del subinspector.

—¿Cómo van esos triatlones?

A Isidro le sorprendió la pregunta; seguramente buscaba rebajar la violencia tras los últimos comentarios o se echaba atrás para volver al ataque.

—Esta semana no he entrenado. El tobillo.

—Siempre tienes alguna lesión.

—Bueno, mientras no me impida trabajar no hay problemas.

El inspector jefe derramó un poco de café al cambiar la taza y el botellín de agua de sitio.

—Cuídame ese pulso, jefe, a ver si vas a tener que sacar la pistola y le vas a dar al que no es.

—Cualquier día el tiro te lo doy a ti —quiso que sonase a chanza, pero no lo consiguió.

—Eso también me lo pones por escrito.

Dio un sorbo al café, preguntó a voces al camarero por el resultado de un partido que se jugaba esa tarde. Había ganado su equipo, había ganado su equipo, se concentró en el resultado. Se cargaría a Isidro, lo hundiría en un informe, pero no volvería a hablar con él de algo ajeno al trabajo. Lo desesperaba la indignación que le provocaba. ¿Por qué? Mejor no enfrentarse a él, alejarse de la furia. Haría ese informe. Seguramente no podría degradarlo, ahí estaban los resultados cosechados en las investigaciones, pero sí conseguiría abrirle un expediente, tal vez que lo mandasen a algún destino de castigo. Al puerto de Algeciras a pedir pasaportes. Aunque igual hasta disfrutaba registrando camiones a los marroquíes.

—Vamos a gestionar el marrón que tenemos encima —propuso.

—Los muertos —resumió Isidro.

—Sí. Si lo resolvemos bien y pronto, redacto un informe positivo sugiriendo que te den el destino que solicites —se le ocurrió al inspector sobre la marcha, la patada hacia arriba, lo importante era alejarlo de él.

—Estoy bien en Torremolinos.

El inspector jefe resopló, consiguió controlarse. Desactivada la ocurrencia, volvería al plan A. Informe negativo. Expediente. Operación Puerto de Algeciras, sonrió para sí.

—Tenemos tres muertos —retomó Isidro la conversación.

—Y el hermano de uno de los muertos —añadió el inspector.

—¿El hermano responsable de las tres muertes?

—¿Por qué no? La pistola es la misma.

—Funcionaba lo del hermano vengador. La versión moderna de Caín no sé —comentó Isidro.

—La historia de Caín es desagradable, como lo es un caso de incesto, son historias que no funcionan, como dices, pero que se dan —el inspector jefe se animó con su ejercicio de clarividencia.

—También tenemos al niño bueno que devuelve el dinero que no es suyo.

—¿Por qué iba a matar un niño bueno de Málaga a dos traficantes de Torremolinos a los que se supone que no conoce de nada?

—Por miedo. Lo habían amenazado de muerte.

—Y para que no te maten vas tú y matas a los que te amenazan, tú que eres un niño bueno con la vida solucionada. ¿De dónde saca la pistola un niño bueno? Además, eso dejaría en el aire la primera muerte.

—Ahí entra el hermano del muerto.

—Venga, Isidro, coño. La explicación lógica de las muertes de esta tarde no te sirven, la venganza del hermano, pero ahora sí te agarras a Caín. Caín es Caín y todos los malos del universo. Tenemos además las vainas de las balas que tú vas dejando por cualquier lado. La misma pistola. Una pistola para quien pretenda matar a alguien en Torremolinos, se la van prestando, ¡qué coño!

—O Jaime matando a los tres —propuso Isidro sin convicción, pero el inspector jefe interrumpió el tintineo de la cucharilla, lo miró a los ojos, como si le hubiese hecho ver algo hasta entonces oculto; Isidro abrió el botellín de agua y bebió directamente de la botella—. Pero Jaime estaba en su lugar de trabajo mientras tiroteaban al hermano de Karim —reconoció.

—Bueno —respiró aliviado el inspector jefe, ese caso lo iba a resolver sin la ayuda de Isidro.

Podría añadir en el informe que Isidro había obstaculizado la investigación con hipótesis que aspiraban a desviar las líneas principales de estudio.

—Mañana por la mañana espero que Jaime me explique convincentemente qué ha estado haciendo esta tarde —añadió Isidro.

—Mañana por la mañana dejas los asuntos de Málaga para los agentes adscritos a Málaga. Tú no sales de Torremolinos.

—No perdemos nada preguntándole.

—Tú mañana no vas a Málaga, ¿entendido? —Isidro no respondió.

—¿Cuándo terminas el turno? —preguntó el inspector jefe.

—A las ocho de la mañana.

—Pues a las ocho de la mañana te vas a tu casa, te lavas los dientes, rezas el cuatro esquinitas tiene mi cama y te acuestas. Cuando te levantes todo estará solucionado —sonrió triunfal.

—No me parece…

—Me importa una mierda lo que te parezca —se levantó y rebuscó en los bolsillos—. No tengo suelto, paga tú.

18

El viento golpeaba la persiana tan levemente que sólo después de unos minutos en silencio podían sentir el vaivén de las listas de plástico contra el cristal de la ventana. La noche. Más noche que nunca antes. ¿También para ella? Jaime pensaba desde el fondo de un pozo, pero ese lugar recóndito le resultaba el más acogedor donde se había encontrado jamás. Algo se había abierto en su interior, roto el

mecanismo de apertura, sin vuelta atrás, una compuerta que se había entreabierto otras veces pero no así, sin posibilidad de regresar a su estado anterior, de cerrarse otra vez. Una explosión en alguno de sus órganos. ¿También en alguno de los de ella? La reproducción de células al contrario: estallidos que provocaban nuevas explosiones, todo un mundo deshaciéndose, una destrucción positiva. ¿Era verdad todo eso que sentía como auténticamente único? Mariam a su lado, más a su lado que a su lado, Mariam en él. El movimiento casi imperceptible de la persiana anunciando otros mundos menos bellos, menos puros. Eso era, la pureza. Nunca había amado de esa manera, pero no podía ser: no la conocía. No era amor, no, era algo anterior, preamor, la disposición a amar, la relajación, la desactivación de las defensas. Permanecía tumbado junto a una mujer con la que compartiría su casa durante unos pocos días, hasta que ella encontrase un apartamento, eso era todo, nada más. Y nada menos. Una mujer con la que había tenido que atravesar en unas pocas horas los diferentes niveles de resistencia al conocimiento mutuo, no al conocimiento: a la complicidad. Tres, cuatro días juntos, tal vez algo más, quizá algo menos. Y sin embargo estaban tumbados uno al lado del otro, las manos cogidas. Qué buen momento para morir, se dijo, ahora, en esta cama, junto a Mariam. De nuevo lloró. Sintió la energía del apretón de manos de Mariam, que se giró hacia él, le besó la sien por donde bajaban las lágrimas del dolor más dulce que podría recorrer su cuerpo.

Mariam lo acompañaría a su casa, más: su casa se convertiría en la casa de ellos durante tres, cuatro días. Después, cuando ella encontrase otro lugar donde vivir, tal vez se arrepintiese. Esa tarde funesta quedaría atrás, los muertos. O no. La policía se perdería en el hastío de una investigación estéril. O no, podrían dar con ellos, no con ellos, con él. Ya habían hablado con Karim. Karim lo acusaría. A la mañana siguiente, en unas horas, supuso Jaime, camino del trabajo, Isidro lo detendría, la detención más fácil del historial del subinspector, sin resistencia. Tendría derecho a una llamada para contactar con un abogado y telefonearía a Mariam, ni eso, que no pudiesen rastrear la llamada y dar con ella. Llamar a Elena, lo siento, no podré recoger a Álvaro ningún domingo, si es que le permitían el uso del teléfono. Álvaro apretando con fuerza un peluche en la acera vacía de una calle por la que no circularía ningún coche. Pero ninguna de las posibilidades, ni la peor de todas ellas, podría borrar las explosiones, la pureza de lo que sentía por una mujer que estaba allí, Mariam, en él, de una manera nueva, tan en él como la salamanquesa que ella llevaba tatuada en la muñeca.

Hasta ahora un freno había impedido la entrega, no, se corrigió de

nuevo, no era la entrega, era la disposición a la entrega, si tuviera que producirse. Un freno cuya presencia desconocía, que le advertía de peligros si bajaba la guardia, lo lanzaba, pero sin desactivar el botón de alerta, hasta ahora, a merced de lo que decidiesen los demás, un juego. Así que las carnes podían abrirse.

El tableteo leve de la persiana contra la ventana y los besos de ella junto a su ojo izquierdo. Pasara lo que pasase siempre tendría esos momentos. Pensó con dramatismo que para llegar a ellos debía aceptar el peaje de hacerse cargo de dos muertos que eran de otro.

—Si me pasara algo —murmuró vuelto hacia ella, los labios rozándose—, si me detuviese la policía…

—Pero tú no has disparado —suplicó ella.

—Déjame hablar, por favor. Si me pasara algo. Yo no habré existido.

—No lo digas, no va a ocurrirte nada. Tu castillo. Voy a ir contigo —ella también lloraba sin hacer ruido.

Cada vez más desmoronado, del mundo de ella sólo quedaba la sombra de esa promesa, la esperanza del castillo. No tenía casa.

—Por si acaso, no quiero maldecirme por no haberlo dicho. Si voy a contar con todas las noches del mundo para que mi insomnio campe a sus anchas, no quiero maldecirme. Mariam. Mariam, la suerte de poder pronunciar tu nombre, de que estés aquí, conmigo, los dos.

—Jaime.

—Estoy dispuesto hasta a casarme contigo mañana, para que tengas los papeles, por si acaso, sin que eso tenga por qué significar nada entre nosotros.

—Pero si tengo la nacionalidad española —los dos rompieron a reír.

—No doy una.

—No, porque no va a ocurrir nada. Mañana nos vamos a tu casa y el domingo me presentas a tu hijo y nunca más pisaremos Torremolinos.

—Nunca más.

—Ni entraremos en una hamburguesería.

—Jamás.

19

El padre se había negado a acompañarlos al cementerio. El entierro de su hijo, pero él lo había expulsado. Esa niña que había acogido,

adoptado, que gracias a él había obtenido la nacionalidad española, estudiado, esa puta. Pasando las cuentas descoloridas del rosario no respondió al hijo que le dijo vamos. Karim jugando a primogénito, o más: a cabeza de familia, ordenando al padre. Vamos. Adónde vamos. Él permanecería allí. Por respuesta observó con sarcasmo la serenidad del hijo menor, la descomposición de la madre apoyada en la niña, la niña en su propia casa, esa puta. Escuchó el estruendo de la puerta cerrándose una y otra vez cuando en realidad sólo había podido cerrarse una, los pasos bajando las escaleras sucias, oscuras, de la torre de la que no saldría. El entierro de su hijo. Imaginó a Karim ejerciendo de primogénito, de padre, en el cementerio, atendiendo a las visitas. ¿Qué visitas? ¿Esos amigos de su hijo? Los gritos de la madre arañando oídos no preparados para estas muestras de dolor. ¿Qué hacía él en el salón de una casa de Torremolinos? ¿Eso era un porvenir de provecho? El entierro de su hijo. Pudo establecerse en Casablanca con la familia de su mujer, haber continuado en Melilla donde había nacido, pero creyó que la península significaba el provecho.

El padre se negó a acompañarlos y Karim paró un taxi abajo en la calle. Nunca antes había subido a un taxi. Él ocupó el asiento delantero y dejó a su madre detrás, con sus hipidos y Mariam. Se despreocupó de la curiosidad del taxista, ese placer en el fisgoneo que creyó adivinar al verlo buscar en el retrovisor indicios de lo que pudiera haberles ocurrido. Llevé a tres moros al cementerio. Una mora gorda y vieja llorando, rememoraría esa tarde en alguna parada de taxis. Se despreocupó porque había matado a su hermano y de nada serviría levantar la palanca del freno de mano y agarrar del cuello al conductor. Ahora todo consistía en ir al cementerio y contener el dolor de su madre, aguantar las miradas de quienes los vieran pasar. Giró la cabeza, su madre con la cara oculta tras las manos de dedos tatuados, los ojos de Mariam pendientes de él. ¿Qué podía saber ella? Nada. Debía soportar el cementerio, los trámites burocráticos para el viaje al otro mundo, la otra vida. ¿Habría realmente otra vida? A él sólo le importaba ésta. Mariam no era su hermana, aunque lo fuera, no era su mujer. ¿Por qué lo miraba así? Mariam no entraría en sus planes, no entraba, nadie más que él. Él sí que estaba viajando hacia otra vida, pero en ésta.

Un cortejo ridículo. Había estado en un entierro en Marruecos, ni punto de comparación. Enseguida localizó a Ismael. Querría su dinero y procuraría que se lo diese él, pero él sólo era un muchacho podrido de dolor por la muerte de su hermano mayor. ¿Qué tenía él que ver con los negocios de su hermano? El coche patrulla. Nadie podría saber nada. El callejón flanqueado por muros sin ventanas, no se había cruzado con ninguna persona, en el gimnasio sólo pudo verlo el viejo,

mejor así, que supiese quién era él sin necesidad de confirmarlo con alguien más para cuando regresase por la bolsa. El policía le preguntó. La dudosa protección de él charlando con un policía en el cementerio. ¿Se achantaría Ismael ante la visión del policía y él en la acera? Y entonces apareció Jaime. Lo identificó inmediatamente pero no comprendía qué podía estar buscando allí y en su mano un sobre que le tiende y que no supo relacionar con su salvación hasta un rato después, cuando Ismael se acercó y le arrancó el sobre con el dinero y lo interrogó: si Jaime era el socio de su hermano, y él simuló resistirse para finalmente conceder que sí, que los había visto juntos y hacer planes que requerían dinero, demasiado dinero. Que ahora le ofrecía esa cantidad ridícula a modo de compensación por la muerte en acto de servicio.

Ya en la casa acomodó a la madre en la cama y la dejó a cargo de Mariam. El padre en la esquina del sofá con su rosario y su letanía. Él cruzó las calles corriendo. En el paso elevado de la carretera se detuvo a comprobar que no lo seguían. Frente al gimnasio se sentó hasta regular su respiración. No necesitó soltar la retahíla preparada porque inexplicablemente el viejo lo reconoció.

—Los guantes de mi hermano. Me los pide el viejo. Mi padre.

El viejo le apretó la mano y le tendió la llave de la taquilla. Abrió la puerta que podría haber destrozado de un puñetazo. Cualquiera podría haberla reventado, quizá ésa fuese su mayor seguridad. La bolsa. Descorrió un tercio de la cremallera y se aseguró de que el contenido era el esperado. Dinero, mucho. El camino de vuelta con la bolsa repleta de billetes. Entre el pantalón y la cintura, la pistola de Abdu. El riesgo total. ¿Qué diría si lo detenían? Nada podría argüir. Tampoco del dinero. Pero si aparecía Ismael sí podría impedir que se llevase la bolsa. A la policía le explicaría que había ido a por los guantes y se encontró el dinero y el arma, que pensaba acudir a la comisaría. Pero llegó a la casa sin contratiempos. Escondió la pistola en el ventilador. La bolsa, dentro de una manta en el altillo de su armario.

Se asomó al dormitorio de sus padres. Los aullidos de la madre, la mirada de Mariam. Y él, entrando ya en la otra vida.

20

Mariam con los ojos abiertos, pero no podría verlo, atravesar la oscuridad hasta el relieve próximo de su cuerpo, aunque sí verlo de otra forma. ¿Qué veía cuando lo miraba? Sus manos juntas, los labios

de ella en su frente. Los ojos de Elena en el primer desayuno en su salón, él recibiendo las ráfagas de su mirada sin conocer si precedían a la despedida o a la apuesta por él, cumpliendo con el perfil cada vez menos definido de padre ideal de un niño que iba fraguándose en su interior, aceptando (¿creyó entonces tener otra opción que reír?) las bromas de Jaime convertido ahora en una sombra en una cama allanada, junto a la mujer que había conocido en una facultad nunca pisada, una mujer que no aceptaba sus bromas sino sus mentiras. Si pudiera recorrer el camino inverso a las miradas, ver lo que ellas veían, conocerse, parar, detenerse de una vez por todas, poder sentarse en un rincón de la casa en la que sólo había pasado una noche. Pero todo constituía una huida en la que iba derribando obstáculos que incorporaba a su escapada. Así había sido siempre.

La noche. Sentarse en la esquina de su apartamento mínimo. Proyectar ese espacio que ya existía aunque no recordase con exactitud, la configuración del escenario que delimitaría sus movimientos. Una casa, un hijo. Una mujer, otra. La mujer. Le resultaba insólito sentir lo que experimentaba por alguien a quien acababa de conocer, inaudito también que ella se prestase a entrar en sus mentiras. Lo siento (sorry habría dicho Elena, de nuevo mirándolo en el primer desayuno, tic-tac, me quiere no me quiere, Elena atravesando el tiempo hasta una noche del futuro, ésta, en la que el hombre que desayunó ante ella y aceptó dar su apellido al hijo, ser su padre, llora junto a una mujer nueva), Mariam, lo siento, y una mezcla de miedo, ternura y odio seguía ovillándose en sus entrañas.

Iban a detenerlo en unas horas. A no ser que… Cerró los ojos.

Hubo un tren y supo que soñaba. No consiguió destrenzar del todo la parte de la noche que había vivido de la soñada. Mariam lo miraba y Jaime se veía en sus ojos: amanecía.

—Vámonos —susurró sin moverse.

—Te has dormido.

—Tú me protegías, Mariam.

—Yo te protejo.

Salieron cogidos por la cintura. Echó las llaves del apartamento de Inma en el buzón de su tía. Aún era de noche, pero estaba seguro de haber distinguido los ojos de Mariam en la habitación. ¿También un sueño? Al doblar la esquina un coche patrulla con el que no coincidieron por cuestión de segundos aparcó ante el portal. Ningún otro sonido, ningún ruido que cubriese el de los pasos. ¿Sería capaz de hacerlo?

Se dejó llevar por Mariam hasta que reconoció una plaza, la cafetería cerrada en la que habían comenzado la tarde, hacía tanto tiempo. La llevó al coche y ella le pidió que subiera por la ropa (sólo

ella entendía la magnitud del odio del padre), una maleta que encontraría en la entrada, que dejase la llave sobre el mueble, así que Jaime no tuvo que inventar nada. Condujo despacio y aparcó dos manzanas antes de la casa, Mariam lo tomaría como precaución. Mariam le rogó que marcase su número en el teléfono, que en caso de toparse con algún problema sólo pulsar la tecla y ella sabría, de repente aterrada, imaginándose en el coche, las calles llenándose de gente y de luz, y ella en el coche, esperando a nadie. Jaime asintió y se aseguró sin embargo de que el móvil estuviese apagado.

Subió las escaleras a tientas. Ante la puerta se descalzó. La cerradura cedió a la primera y se guardó las llaves. Sacó al rellano la maleta de Mariam y entró de nuevo. El ventilador parecía un hombre en guardia pero superó el espanto y apretó el cañón de la pistola contra los dientes de Karim, que se despertó sin comprender. Le ordenó que se sentase en el colchón y tiró de la manta para colocársela sobre su pecho, entre los dos. Entonces Karim abrió la boca y el cañón entró como si él lo absorbiera. Temió la detonación y la sangre, por eso la manta. Temió que el miedo hubiese provocado a Mariam salir del coche y seguirlo, que ella supiese. Disparó y soltó la pistola, que quedó colgando de la boca de Karim. La sacó y con una esquina de la manta la limpió con fuerza buscando borrar las huellas. La dejó en la mano para siempre abierta de Karim y se dio la vuelta por si los padres estuviesen allí, tras él. El pasillo le pareció kilométrico. Cerró con llave y en la planta baja se puso los zapatos. Cuando ya veía el coche tiró a un contenedor las llaves de Mariam. Acomodó la maleta en el asiento de atrás y le pidió que lo guiase fuera de Torremolinos.

—¿Qué ha ocurrido? —Mariam escrutando su gesto y su falta de aire.

Se había deshecho de la pistola. De Karim. Había matado a Karim, que se convertiría en el asesino de Ismael, que había actuado en solitario y, angustiado, se acababa de suicidar. Nadie lo delataría, no lo detendrían. Más cerca del domingo pero ahora sí con un muerto con el que cargar siempre. Forever, habría dicho Elena. Pero Elena podría decir lo que quisiera porque ella ya no contaba. Él conducía el coche con otra mujer cuyo secreto les unía, una mujer para tres días, cuatro, y después solos Álvaro y él. Un secreto que él no pensaba ampliar contándole los últimos recodos de la noche. Algún día ella se enteraría de que Karim se había suicidado, tal vez, la fecha era la del día que ahora sí comenzaba y ella pensaría en esa noche con la fecha del día anterior. Cortado de raíz el riesgo de que Karim lo culpase de la muerte de Ismael y del otro. El tercer hombre no existía para él, un fleco suelto pero que nada sabría de lo que había ocurrido. Comprendió en ese momento que Karim no telefoneó a Inma para

advertirle del peligro que corría. Estaba seguro de que la policía habría detenido a Karim, ya lo buscaron mientras él viajaba al pasado con Mariam. La policía regresaría, lo habría detenido y Karim habría contado la versión que había preparado bajando las escaleras de casa de Ismael, tú has disparado. Pero ya nadie podría detener a Karim, interesarse por su versión: acababa de suicidarse.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió Mariam—. ¿Lo has visto? Lo has visto. Lo…

Nunca nombrarían a Karim.

—No me he cruzado con nadie, pero no llegamos a la autovía, Mariam. ¿Seguro que vamos bien?

—Es ahí, en la rotonda gira a la derecha. ¿Y la pistola?

—La he dejado junto a Karim.

—Entonces sí lo has visto.

—Dormía y he dejado la pistola junto a la almohada, de forma que no pueda verla el padre o la madre si entran. Él no se ha despertado. La pistola es suya, yo nunca debí llevarla. Yo no debo deshacerme de ella.

—Tienes razón.

—Estamos en la autovía. Si conseguimos llegar a Málaga…

—Claro que vamos a llegar, Jaime.

—La casa te va a gustar.

—Claro que sí. Me va a encantar.

—La maleta pesa mucho.

—Los libros.

—Mañana no debes faltar a clase.

—¿Vendrás a recogerme? —seguía aterrorizada Mariam.

—Iré a recogerte y a llevarte, si quieres. Desayunaremos juntos. Después me daré una ducha y me iré a trabajar. He quedado con Ismael.

—¿Por qué dices eso?

—Dijo que me esperaría, que vendría por el dinero.

—Por favor, Jaime. No digas eso, nadie te esperará.

—Tengo que trabajar como si nada.

—Como si nada no, después de quedar conmigo me propusiste que fuese a tu casa y acepté. Entonces no es como si nada.

—Te llevé a un apartamento, pero no te toqué.

—Yo tampoco te toqué. Mejor así. ¿Por qué tenías que tocarme?

El primer semáforo después de la autovía, ya en Málaga. La miró temiendo no reconocerla, otro sueño. La cara de miedo de Mariam.

—¿Qué te asusta?

—Tengo miedo.

—No temas, por favor.

Antes de aparcar, Jaime le señaló el edificio, el portal, la frutería, consiguió sonreír, tranquilizarla. Abrió la puerta y la casa era eso que veían. La mochila de Jaime sobre el sofá cama. Jaime pensó en la navaja multiusos y creyó que recordaba secuencias de una película mala vista en su adolescencia. Ella comenzó a llorar y Jaime la abrazó. Posó su mano en la nuca de Mariam y dejó que el pelo de ella se deslizase entre sus dedos. Recorrió con las dos manos su espalda y la abrazó más fuerte.

Se ducharon por turnos y Jaime pensó que tal vez algún día, si se prolongasen los tres días, cuatro, se ducharían juntos. Había matado a un hombre y ese peso no lo compartiría ni siquiera con Mariam, al otro lado del agua de la ducha. La libraría de la carga, un acto de amor. Se asomó a la ventana y la calle era una calle normal sin nadie vigilando.

Parecía otra, igual de bella, con el pelo mojado y los ojos rojos irritados por el jabón y el llanto. Se duchó pero había olvidado coger la ropa limpia y salió envuelto en una toalla. Al entrar de nuevo al baño a vestirse tropezó con la puerta y Mariam se rio. Cuando salió ella lloraba otra vez.

—Perdón —se disculpó Mariam.

—Perdóname tú a mí. Todo es nuevo. Los dos somos nuevos y la casa es nueva y todo es una aventura que va a salirnos bien.

—Sigue hablando, por favor, no pares.

—Comeremos juntos cuando yo salga de trabajar y luego te llevaré a clase.

—A lo mejor estás loco. Los dos, locos.

—Y si no me pides que deje de hacerlo te llevaré y te recogeré siempre, todos los días.

—¿Pero de dónde has salido tú?

21

Uno se hace policía porque es hijo de policía o porque ha visto dos buenas películas de policías en el momento oportuno. Incluso por vocación, querer arreglar el mundo con una pistola bajo la chaqueta. Luego llega el desencanto. La etapa en la que sólo se perciben los parches. Lo complicado, lo incómodo de atacar los problemas de raíz. O hacerse policía porque es una salida laboral fácil que asegura

ingresos fijos con los que subvencionar el tiempo libre, las vacaciones, las horas de entrenamiento para después fastidiarte el tobillo otra vez, o una formación diferente que permitirá abandonar el cuerpo de policía al cabo de unos años, piensa Isidro, lo ha pensado en numerosas ocasiones, lo pensó, e ingresó en la academia de policía en Ávila. Santa Teresa con pistola, san Juan de la Cruz caminando descalzo bajos las murallas heladas y él aprendiendo a amar el trabajo, afinando la puntería que nunca necesitaría probar, aprendiendo a pelear, estudiando criminología. Aprender a amar el oficio. No creerse Al Pacino en *Serpico* a los trece años y soñar con ser policía sino verlo a los veintiocho cuando ya ha terminado la estancia en Ávila. Querer arreglar el mundo sin la pistola bajo la chaqueta hasta que el inspector jefe lo obliga a llevarla siempre. El poder. Aprender a amar el frío y pasear en solitario, como hizo san Juan de la Cruz según le contó un borracho en un bar de Ávila; y luego un compañero de cuarto descubre el libro con la poesía de san Juan que ha comprado una noche oscura con ansias en amores inflamada y comienzan las bromas. El cura. Hasta que en las duchas le echó al otro la mano a los testículos y le gritó ahora qué, cura de qué, un cabezazo sin mucha fuerza en la nariz, la mano apretando, ahora qué, di, tú, arriesgándose a que lo expulsasen, pero para siempre ya el respeto, no por el uso de la violencia, sino por la forma de usarla, nueva y sin golpes ni sangre. Más solitario aún a partir de esa tarde, pero sin nadie que lo cuestionase, las risas.

Se hizo policía para salirse de policía. Ahora todo era distinto. Agarrarle los huevos al inspector jefe, escupirle lo que pensaba de él y de sus carajillos y de su incompetencia, pero entonces se acabaría todo. Sabía que no se arriesgaría, pero no podía controlar su obstinación. El jefe le había propuesto promocionarlo para otro destino y lo que haría sería abrirle un expediente, pensó. Además, era cierto que no quería moverse de Torremolinos, junto a Málaga, adonde acudiría en unas horas a enfrentarse a Jaime. Jaime cogiendo a Elena de la cintura hacía dos años y ahora mezclado con tres muertes violentas, llamándolo a él, que había comprado un ramo de flores y tuvo que dejarlo en la acera, como el homenaje a un muerto allí mismo. Dejar que matasen a Jaime en su porción de acera. Pero el encargado de matarlo había sido muerto y él, Isidro, pasaba de tener que evitar la muerte de Jaime a tener que detenerlo, quizá, si encontrase otro indicio del que tirar, darle la vuelta a lo obvio y que Jaime hubiese matado a Ismael, pero no por el gusto de otras veces, no por resolver el acertijo del crimen, sino para agarrarle los huevos al inspector jefe con sus órdenes y su incompetencia. De nuevo la imagen de él cruzando una acera hace dos años con un ramo de flores en la mano. Era tal la obcecación que si pudiese alteraría alguna prueba que

librase al hijo del imán de la culpa para transmitírsela a Jaime. No lo entendía. Se le iba de las manos, él yéndose de sus propias manos, las manos resbalando entre los dedos que la forman.

Una redada y que una bala perdida matase al inspector jefe. En una incautación quedarse con un arma y un día asesinarlo. Prepararlo con tiempo. Una venganza, un robo. Sabría cómo hacerlo. ¿Qué maquinaba? Pedir una excedencia y olvidarse de todo, pedir un cambio de destino aunque le diesen la frontera con Andorra a investigar fuga de divisas y contrabando. Se quedó unos pasos atrás y entró en la comisaría después que el inspector jefe. La ineficacia de la obsesión, la importancia que estaba confiriéndole al inspector jefe. Quizá ése fuese el núcleo del hastío generalizado en los compañeros con los que había tratado.

Sobre su mesa encontró la nota de un agente informándole de la denuncia de la mujer por la que él se había interesado unos minutos antes. Confundido, en vez de guardarse la hoja y reflexionar, se levantó impulsivamente y le indicó al inspector jefe que acudiese a la sala de reuniones. El inspector dejó con fastidio la chaqueta, ya se iba, y pasó antes que él.

—No te lo vas a creer, jefe.

—No me llames jefe.

—No te lo vas a creer. Nuestro niño bueno.

—Suéltalo ya. ¿Qué ha estado haciendo?

—Allanando moradas. Aquí en Torremolinos.

—¿Qué coño estás diciendo? Sabías todo eso y te dedicas a poner esos zapatos horrorosos encima de la mesa. Explícame eso.

Le tendió la nota del agente y le explicó que había pedido información sobre la pareja de Jaime.

—¿Dónde está ese apartamento?

El inspector jefe con los ojos puestos sobre Isidro pero mirando más allá. Podían haber actuado juntos, el niño bueno y Karim. ¿Por qué? ¿Quién los junta? ¿Y el hermano?

—Karim mata a su hermano, primer muerto —oyó a Isidro, pero él no creía haber preguntado nada (¿había pensado en voz alta?)—. Entonces Jaime viene a Torremolinos…

—Calla un momento —cortó tajante el inspector.

Entonces Jaime aparece en Torremolinos buscando qué. Se sentó y se restregó la cara con las manos. Si Ismael lo había amenazado pudo ir a buscar ayuda, hipótesis absurda pero posible. Y se van juntos a matar. No. Pero Karim pudo manipularlo para que fuera él, el niño bueno al que le da la pistola y le encarga el recado: toma, ve a este edificio, sube al octavo y mata al capullo que te abra. No se lo cree nadie. Imposible. Entonces qué cojones viene a buscar a Torremolinos

un niño bueno que está cagado de miedo y por eso ha llamado un rato antes a un policía. La pistola la tendrían que tener Karim o él. Karim ya se habría deshecho de ella, Jaime la guardaría toda pringadita de huellas. Levantó la mirada: Isidro con un gesto que no le conocía. Darle gusto a éste, que tenga razón y su niño bueno detenido y otra medallita para el pecho del buen subinspector que pone los pies en la mesa y sale a patrullar sin pistola. A no ser que…

—¿Dónde vive nuestro niño? —soltó el inspector jefe.

—Acaba de alquilar un estudio, hoy mismo.

—¿Y hasta ayer?

—En casa de su novia.

—¿Y su novia es la que llama para denunciar que el niño bueno se ha metido en el pisito de vacaciones de ella?

—Sí.

—Y ese estudio que ha alquilado hoy mismo, ¿ya lo puede usar?

—Supongo.

—Supones. ¿Tiene cama, sábanas limpias, toallas, agua, gas?

—No lo sé.

—A lo mejor no.

—A lo mejor no.

—Entonces puede que necesite una o dos noches en otro lugar mientras consigue lo necesario para la vida cómoda.

—¿Y eso explica que allane el apartamento de su ex?

—Su ex por poco, acaban de terminar. ¿Terminaron de forma traumática, plagados de cuernos o lanzándose macetas?

—Creo que no. Fin civilizado de pareja moderna —reconoció Isidro.

—Con lo cual puede que no considerase nuestro hombre que lo que hacía era allanamiento de morada sino irse a dormir a una casa que casi era suya y que iba a abandonar en unas horas. ¿Se ha desplazado un coche patrulla hasta el apartamento?

—Sí, creo que sí.

—Acércame esa radio.

Isidro le tendió el aparato y el inspector jefe se entretuvo en encontrar a uno de los agentes que habían acudido a la casa de Inma. Mantuvo una conversación breve. La parte del diálogo que no escuchaba la reconstruyó Isidro a partir de las preguntas del inspector jefe.

—Ya no está en el apartamento. No parece que haya tocado nada, excepto la cama un poco deshecha. Por lo visto le pidió la llave a la tía de su ex, que vive en el mismo edificio, llave que ha dejado en el buzón. La tía entonces telefonea a su sobrina y ésta a nosotros. Unas

cuantas horas después del tiroteo. Si él hubiese participado en la balacera —usó la palabra con sorna, imitando el acento mexicano— podría haberse refugiado en el apartamento para huir. ¿Pero por qué varias horas después si no está alejado del lugar de los hechos?

—Te pido permiso para detenerlo cuando acuda a trabajar.

—¡Es que no me estás escuchando! Ese idiota lo único que buscaba es una cama donde pasar la noche.

El inspector jefe consultó el reloj y le aconsejó a Isidro que se fuera ya a su casa.

—Yo me encargo —mintió el inspector—. Vete a dormir, anda. Una pajita y a la cama.

22

Álvaro despegó las manos del mueble del televisor y cruzó hasta el sofá. Su cara de sorpresa, la misma de Elena. Elena lo tomó de la cintura y lo devolvió al mueble, sentándose ella en el borde del sofá, las manos juntas, percibiendo la sorpresa que Álvaro descubría en su madre, Álvaro que levantó con torpeza las manos del mueble y dio cuatro pasos de borracho hasta el sofá y emitió un grito de triunfo. El espectáculo del desarrollo del niño, que acercándose voluntariamente lo que hacía sin embargo era alejarse. Un ser independiente pisoteando el cordón umbilical, un ser cada vez menos suyo, aún totalmente dependiente pero reclamando ya su individualidad. Yendo hacia su madre de manera voluntaria, una decisión fruto del mecanismo más sencillo de su mente nueva, movimientos intencionados que preludian otros en direcciones diferentes. Un día se alejaría Álvaro del sofá donde esperaría sentada ella, su madre; de eso se trataba. Así había sido siempre. Así debía ser. Lo abrazó con fuerza y buscó la cámara de fotos. Los primeros pasos. En la libreta de colegiala donde apuntaba los progresos y anécdotas de su hijo, Elena anotaría el día de sus primeros pasos. Le dolió la imposibilidad de compartir ese momento. Jaime. ¿Llamarlo para comunicarle qué, que su hijo, Álvaro hijo de Jaime, caminaba?

Jaime. Jaime otra vez en su casa, en el piso pequeño que también fue suyo. Jaime sentado en el mismo sofá en que ella sostenía la cámara de fotos que él le regaló, abre la caja, una sorpresa, y ante ella la cámara con la que ahora encuadraba a Álvaro. El domingo Jaime recogería a Álvaro y el niño daría unos pasos hacia él, que buscaría los ojos de Elena. Jaime, el padre de su hijo. La biología nos iguala a los perros, había dicho en una ocasión, su grandilocuencia. No había

padre biológico, sólo padre, y el domingo recogería a su hijo que era tan hijo de él como de ella, sola en su sofá, grabando las maniobras desmañadas de Álvaro, como las de ella a la busca del padre perdido, ella en casa de Sergio sin Sergio, Sergio ya muerto y la postura de la madre en su trono, el dardo de Lidia: si quería que el abogado repeinado con forzada voz de falsete la ayudase a buscar al padre, entre todos los candidatos, si sería hija de puta. No solía Elena dejarse llevar por el recuerdo de aquel intento desesperado por dotar a Álvaro de un padre, y sin embargo ahora que contemplaba a su hijo dar los primeros pasos lo hacía. ¿Para qué hace falta un padre cuando ya hay uno, que recogerá a su hijo el domingo? ¿Para imaginar unos rasgos futuros?

Si quería un abogado. La impotencia que supuso no contar con una respuesta. Un abogado no, pero quién sabe si un detective, pensaba Elena ahora, casi dos años después de la maldita visita a casa de Sergio muerto. Haberlo contratado, empujar una puerta de cristal como la de las películas, las letras que forman la palabra detective formando un semicírculo en la puerta. Empujarla y entrar, confesar que no tenía la menor idea de quién la había dejado embarazada. O el tipo aquel que le presentaron una tarde, que le gustó pero no se vino a cenar porque tenía que entrenar, era policía, Isidro, acababa de aparecer, un mensaje a través del ordenador. Recordaba la broma absurda para justificar su ausencia: es que si bebo pierdo el control y me pongo a detener gente, a vosotros, a ti, la miró. Pero no vino a la cena. Haberle propuesto ya que eres policía busca al padre biológico de mi hijo, aunque cuando lo conoció no había embarazo. Haberle dicho seré forzada en un par de meses y quiero que me protejas. Las vidas posibles. No, las vidas imposibles. Si Isidro, o Isidoro. ¿Cómo demonios se llamaba?, pensó: Isidro. Había aparecido de nuevo, a través de la pantalla del ordenador. Con dos años de retraso. Si Isidro hubiese venido a la cena y hubiesen acabado en la cama y después juntos *forever*, y el niño tuviese un padre policía para vaciar el cargador de su pistola en quien decidiese vaciarse dentro de Elena sin su consentimiento, pero eso eran vidas imposibles, descartadas de antemano por una jornada de entrenamiento de aquel hombre que era policía pero Álvaro qué: las vidas descartadas habían hecho posible con su descarte la aparición de Álvaro, mirándola, sorprendido de la sorpresa de ella y de su capacidad recién estrenada para cruzar espacios abiertos. El mundo era suyo.

Haber localizado al policía. Isidro, ponerse en contacto con él, o haber ido a comisaría, entonces, ahora ya para qué, *too late*. Haberlo llamado entonces, conseguí su teléfono y acabé tirándolo a la basura. Haberle dicho alguien me la ha metido entera y no me he dado ni cuenta. No tengo pistas, sólo esta barriga inflada y las tetas todavía

más grandes que antes.

Cogió el móvil y le pidió a Álvaro que se acercase al sofá. Le hizo una foto perdiendo el equilibrio sin apoyo. Le envió la imagen a Jaime. Lo que te espera el domingo, escribió, Álvaro dando sus primeros pasos. Sonrió. Su hijo tenía un padre que se ocupaba de él, y una madre. Y ella un hombre que aparece con dos años de retraso. ¿Para qué?

23

La mujer del inspector jefe le clavó el codo, cariño, tu móvil, lo zarandeó, apaga eso ya, joder, lo empujó, se tuvo que estirar para buscarlo en los bolsillos del pantalón tirado en el suelo, y se lo tendió, contesta de una vez. El inspector jefe se espabiló de inmediato. Un suicidio. Karim. Un tiro en la boca. Investigación terminada, círculo cerrado. Acorralado por el remordimiento y la culpa, el triple asesino decide huir hacia dentro. El frío en los pies descalzos. La figura ridícula que le devolvió el espejo. Tantos años casado y no había logrado que su mujer cerrase la puta puerta del armario antes de acostarse, o lo hacía él o se quedaba abierta. ¿Tan difícil resultaba cerrar una puta puerta? El espejo en el interior de la puerta. Él en calzoncillos y camiseta, despeinado. Decidió telefonear a Isidro, ojalá lo despertase. Para restregarle que tenía razón y para confirmar que así era: si la historia hacía aguas en algún punto el subinspector sabría verlo.

—Caso cerrado, chaval —saludó.

—¿Karim?

—Se ha suicidado, acuciado por la aflicción —aventuró ceremoniosamente, pretendía darle pistas para facilitar el *feedback* de Isidro, su última oportunidad para poner trabas a un caso que había resuelto sólo él, todo un inspector jefe, una condecoración, otra.

—¿Cómo?

—Un tiro en la boca.

—¿Y el arma?

—El arma.

—¿La misma pistola?

—La misma pistola.

—¿Alguna nota?

—Sí, un sobre que ponía a la atención de Isidro, y dentro un papel donde en perfecto árabe se lee: te espero en el infierno.

—Me ducho y voy para allá.

—De eso nada, chaval. Quédate en la cama. ¿Cuándo entras de nuevo?

—Mañana por la mañana.

—Pues hasta mañana por la mañana no quiero verte, ni se te ocurra. Que repose tu tobillo.

Isidro consultó la hora y entró en la ducha. Tenía tiempo para esperar a Jaime donde habían quedado. Todo parecía claro. Demasiado claro. Karim muerto, con la misma pistola. La pistola. Salió mojado y cogió el teléfono para llamar al inspector jefe.

—¿Qué pasa ahora? —tembló la voz del inspector.

¿Había algo que no encajaba?

—La pistola.

—¿Qué pasa con la pistola?

—Dices que es la misma.

—Sí.

—¿Ha aparecido?

—Sí. Había pensado esconderla después de disparar, pero como estaba muerto le resultó complicado y la dejó en su mano.

Abotonándose la camisa, Isidro se dio cuenta de que estaba enjabonado y volvió a la ducha. No había dormido nada. Cogió unas onzas de chocolate negro y salió a la calle. Efectivamente el caso parecía cerrado, pero nada perdía yendo a Málaga a hablar con Jaime. O sí. El inspector le había prohibido hacerlo, pero él recurriría explicando que simplemente se lo había desaconsejado.

Los años de crisis habían ajustado el tráfico de la autovía y llegó en diez minutos a Málaga. Aparcó y fue caminando despacio hasta el portal que nunca volvería a pisar Ismael. Tras estudiar los ingredientes de un cartón de zumo, lo compró y se sentó en el escalón. En veinte o veinticinco minutos aparecería Jaime, quien debería venir asustado pues no sabría que Ismael había muerto. O sí. ¿El caso estaba cerrado?

24

Desde la acera de enfrente buscó su ventana y distinguió a Mariam asomada. Ella levantó la mano y la dejó en el aire, abierta, quieta, Jaime mirándola como había temido hacía unos minutos que lo mirase alguien a él, al asomarse, pero quién podía mirar si todos estaban muertos. Muertes que el camarero del bar de Torremolinos iría recreando ante clientes aburridos. Él era ese que permanecía frente a

su propia casa siendo observado por la mujer a la que observaba. Él había acudido a enseñar un apartamento con su pareja y sólo unos días después miraba a una mujer que era otra, en una casa distinta. Sacó la mano del bolsillo y a la altura del pecho la abrió y también la dejó quieta. Mariam. Los ojos de Mariam, su voz, la noche extraña, la mentira. Había asesinado a un hombre. Había introducido una pistola en la boca de un hombre como si fuese una mierda de perro, pero ahora ningún coche podría detenerse y de su interior salir ese hombre para vengarse. La pelota rebotando en los tabiques de su cuarto, el perro atropellado. Ese hombre no saldría ya de ningún coche.

Una mujer lo esperaría en su casa nueva. Tres días, cuatro. Esa mujer de arriba, mirándolo. Empezando a acumular amor, quizá. Miedo. Igual que él. Consultó el reloj, había temido que se le hiciese tarde, la reprimenda de Miriam, la subdirectora, pero caminando a paso lento llegaría todavía con tiempo de tomarse un café en algún bar cercano. El miedo a ser detenido y a que la subdirectora le reprochase su impuntualidad, los dos mundos entre los que caminaba. Echó una última mirada a la ventana, Mariam seguía allí. Su voz. La noche.

Ismael no aguardaría apostado en un portal para exigirle sesenta mil euros. Llegaría al trabajo sin obstáculos, el juego había terminado. Buenos días, Miriam, y trataría de rendir esa mañana en la que ella le haría un seguimiento exhaustivo. La vida como antes, se cerraba el paréntesis. Dobló la esquina y registró un movimiento que lo alertó, un hombre poniéndose en pie al verlo, en el mismo portal, la boca seca, el dolor en el pecho, la dificultad para mover las piernas. Isidro, el subinspector de policía, cortándole el paso.

—¿No has traído la bolsa? —la pregunta escondía una acusación.

—¿La bolsa?

—Quedamos en que traerías una bolsa para que tu amigo creyera que le devolvías su dinero.

—Lo había olvidado. Los nervios.

—Se te ve tranquilo.

—Tengo miedo, estoy nervioso, pero tranquiliza encontrarse con un policía cuando esperaba encontrarme con quien me había amenazado.

—No va a venir.

—¿Lo… lo habéis detenido?

—Más o menos.

—¿Tendré que declarar?

—Bueno, más adelante, en el juicio final, ante Dios y todos los santos.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero es que me digas qué hiciste ayer por la tarde en Torremolinos.

¿Cómo podía saber nada?

—Estuve en una hamburguesería, con mi novia.

—Tu novia que se llama, se llama, ¿Inma, dijiste?

—Bueno, Inma ya no es mi novia. Quedé con una amiga. Estamos empezando, nos hemos visto algunas…

—Para tomarte una hamburguesa —interrumpió Isidro.

—Sí.

—¿Y después?

—Estuve con mi amiga.

—¿Dónde?

—En el apartamento de una conocida. Pasé unas horas allí con mi amiga.

El piso estaba vacío y allí mismo, frente a la hamburguesería.

—¿Hablaste con Karim?

—¿El hermano de Abdu? No.

—Déjame un momento tu teléfono.

¿Cómo podía saber nada?

—Mi teléfono.

—Sí, ese cacharro con teclas desde el que me llamaste ayer para que te protegiese. Déjamelo un momento.

Lo sacó del bolsillo e Isidro se lo arrancó de las manos. Se lo devolvió tras comprobar las últimas llamadas.

—Limpio.

—¿Cómo?

—No hay rastro de las últimas llamadas. Borradas. ¿Por qué?

—No he borrado nada, las llamadas que aparecen son las que he hecho.

—No aparece ninguna.

—No suelo usarlo.

—A mí me telefoneaste y no aparece la llamada. Déjate de tonterías, Jaime.

—Mi amiga me pidió el teléfono. Para jugar, o ver la agenda, yo qué sé, a lo mejor borró algo. Sin querer.

—Tu amiga.

Se arrepintió de haberla involucrado, pero la insistencia del policía le dificultaba pensar ordenadamente. Qué largos los días, cuántos impedimentos, pruebas para qué. El domingo de nuevo alejándose, Álvaro mirando a los lados, Mariam apostada en la ventana sufriendo los cambios de luz del día. Miriam pidiéndole que recogiera sus cosas, te lo advertí, descuidas el trabajo.

—Te crees muy listo, tú, con tu cara de niño bueno y tantas amigas —se dio cuenta de que comenzaba a perder el control, sopesó si detenerlo, amagar con detenerlo, esposarlo allí mismo y esperar por si se derrumbaba.

Isidro posó su mano en el hombro de Jaime, apretó los dedos, Jaime los sentiría, una garra, se llevó la mano al riñón pero no encontró las esposas, no las llevaba. Mejor. Detenerlo y qué hacer con él, dónde llevarlo. El inspector jefe se enteraría. La cara de pánico de Jaime, tal vez se derrumbaría justo ahora, pero aun así se retractaría ante el juez, lo acusaría de coacción. ¿Qué estaba haciendo allí? Le dio un empujón seco con las palmas de las dos manos, en el pecho, lo sujetó del brazo y lo llevó un par de metros en volandas, Jaime se golpeó con la puerta de madera, sintió que en la acera alguien se había parado a mirar, lo agarró de la chaqueta, te crees muy listo tú, repitió, levantó el puño, Jaime consiguió desasirse y se separó tres metros de él, varias personas detenidas en la acera.

—Estás loco. ¿Qué pretendes? —preguntó Jaime.

Isidro se acercó a él y volvió a colocar su manaza en el hombro de Jaime. Una intuición lo empujaba a persistir, sólo una intuición. Y la obstinación con el inspector jefe. Deseaba agarrarle los testículos al inspector como hizo con el compañero de Ávila, y lo que hacía era violentar a un hombre que se iba a echar a llorar, un pelele sospechoso, más que sospechoso, o menos, sólo una intuición. Pobres argumentos. ¿Qué estaba haciendo allí? Apartó la mano del hombro. Confundido, observó los pasos que daba hacia atrás Jaime, rodeándolo, siguiendo su camino, cerciorándose de que Isidro no se movía del portal mientras él se alejaba, volviendo la cara cada pocos pasos, tropezando con una mujer, una bolsa cayendo al suelo, unas latas de refresco rodando por la acera.

Jaime dobló la esquina y el policía no lo seguía. Contaba con cinco minutos y entró en un bar. Cogió el teléfono que el subinspector había tenido en sus manos y llamó a Mariam. El subinspector sabía, pero no lo avalaba ninguna prueba, sabía porque sí. Si pudiese hacer algo lo habría detenido. No sabía.

La noche había ocultado la visión de la cabeza hecha pedazos de Karim, una imagen que lo habría acompañado siempre. Desde la barra vigiló la calle. El policía no apareció por la esquina que él había tomado. ¿Tan fácil era matar a un hombre? Vivir con eso. Si el policía no lo seguía la pesadilla habría acabado

—Tengo cinco minutos, he entrado a tomarme un café.

—Gracias por llamar.

—Quiero que me prometas algo.

—El qué, lo que sea.

—Que me vas a esperar.

—No tengo adónde ir, Jaime.

—Pero no así, quiero que me prometas que me vas a esperar aunque tuvieras cientos de posibilidades. Estos tres o cuatro días, que no te vas a ir antes, sin avisarme. Que me vas a esperar porque es lo que eliges hacer.

—Es así.

—Bueno…

—Espera.

—Qué.

—También quiero que me prometas algo tú a mí.

—Lo que tú me pidas, Mariam.

—Que vas a venir.

—Siempre he ido.

—En todas nuestras citas.

—Sí.

—Cuando hemos quedado en la facultad.

—Y en las hamburgueserías.

—Pero nunca más hamburgueserías.

—Nunca, nunca.

—No te entretengas, hoy no.

—Derecho a casa después del trabajo.

—Por el camino más corto.

—Lo prometo. Sin entretenerme con nada.

—Con nada.

25

Subiendo las escaleras le sonó el móvil y Miriam, que en ese momento empujaba la puerta, se volvió y lo esperó. Le pidió que pasara a su despacho y Jaime comprobó en el reloj que no llegaba con retraso. La angustia. Cualquier contrariedad suponía el comienzo de una operación para detenerle. Pero acababa de dejar al policía en la acera, los dedos todavía clavados en su hombro.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, muy bien.

—Estupendo. Pareces contento, aunque las ojeras te llegan al ombligo.

—Estoy bien. Mira lo que me acaba de mandar Elena.

Le mostró la foto de Álvaro andando.

—Un hombrecito.

—Sí.

—Ya mismo está pidiéndote dinero para el cine.

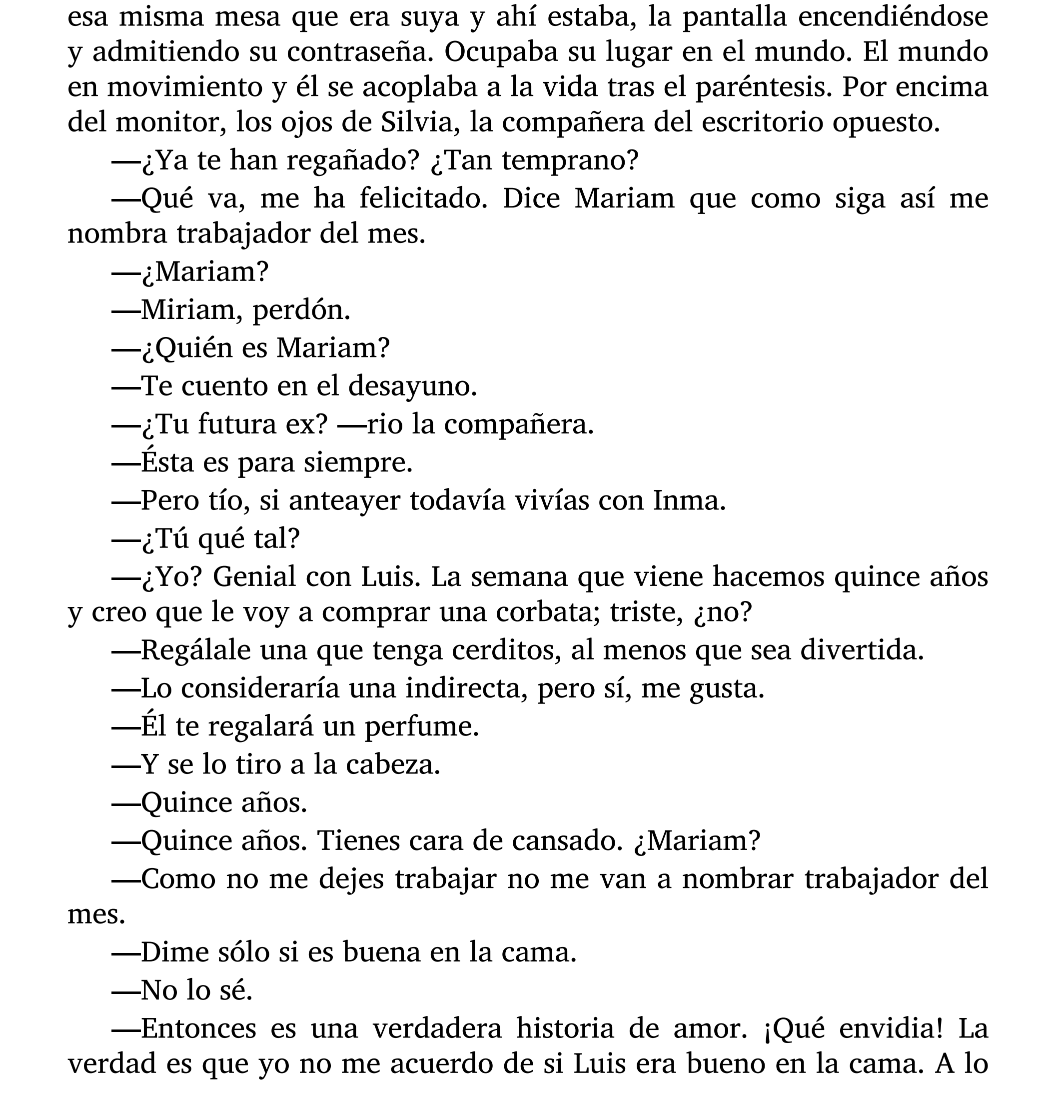
—Un buen detalle que me haya enviado la foto.

—Vienes mentalizado para trabajar a tope, ¿verdad?

—Sí.

—Y no vas a contestarle el mensaje hasta que bajes a desayunar, ¿verdad?

—Verdad.



Ocupó su mesa y encendió el ordenador. La bandeja llena de papeles. Los bolígrafos en el lapicero, el chiste recortado del periódico, notas adhesivas escritas con su letra, su mano manejando un lápiz en esa misma mesa que era suya y ahí estaba, la pantalla encendiéndose y admitiendo su contraseña. Ocupaba su lugar en el mundo. El mundo en movimiento y él se acoplaba a la vida tras el paréntesis. Por encima del monitor, los ojos de Silvia, la compañera del escritorio opuesto.

—¿Ya te han regañado? ¿Tan temprano?

—Qué va, me ha felicitado. Dice Mariam que como siga así me nombra trabajador del mes.

—¿Mariam?

—Miriam, perdón.

—¿Quién es Mariam?

—Te cuento en el desayuno.

—¿Tu futura ex? —rio la compañera.

—Ésta es para siempre.

—Pero tío, si anteayer todavía vivías con Inma.

—¿Tú qué tal?

—¿Yo? Genial con Luis. La semana que viene hacemos quince años y creo que le voy a comprar una corbata; triste, ¿no?

—Regálale una que tenga cerditos, al menos que sea divertida.

—Lo consideraría una indirecta, pero sí, me gusta.

—Él te regalará un perfume.

—Y se lo tiro a la cabeza.

—Quince años.

—Quince años. Tienes cara de cansado. ¿Mariam?

—Como no me dejes trabajar no me van a nombrar trabajador del mes.

—Dime sólo si es buena en la cama.

—No lo sé.

—Entonces es una verdadera historia de amor. ¡Qué envidia! La verdad es que yo no me acuerdo de si Luis era bueno en la cama. A lo

mejor la semana que viene, con la celebración. Cena, vino y eso.

—Y eso.

—Como me regale un perfume se lo traga.

—Déjame trabajar.

En una hoja trazó una cruz. Cada vez que recordase a Mariam con todas sus fuerzas trazaría otra, se imaginó diciéndoselo, la sonrisa de ella, arrugó la hoja, juegos de adolescente, la cara de Mariam que no terminaba de perfilar, los ojos que se le escapaban. La mujer sin rostro. Regresar a la casa y que Mariam se hubiera marchado. Una nota excusándose, lo siento. Ni eso. La casa con todos sus metros cúbicos, vacía.

—Estás pensando en tu chica, trabaja —le llegó la voz de Silvia.

26

Lo primero que preguntó Inma a Jaime al descolgar el teléfono fue que desde dónde la llamaba. Su tía la había avisado de que la llave había aparecido en el buzón, que cuando la policía llegó ya se había marchado.

—Desde el trabajo, he bajado a desayunar.

—He hablado con mi tía.

—El apartamento.

—Sí. ¿A qué estás jugando?

—Es difícil de explicar.

—Lo supongo.

—Ya he alquilado un estudio, está en…

—No quiero saber dónde está.

—El caso es que ya tengo casa.

—Anoche no tenías.

—No.

—Y se te ocurre pedirle la llave a mi tía.

—Una locura.

—Hacer como si estuvieses hablando por teléfono conmigo.

—Por eso te llamo.

—Entrar en una casa que no es tuya. ¿Cómo se llama eso?

—Estaba en Torremolinos y no me sentía capaz de conducir.

—Claro, entonces te acuerdas de la casa. Allanamiento de morada.

—Llamo para disculparme.

—No eres un niño.

—No volverá a ocurrir.

—La policía…

—Inma, ¿te telefoneó Karim?

—¿Ya empiezas de nuevo con las intrigas? ¿Por qué me tenía que llamar?

—¿Te llamó o no?

—Claro que no, por qué iba a llamarme, que no se le ocurra hacerlo, ni a ti, estoy harta de vuestros líos. Haz lo que te dé la gana, pero a mí no se te ocurra mezclarme en nada.

—Llamo para disculparme.

—No me vuelvas a llamar, Jaime, por favor. Y no se te ocurra acercarte nunca más al apartamento de Torremolinos.

—La amenaza de la que te hablé ha desaparecido. No tengas miedo.

—Voy a colgar.

27

Un oficial le indicó al inspector jefe que acaban de recibir del médico forense esos papeles de ahí. La autopsia descartaba el uso de la fuerza y de cualquier tipo de violencia sobre el cuerpo estudiado. Todo señalaba al suicidio. Ya había leído el informe de la policía científica. La pistola no presentaba ninguna huella de otra persona, la cerradura de la vivienda no había sido forzada, el padre y la madre, que dormían en esos momentos, no sintieron la presencia de nadie, sólo el disparo que ojalá lo hubiesen recibido ellos, manifestó el padre, no tener que vivir con dos hijos muertos, si es que eso era vivir, venir a Málaga, el progreso.

Isidro empujó la puerta y el inspector jefe procuró que no se cruzasen las miradas. Un buen puro le iba a meter al subinspector, esa misma semana se lo comunicarían. Lo había llamado hasta el director general de la policía, que éste había recibido el encargo del ministro del Interior de felicitarlo, a él. Lo trasladarían, Isidro pudriéndose en Algeciras, pidiendo a jóvenes borrachos que se identificasen, cacheando a marroquíes, corriendo detrás de tironeros, rompiéndose el tobillo por mil sitios. Ahora aparecía Isidro, una china en el zapato, sólo eso, le daba igual que le diesen otro destino con tal de no coincidir más con él. ¿Lo mandarían al puerto de Algeciras? ¡Qué más le daba! Lo había llamado el director general ¿Qué podía importarle la suerte del subinspector? Aunque algo sí, por supuesto, se había dado

prisa en gestionar el expediente que le iban a abrir, por listo, por creerse comisario, Colombo, subnormal, te crees Colombo.

—¿Un café? —ofreció Isidro, el inspector captó la omisión de «jefe».

—Estoy liado —respondió sin mirarlo.

—¿Hay autopsia? —los ojos de Isidro, achantado, pensó el inspector, el tono, a éste se le han bajado los humos, buscando los suyos.

—¿Autopsia de quién?

De tu puta madre, quiso haber dicho Isidro. No le dio el gusto al inspector jefe de contestar a su pregunta, pero se supo derrotado.

—Pues claro que hay autopsia. ¿Se te han olvidado ya los protocolos?

—¿Y?

—¿Y? ¿Quién necesitaba la autopsia para conocer los hechos?

—¿Puedo echarle un vistazo?

—No, Isidro, no, el caso está resuelto. Estoy liado, anda, ocúpate del grupo que va a salir al puerto, daos una vuelta de paisano y si pilláis a alguien con coca, aunque sea un gramo, os lo traéis de visita, lo bajáis al sótano y lo encerráis.

—¿Has hablado con el padre?

—Id juntos, que vais de paisano, a ver si os van a dar un susto.

El inspector jefe pasó junto a Isidro, que se quedó mirando la pared del fondo. Lo que parecía una lucha de poder había sido exactamente eso, se dijo, habían pasado la línea de no retorno, había perdido, ahora le tocaría reconocer el abismo jerárquico, tal vez más. ¿Se atrevería a abrirle un expediente? Sí, esa seguridad, ese distanciamiento, seguramente sí, un expediente. El inspector jefe agarrándolo de los huevos a él.

28

Las escaleras, el portal, la calle transitada por peatones y coches, un día de sol. Una mujer de la mano de una niña, regañándola: que no, hasta que no comas no. Ningún policía esperando su salida, ningún alboroto antes, en la oficina, y entonces una pareja de agentes acercándose a su mesa, acompáñenos, o Miriam pidiéndole que acudiese a su despacho y allí habría un hombre de paisano, ningún rastro de Isidro. Cambió de acera para observar desde enfrente el punto donde esa mañana el subinspector lo había empujado. Todos

empeñados en meterle en ese portal a la fuerza. Normalidad absoluta. Estudió los comercios de esa calle buscando una sorpresa para Mariam, flores, vino, qué, desconocía sus gustos. Le había prometido no retrasarse, pero de eso hacía mucho. La semana pasada no conocía a Mariam, y anoche parecía dos años atrás.

Llegar a la casa y que Mariam no estuviese. Jaime dejando sobre la cama el ramo de flores que no había comprado. ¿Una botella de vino? Su casa nueva, vacía. Todo había sido un sueño. Eligió una maceta pequeña de una tienda que exponía algunas en la acera. Llegar a casa y que Mariam se hubiese marchado, él en el centro del estudio, la maceta aún en las manos, abarcando la inmensidad del espacio minúsculo. La maceta cayendo a cámara lenta, el techo, las paredes desplomándose, él cayendo por el agujero, el pozo provocado por la caída de la maceta. Cada paso que daba lo aproximaba a lo que significaría su vida a partir de ahora, en cualquier caso una vida nueva. Solo o con Mariam. Lo entendería. No la buscaría, dónde, para qué. El pasado no debía volver, y salir de allí era una de las posibilidades para ella, perfecta, tristemente entendible, asumible, él en un banco de madera, esperando a que Álvaro se decidiese a tirarse por el tobogán, sabiendo que en pocos meses todo sería como antes, los muertos cada vez más lejos. No, nada sería como antes. Pero en pocos meses existiría una rutina. Lo conocerían en la frutería por cuya puerta pasaba en ese momento. Junto a su casa.

Podría pulsar el botón del portero electrónico, estuvo a punto de hacerlo. Introdujo la llave, la giró y empujó la puerta. Llamó al ascensor. Demasiado lento pero ojalá no llegase nunca. Mariam estaría. Mariam no estaría. Él podría no haber vuelto, haberla llamado y pedido que se fuera, ella lo entendería, seguro. ¿Por qué seguro? El ascensor como una lanzadera al espacio exterior. Un mundo nuevo. El viaje más largo. Quiso rezar, proponerle a su protector que si Mariam se había quedado accedería a que Elena le impidiese recoger el domingo a Álvaro. Llegó al quinto. No se oía nada. O mucho, pero ningún ruido que proviniese del interior de la vivienda. ¿No recoger a su hijo y que estuviese Mariam? La decisión de Jaime. ¿Renunciar para siempre a Álvaro? Él apenas existía para el niño, sí, su padre, papi, pero en dos semanas tal vez dejaría de preguntar por él. Suicidarse. Rogarle al protector que le permitiese vivir plácidamente dos años con Mariam y a cambio se mataría, o le pediría morir, las cuerdas cediendo y el piano cae a la calle justo cuando Jaime sale de, pero en dos años Álvaro tendría conciencia de hijo de Jaime y lo dejaría huérfano, tras dos años de vida plácida con Mariam trataría de hacer trampas, intercambiar algo más para seguir con ella. ¿Otros dos años y que muriesen los dos? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Si lo hiciera sería capaz de confesárselo a Mariam? Álvaro entonces un niño cuyo

padre muere y el niño no tiene padre porque su padre ha muerto. Debajo del piano destrozado sobre la acera, el cuerpo aplastado de un hombre que renuncia a lo irrenunciable. Su hijo. ¿Qué estaba pensando? ¿Estaba volviéndose loco? Plantearlo al revés, dios protector: si Mariam se ha ido podré ver a Álvaro un día sí y otro no. Pero no quiero que Mariam se haya ido. Dejar las cosas estar. Adaptarme a lo que venga. Ojalá Mariam pero también Álvaro. En caso contrario, adaptarme. Una vida sin ruido. Todo el ruido de mi vida concentrado en esta última semana llena de muertos. La vida guardaba algo grande para mí y era esto. Asumir ahora que soy un tipo corriente. Adaptarme.

Que fuera lo que fuese y asumirlo. Que Mariam estuviese al otro lado de la puerta o que se hubiera marchado. Asumirlo. La gente deja y es dejada. Aceptarlo como lo aceptan casi todos. Decirse el mundo es una mierda, te han dejado. Reconocer la incapacidad para ser feliz. Trabajar y recoger a Álvaro cuando le tocase. La oficina. Sólo eso. Nada más. Incluso una tercera vía: irse y no comprobar si Mariam se había marchado. Dar media vuelta y entrar de nuevo en el ascensor. Llamarla. Ni eso. No llamarla. ¿Se estaba volviendo loco? Debía dejar de pensar.

La puerta se abrió de repente. Mariam ante él.

—He oído al ascensor pararse aquí pero nadie entraba, ninguna puerta se cerraba.

—Soy yo.

—¿No te atreves a entrar?

—Tenía miedo de que te hubieras ido.

—Pero estoy aquí.

—Sí.

—Todo tiene que ser sin miedo.

—Sin miedo.

—El miedo es negativo. No puedes tener miedo de nada que yo pueda hacer.

—Lo siento.

—No digas lo siento. Vamos, pasa.

—He traído una maceta.

—Nunca tengas miedo de mí.

—El miedo es negativo.

—El miedo de mí sí.

Dejó la maceta en el suelo. Los dos de pie sin saber dar el paso que les acercaría. Una mueca de Mariam y Jaime sonrió. Levantó las manos mostrando su inoperancia. Dio dos pasos. Sus manos recorriendo la espalda de Mariam y lo que sentía era las de ellas recorriendo la suya, la magia del abrazo, tan difícil.

—Somos nuevos —murmuró Jaime.
—Sí, pero qué importa.
—Estaba rezándole al dios que me protege. Le pedía que no te hubieses ido.
—No puedo irme, yo soy quien te protege.
—Y yo a ti.
—Sí. Los dos nos protegemos.

29

Elena agradeció la puntualidad de Jaime, la frase sencilla en el portero electrónico, cordial: hola Elena, soy yo, Jaime. Cerró la bolsa de Álvaro, se aseguró de que incluía la nota donde detallaba los utensilios indispensables. Abrazó al niño y le dijo qué suerte, te vas con papi. Bajó a la calle. Jaime a unos metros del portal.
—Está destemplado, intenta que no pase frío. Ponle el termómetro y si llegase a 38º, esta tarde puede subirle, le das ibuprofeno. Te he metido una caja en la bolsa.
—Gracias por la foto.
Álvaro en brazos de Jaime mirando a Elena, que rozó el pelo del niño en un movimiento distraído. Elena había sido su mujer. Habían vivido unos meses juntos. Elena era la madre de su hijo.
—La próxima vez se puede quedar contigo a dormir. Hoy también, pero está penoso, a punto de ponerse malo, creo. Te he hecho una lista con lo imprescindible que debes tener. No dudes en llamarme. Si llorase mucho o, yo qué sé, lo que sea, me llamas y si quieres me lo traes, poco a poco se irá acostumbrando, pero no creo que haga falta. Estaré en la calle, si quieres puedo ir yo a recogerlo, te llamo y lo bajas.
—Ya no vivo en casa de Inma, lo hemos dejado.
—Vaya, lo siento. Supongo.
—Estoy bien, es mejor así.
—Nadie te aguanta mucho tiempo —rio Elena.
—Voy a batir todas las plusmarcas.
—Pronto estarás con alguien, no sabes estar solo. ¿Pero y esa mirada? No me lo puedo creer ¿Ya estás con otra? —volvió a reír.
Jaime sonrió con tristeza.
—No te preocupes por nada. Luego te pongo un mensaje y te digo si tiene fiebre y cómo lleva la influencia paterna.
Elena le dio la espalda y no pudo evitar sentirse culpable por la

ráfaga de libertad que le otorgaba abandonar a Álvaro. Subió las escaleras llorando. Al menos Jaime e Inma habían roto. No le apetecía preguntarse a cada momento si su hijo estaría en brazos de esa, de esa, bah, de esa nada, desaparecida. Se daría una ducha y luego quién sabe, tal vez la insensatez. Usar el teléfono. El policía, rectificó: Isidro. No le gustó referirse a él como el policía. Isidro había aparecido al otro lado de las redes sociales, solicitaba su amistad, le mandaba un mensaje privado, le había pedido su teléfono, le había dado el suyo. El policía, no, el policía no: Isidro, no acudió a cenar hace más de dos años y ahora me da el teléfono. Llamarlo para qué. Para qué no.

Isidro. Su teléfono. Quizá lo llamase después de la ducha. ¿Qué podría perder? El uso y disfrute de su libertad, el libre ejercicio de la libertad de una mujer que por unas horas deja de ser madre, al menos con dedicación exclusiva, ¡ah, la locura!, se acercó al espejo mientras esperaba que saliese el agua caliente, su cuerpo, otro cuerpo del cuerpo que habría visto ese policía si hubiese ido a cenar, las múltiples posibilidades del pasado, que hubiera ido a cenar y que se hubiese fijado en mí (pero sí se había fijado) y que hubiese acabado aquí, ante otro cuerpo, nuevo, Isidro, éste es el que puedo ofrecerte ahora. No reconoció el gesto, la boca torcida. Entró en la ducha. Después lo llamaría. No prepararía ninguna frase, lo que saliera, hola Isidro, cuánto tiempo ha pasado, pero eso era prepararla, mejor no elaborar ningún diálogo. ¿Te apetece tomar algo? Daba igual lo que imaginase el otro, lo que ella estuviese imaginando ahora.

30

Un repentino rumor de voces, la puerta se abre, pero todavía nadie sale. Una muchacha con la carpeta pegada al pecho es la primera en el pasillo, después otra encendiendo un móvil, acercándose a la anterior que aguarda a que salgan otras tres, esperando que dejen de reír para añadir algo que provoca nuevas risas, todas demasiado jóvenes, la vida girando alrededor de los estudios y los viernes por la noche, los sueños, niñas, el pelo suelto y las risas, el móvil en la mano, quedando para salir, ajenas a él sentado a unos metros, para copiar apuntes, estudiar en la biblioteca, un muchacho con pelo largo y un pañuelo al cuello, la importancia del aspecto, la cuidada imagen desaliñada, otro sacando un paquete de tabaco del bolsillo con urgencia exagerada. Con la mayoría de ellos habrá hablado Mariam, intercambiado frases triviales y risas. Después de tres años en la universidad, trabajos en grupo, fiestas, tal vez habrá besado a alguno. Cuántas noches como

ésta, la puerta de la clase abriéndose y el pasillo invadido en un minuto.

Ella sabe que él está allí, en algún lugar, pero todavía no ha salido. Un hombre con el que va a compartir la casa, con el que ya la comparte, con quien vive. Tres días, cuatro. ¿Y después? ¿Habría leído ya anuncios de apartamentos en alquiler entre los tablones de anuncios de ese mismo pasillo? Qué miedos la asaltarían mientras la profesora terminaba su explicación. No hacer caso, había pronunciado la profesora justo antes de que la bombilla roja junto a la puerta indicase el fin de la clase. No hacer caso. Algunos estudiantes agrupándose, empezando a marcharse, la puerta demasiado estrecha para todos y Jaime estudiando los rostros del pasillo por si no hubiera reconocido a Mariam, los rasgos que no lograba reconstruir en su mente. La puerta empujando estudiantes a borbotones y entonces esa mirada radiante, inquieta, tratando de abarcar todo el espacio, alerta y miedosa, y Jaime sin moverse en el banco apartado, sin levantar la mano, invisible para los alumnos, mirando a esa que era Mariam abrirse paso, cerrando los ojos y alzando la barbilla con teatralidad, sonriendo al verificar que todo se iba cumpliendo y que ese hombre nuevo había comparecido.

Jaime había deseado ser localizado inmediatamente y también permanecer más tiempo como testigo oculto, seguir sus movimientos, que ella se hubiera detenido en alguno de los grupos, observarla charlar con sus compañeras, regodearse en los movimientos todavía demasiado recientes. Sonrió, imitó el gesto de ella, los ojos cerrados, la barbilla al techo. No se acercó porque quizá Mariam lo prefiriese así, ése era su mundo y no quería entrometerse, el respeto, pero ella avanzó hasta él, aún sentado.

—Has venido.

—Es que iba a preguntar en secretaría los trámites para matricularme.

—¿Eso no fue la semana pasada?

—Pero me dijeron que mejor volviese hoy. ¿Tú estudias aquí?

—Sí.

—¿Te apetece una hamburguesa?

—No, por Dios, las odio.

—¿Y venirte a vivir conmigo? Mientras encuentras otra cosa.

—¿Eres muy desordenado?

—Lo justo.

—¿Limpias?

—Sí.

—¿De verdad?

—Yo me encargo de limpiar el baño y tú la cocina.

—De acuerdo. La cocina es de juguete.

—Entonces tú haces la cama. Dormiremos castamente juntos.

—El que se levante el último la hace.

—¿Y las lavadoras?

—Una cada uno.

Una estudiante mayor que las otras apretó el brazo de Mariam al pasar, hasta mañana, se despidió, Mariam le sonrió.

—Creo que voy a aceptar la propuesta —susurró Mariam.

—¿Roncas?

—Espero que no, es injustamente poco femenino. ¿Tú?

—A lo mejor, pero acepto codazos intimidatorios.

—¿Vamos a ese castillo?

—Quiero invitarte a cenar.

—Estoy muy cansada, pero de acuerdo.

—Eres muy fácil.

—Es que todas tus propuestas son razonables.

Jaime seguía sentado y Mariam, de pie, apretó su pierna contra la de él, que posó la mano en la rodilla de ella, buscó el gemelo, bajó hasta el tobillo, sin dejar de mirarla.

—¿Vamos?

—Vamos.

Iba a comenzar a caminar hacia el coche pero se volvió hacia Mariam, deslizó la mano sobre la oreja izquierda de ella, dejó que desapareciera entre su pelo, le dio un beso en la mejilla. Mariam se detuvo y le dio un beso en los labios.

31

Cuatro bolsas enormes en el pasillo, el llanto de la mujer. El progreso. Haber permanecido en Melilla. Iba a hacerse rico en la península. Haber aceptado el ofrecimiento de la familia de su mujer en Casablanca. Ahora desandar el camino. Melilla. Consumir los días entre la mezquita y los tés de la plaza. Tener que esforzarse entre los contactos del pasado, que la mujer pudiese limpiar en la casa de un coronel. Iba a hacerse rico. Tomó el barco con su mujer y ahora lo cogía de regreso. En Málaga había aprendido a llamar Melillero al barco. Atrás dos hijos y el sueño del dinero. Tomó entre las manos el balón de Karim, sopesó si llevarlo para algún sobrino pero no, para qué, reliquias. Acarició las camisas perfectamente dobladas. Una dureza y halló el destornillador. ¿Por qué escondido? Buscó con la

vista algo en el dormitorio que pudiese ser abierto con un destornillador pero no halló nada, lo dejó bajo la ropa.

Llamó a voces a su mujer pero ella no acudió. Fue al salón y regresó con una silla. Bajó del altillo las mantas, las necesitarían en Melilla. No encontraría un trabajo en Melilla, él no. Preguntaría en la mezquita, tal vez. El golpe seco de la manta al caer al suelo y una bolsa de deporte en el altillo. Era de Abdu. ¿Que hacía entonces escondida en el dormitorio de Karim? Gritó de nuevo el nombre de su mujer. Dejó la bolsa en el suelo y fue a la cocina. Le pidió a su mujer que se levantase de la silla. Los dos ante la bolsa como dos arqueólogos ante unos restos imposibles. Descorrió la cremallera y miró hacia arriba, a su mujer que miraba incrédula la bolsa. Llena de dinero. Se levantó y la abrazó. Siento mucho no haberte hecho caso, lloró: tú no querías venir.

32

—Dime cuándo sientes la corriente.

Incorporado en la camilla, Isidro esperó a que el fisioterapeuta terminase de clavarle las agujas y conectase las pinzas al transformador de electricidad. Aguantó el primer hormigueo, una de las agujas comenzó a temblar.

—Ahora.

—Vamos a dejarlo así veinte minutos. Cuando no sientas la corriente súbela tú mismo, con este botón, poco a poco.

—Esta vez no se me ha olvidado afeitarme la pierna.

—Perfecto.

—No hay mucha inflamación en el tendón, ¿no?

—Un poco.

—¿Correr?

—La semana que viene estás ya entrenando, pero a ritmo suave.

De otra de las habitaciones salió un grito de dolor y el masajista e Isidro reprimieron la risa.

—Ése tiene más inflamación que yo.

—No puede torcer la cabeza, y mi compañera le está metiendo caña.

Algunos aguantan el dolor mejor que otros.

El fisioterapeuta salió. Un habitáculo mínimo sin apenas adornos. Isidro se apoyó en el respaldo y contempló el baile de la aguja que no había dejado de temblar. Lo relajaba encontrarse allí. Eso era lo más

parecido al paraíso que conocía, sin embargo, pensó, los gritos que seguían atravesando los pasillos de la clínica resultaban contradictorios, un paraíso que duele. Un centro de milagros. Con un esguince un médico escayolaría, prohibiría apoyar el pie durante veintiún días, pero allí entrabas cojeando y salías apoyando el pie sin problemas. En pocos días estaría entrenando. Carrera suave, unos kilómetros en la bicicleta. La piscina era otra cosa: esa misma tarde nadaría. Una tabla entre las piernas y a cruzar largos siguiendo la línea del fondo. Dos mil metros esa tarde. Cada día, hasta que pudiese correr.

Con dos dedos aumentó la intensidad de la corriente. Corriendo la semana siguiente, esa tarde en la piscina, lograría concentrarse en ideas lejanas al trabajo. El expediente. Si conseguía ver la parte positiva, asimilarla. No tendría que aguantar más al inspector jefe. Llegaría a comisario, ésa era la madera de los comisarios. ¿Y la suya? ¿De qué estaba hecho él? Repasó mentalmente la autopsia de Karim, que leyó en cuanto regresó del puerto y comprobó que el inspector había salido. Claro suicidio. ¿Por qué su empecinamiento? La lucha de poder. Nunca imaginó la solidez de su orgullo.

—¿Cómo va eso? —el masajista asomó la cabeza asegurándose de que Isidro había aumentado la intensidad y desapareció de nuevo.

—Ya no se oyen gritos ¿Habéis acabado con él? —bromeó Isidro, pero el fisioterapeuta no lo oyó o no prestó atención a sus palabras.

Casi había golpeado a Jaime. La ira. Deseó estar en la piscina. Dos mil metros sólo con los brazos. ¿Qué oculta la ira? La tristeza, se dijo. La novia de Jaime. Recordó el retrato de ella en Internet, los mensajes. Una mujer que te quiera y te lo diga. En la comisaría, cuando el agente que había decodificado el acceso al perfil de Jaime y su novia se alejó de su mesa había encontrado a Elena. Solicitar su amistad, que ella había aceptado, eso no suponía nada. Un clic en una pantalla. Ni una palabra acompañando la aceptación y entonces él sí dio otro paso: le había pedido el teléfono. Le dio el suyo. Pero ella no había respondido. Una mujer del pasado. Dos años por lo menos. Nadar dos mil metros esa tarde. Se había librado del inspector jefe. Eso era lo positivo. En verano, calculó, podría estar compitiendo. Entrenar suave y en verano dos o tres triatlones. Casi dos años y no fue a la cena. Ella lo había mirado, alguien le dijo que en la cena preguntó por él. Haber pedido su número de teléfono entonces, haberla llamado. Hola, soy el pasma del otro día, ¿un cine? Ahora lo había hecho, le había pedido el número, facilitándole el suyo, pero no había respondido.

—Listo.

El fisioterapeuta introducía las agujas en una botella de plástico repleto de ellas. Le frotó la pierna con un ungüento helado. Cortó unas tiras de venda adhesiva, neuromuscular, de color fucsia intenso, y se

las pegó a la pierna, sanguijuelas gigantes. Le dijo que estuviera unos días sin hacer nada de ejercicio. No podría nadar. Una película en su casa, leer al sol. La vida del perfecto policía, ironizó. El policía expedientado. Una semana sin el desahogo del deporte.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —el sonido del móvil impidió que respondiese al fisioterapeuta.

Un número desconocido, hola Isidro, una voz de mujer, insegura, esa voz. No podría nadar, pero ese regalo. El paraíso.

Pablo Aranda (Málaga, 1968) ha sido profesor en la Universidad de Orán (Argelia) y en escuelas de español para extranjeros, monitor de enfermos mentales y educador de menores con problemas. Ha publicado las novelas *La otra ciudad* (Espasa, 2003), *Desprendimiento de rutina* (Arguval, 2003), *El orden improbable* (Espasa, 2004), *Ucrania* (Destino, 2006) y *Los soldados* (El Aleph, 2013), además de los libros infantiles *Fede quiere ser pirata* (Anaya, 2012) y *El colegio más raro del mundo* (Anaya, 2014). Colabora en medios de comunicación como *Diario Sur*, donde dirige el Aula de Cultura Sur, y *El Viajero* (*El País*).

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·